

PROGRAMA ACADEMICO DE BACHILLERATO
Vicerrectoría de Asuntos Académicos

ERIC HOBSBAWN

SOBRE LA HISTORIA

PROFESOR: Bernardo González

2. EL SENTIDO DEL PASADO

En los siguientes capítulos se intenta dar una idea general de las relaciones existentes entre el pasado, el presente y el futuro, que constituyen el verdadero objeto de estudio del historiador. El presente capítulo se basa en la ponencia que sirvió de apertura a la conferencia sobre «El sentido del pasado y la historia» organizada en 1970 por la revista Past and Present y que apareció en el número 55 de dicha publicación (mayo de 1972) con el título de «The Social Function of the Past: Some Questions».

Todos los seres humanos somos conscientes de la existencia del pasado (definido como el período que precede a los acontecimientos que han quedado directamente registrados en la memoria de cualquier individuo) como resultado de compartir la vida con personas que nos superan en edad. Todas las sociedades susceptibles de convertirse en centro de interés del historiador tienen un pasado, ya que incluso los habitantes de las colonias más innovadoras proceden de sociedades con una larga historia a sus espaldas. Ser miembro de cualquier comunidad humana significa adoptar una posición respecto al propio (a su) pasado, aunque ésta sea de rechazo. El pasado es, por tanto, una dimensión permanente de la conciencia humana, un componente obligado de las instituciones, valores y demás elementos constitutivos de la sociedad humana. A los historiadores se les plantea el problema de cómo analizar la naturaleza de este «sentido del pasado» en la sociedad y cómo describir sus cambios y transformaciones.

I

Durante la mayor parte de la historia nos encontramos con sociedades y comunidades para las cuales el pasado es básicamente un modelo para el presente. Según dicha teoría, cada generación copia y reproduce a la que le precedió con la máxima fidelidad posible y se considera fracasada si no alcanza su objetivo. Por supuesto, un predominio absoluto del pasado implicaría la exclusión de todos aquellos cambios e innovaciones que es de esperar se produjesen y es poco probable que exista una sociedad humana que no reconociera la presencia de ninguna innovación. Hay dos formas en que esto puede

ocurrir. En primer lugar, está claro que lo que oficialmente se conoce como «pasado» consiste y es obligado que consista en un selecto surtido elaborado a partir del infinito número de cosas que se recuerdan o pueden recordarse. Naturalmente, el alcance de este pasado social formalizado depende de las circunstancias, aunque siempre habrá en él intersticios, es decir, asuntos que no forman parte del sistema de historia consciente al que los hombres incorporan, de un modo u otro, aquellos elementos de su sociedad que consideren importantes. La innovación puede surgir en estos intersticios, ya que no tiene un efecto inmediato en la sociedad ni topa automáticamente con la barrera del «así no es cómo siempre se han hecho las cosas». Por consiguiente, sería interesante preguntarse qué tipo de actividades suelen recibir un trato relativamente más flexible, y diferenciarlas de las que en un momento determinado parecen ser irrelevantes y es posible que tiempo después resulten no serlo. Se podría sugerir que, en igualdad de condiciones, la tecnología, en el amplio sentido de la palabra, pertenece al sector flexible, y la organización social y la ideología o el sistema de valores, al inflexible. Sin embargo, en ausencia de estudios históricos comparativos, la cuestión habrá de permanecer abierta. Por supuesto, hay numerosas sociedades ancladas en la tradición y apegadas a los ritos que en el pasado han aceptado la introducción más o menos repentina de nuevos cultivos, nuevos medios de locomoción (como ocurrió con los caballos en el caso de los indios de Norteamérica) y nuevas armas, sin tener la sensación de haber alterado el modelo heredado del pasado. Por otro lado, lo más probable es que existan otras, todavía no lo suficientemente investigadas, que incluso hayan opuesto resistencia a tales innovaciones.

Sin duda, el «pasado social formalizado» es más rígido, puesto que establece el modelo que deberá aplicarse en el presente y suele ser el tribunal de apelación ante el que se dirimen los conflictos e incertidumbres de la actualidad: ley equivale a costumbre, que es la sabiduría de la edad en las sociedades analfabetas. Los documentos en que se conserva dicho pasado, y que de ese modo adquieren una cierta autoridad espiritual, cumplen la misma función en las sociedades cultas y en las que lo son tan sólo en parte. Es posible que una comunidad de indios americanos reivindique el derecho a la propiedad de unas tierras comunales sobre la base de una posesión que data de tiempos inmemoriales o del recuerdo de una posesión que tuvo lugar en el pasado (y que con toda probabilidad pasaba de una generación a otra de un modo sistemático) o de determinados fueros o decisiones legales que se remontan a la era colonial y que se han conservado con todo cuidado: ambos poseen gran valor como documentos en que quedó registrado un pasado que se considera como la norma por la que se rige el presente.

Esto no excluye cierta flexibilidad o incluso un determinado grado de innovación *de facto*, en tanto en cuanto el nuevo vino pueda verterse en los que, al menos desde un punto de vista formal, continúan siendo los antiguos recipientes. Según parece, los gitanos consideran el negocio de compraventa de coches usados una ampliación más que aceptable del negocio de compra-

venta de caballos, ya que, al menos en teoría, siguen creyendo que el nomadismo es el único modo de vida aceptable. Los estudiosos del proceso de «modernización» que ha tenido lugar en la India del siglo XX han investigado las diferentes maneras que tienen los poderosos regímenes tradicionales de extenderse o modificarse, tanto de un modo deliberado como en la práctica, sin que oficialmente ello les cause graves trastornos internos, es decir, de forma que se pueda reformular la innovación como no innovación.

En tales sociedades también es posible la innovación radical y consciente, aunque tal vez sea necesario matizar que sólo existe un número muy limitado de formas de poder legitimarla. Se la puede disfrazar de regreso o redescubrimiento de una determinada época del pasado que ha sido dejada de lado o relegada al olvido por equivocación, o inventando para ello un principio antihistórico dotado de una fuerza moral superior que exija la destrucción del *continuum* presente/pasado, como pueda ser, por ejemplo, una revelación de tipo religioso o una profecía. No está claro que, en tales circunstancias, incluso los principios antihistóricos no necesiten apelar para nada al pasado; es decir, que los «nuevos» principios no resulten ser a veces —¿o siempre?— una versión actualizada de las «viejas» profecías o de una «antigua» clase de profecías. Los historiadores y los antropólogos se encuentran con la dificultad de que, siempre que se ha observado o descrito alguno de estos casos rudimentarios de legitimación de las innovaciones sociales más importantes, ha sido cuando las sociedades tradicionales se hallan inmersas en un proceso más o menos drástico de transformación social. En otras palabras: cuando el rígido marco normativo del pasado se ve sometido a una presión límite y tal vez, como consecuencia, sea incapaz de funcionar de un modo «adecuado». Aunque el cambio y la innovación generados por la imposición y la importación de modelos procedentes del exterior sin conexión aparente con las fuerzas sociales internas no tiene por qué afectar al sistema ideológico que una comunidad ha creado en torno al concepto de «novedad» —puesto que el problema de su legitimidad se resuelve planteándolo como un caso de fuerza mayor—, en tales circunstancias, incluso la sociedad más tradicional se verá obligada a aceptar la innovación circundante que amenaza con invadirla. Naturalmente, puede optar por rechazarla *in toto* y aislarse, pero son contados los casos en que esta solución resulta viable durante largos períodos de tiempo.

Por lo general, la creencia de que el presente debe reproducir el pasado se traduce en un proceso de cambio histórico de ritmo bastante lento, ya que, de lo contrario, ni sería realista ni lo parecería, excepto a costa de un enorme esfuerzo social y de la clase de aislamiento al que antes nos hemos referido (como les ocurre a los amish y a otras sectas que actualmente existen en los Estados Unidos). Mientras sea posible asimilar el cambio —demográfico, tecnológico o de cualquier otro tipo— de una forma gradual, incrementándolo poco a poco, por así decirlo, el pasado social oficialmente aceptado estará capacitado para asimilarlo bajo la forma de una historia convertida en mito y quizás también en ritual, bien sea mediante una modificación tácita

del sistema de creencias, bien «ampliando» el marco ideológico, o de cualquier otro modo. De esta forma es posible absorber hasta las medidas transformadoras más drásticas, aunque tal vez a un precio psicosocial muy elevado, como fue el caso de la conversión al catolicismo que los españoles impusieron a los indios tras la conquista de América. De no ser así, habría sido imposible que se produjera tal cúmulo de cambios históricos en todas las sociedades conocidas, sin destruir la fuerza de esta especie de tradicionalismo normativo. A pesar de todo, este tradicionalismo dominó la sociedad rural de los siglos XIX y XX, aunque, es obvio que, incluso entre los campesinos búlgaros de 1850, aquello de «siempre se ha hecho así» debió de ser muy diferente de lo que fue allá por 1150. La idea de que la «sociedad tradicional» es estática e inmutable es un mito creado por una ciencia social de escaso vuelo. Sin embargo, si la transformación no alcanza cierto nivel, la sociedad puede seguir siendo «tradicional»: el molde del pasado continúa dando forma al presente, o, al menos, es lo que se espera que haga.

Hay que reconocer que, independientemente de cuál sea su importancia numérica, el hecho de centrar la atención en el campesinado tradicional supone utilizar un argumento un tanto tendencioso. En muchos sentidos, estos campesinados sólo constituyen una parte de un sistema socioeconómico e incluso político más amplio en cuyo interior tienen lugar una serie de cambios que no se ven influidos por la versión campesina de la tradición, o bien se producen dentro del marco de un sistema de tradiciones dotado de una mayor flexibilidad, como por ejemplo el contexto urbano. Mientras las transformaciones que afectan a algunas partes del sistema no modifiquen las instituciones y relaciones internas de una manera que no haya sido prevista en el pasado, nada se opone a que se produzcan rápidamente una serie de cambios aislados. Puede que incluso pasen a formar parte de un sistema de creencias estable. Los campesinos moverán la cabeza en sentido negativo mientras contemplan con suficiencia a los habitantes de las ciudades, quienes, como todo el mundo sabe, «siempre andan buscando algo nuevo»; y los respetables ciudadanos harán lo mismo con la nobleza de la corte, consagrada a una febril invención de una serie de modas, a cual más efímera e inmoral que la anterior. El predominio del pasado no equivale necesariamente a una imagen de inmovilidad social. Es compatible con períodos de cambio histórico de carácter cíclico, y, por supuesto, con el retroceso y con la catástrofe (o, lo que es lo mismo, con el fracaso del intento de reproducir el pasado). Con lo que resulta incompatible es con la idea de un progreso ininterrumpido.

II

Cuando el cambio social acelera o transforma la sociedad más allá de cierto punto, el pasado debe dejar de ser el patrón sobre el que se traza el presente para pasar a ser como máximo un modelo de referencia. «Tendríamos que recuperar las costumbres de nuestros antepasados» cuando ya no las

6

seguimos ni se espera que lo hagamos. Esto significa que ha tenido lugar una transformación radical en el propio pasado, que se convierte —y debe convertirse— en una máscara de la innovación, puesto que su misión ya no consiste en expresar la repetición de lo acaecido con anterioridad, sino determinadas acciones que, por definición, son diferentes de las que se produjeron en otra época. Incluso si el intento de dar marcha atrás se llevara a cabo al pie de la letra, las cosas nunca volverían a ser como en los viejos tiempos; como mucho, se lograría rescatar algunos de los elementos que integraron el sistema formal del pasado consciente que en ese momento serían muy distintos desde un punto de vista funcional. Buen ejemplo de ello es el ambicioso intento de Zapata de reproducir la sociedad campesina de Morelos (México) tal como había sido cuarenta años antes con el fin de borrar de golpe la era de Porfirio Díaz y regresar al *statu quo ante*. En primer lugar, no consiguió reconstruir el pasado en el sentido literal de la palabra, ya que ello suponía en mayor o menor medida reconstruir algo de lo que no se tenía un conocimiento preciso ni objetivo (por ejemplo, los límites exactos de las tierras comunales que se disputaban varias comunidades), por no mencionar la construcción de lo que «tendría que haber sido» y, por lo tanto, de lo que se creía, o cuando menos se imaginaba, que había existido realmente. En segundo lugar, la tan odiada innovación no era un simple cuerpo extraño que hubiera logrado penetrar en el organismo social como si se tratara de una bala alojada en la carne que se pudiese extraer quirúrgicamente para dejar al organismo en las mismas condiciones de antes. Representaba un aspecto del cambio social que no se podía aislar de los demás y que, en consecuencia, sólo se podía eliminar realizando transformaciones más profundas que la operación prevista. En tercer lugar, de forma casi inevitable, el simple esfuerzo social que suponía volver atrás en el tiempo puso en marcha una serie de fuerzas que tuvieron consecuencias aún más trascendentales: los campesinos armados de Morelos se convirtieron en un elemento revolucionario fuera de su estado, aunque sus objetivos tenían un alcance local o, como mucho, regional. En tales circunstancias, la reconstrucción se transformó en una revolución social. Dentro de las fronteras del estado (al menos mientras el poder siguió en manos de los campesinos), lo más probable es que consiguiera que las manecillas del reloj retrocedieran más allá de donde realmente se encontraban en el decenio de 1870, al cortar los vínculos de unión con una economía de mercado más amplia que existía incluso por aquel entonces. Si se contempla la revolución mexicana desde una perspectiva nacional, la principal consecuencia del intento zapatista fue dar lugar a un México nuevo, sin ningún precedente histórico conocido.¹

Aun admitiendo la imposibilidad de que los esfuerzos por recuperar un pasado perdido triunfen al pie de la letra, salvo en sus modalidades menos significativas (como la restauración de edificios en ruinas), continuará habiendo intentos encaminados a tal fin que por lo general serán muy selectivos. (El caso de una región agrícola atrasada que intente reconstruir *todo* aquello de lo que se tiene memoria no presenta el menor interés desde el

punto de vista de un análisis comparativo.) ¿En qué aspectos del pasado se acabará proyectando el esfuerzo restaurador? Es probable que los historiadores hayan reparado en la frecuencia con que se producen ciertos llamamientos en favor de la vuelta al pasado: a favor de las antiguas leyes, la vieja moralidad, la religión de otras épocas, por mencionar unos cuantos, y puede que les tiende la idea de generalizar a partir de estos hechos. Sin embargo, antes de hacerlo, tal vez sería aconsejable que sistematizasen sus propias observaciones y buscasen una posible orientación en las obras de los antropólogos sociales y otros científicos cuyas teorías pueden estar muy relacionadas con el tema. Por otra parte, antes de adoptar un enfoque excesivamente superestructural, tal vez recuerden que no es la primera vez que se intenta restaurar una estructura económica en desuso o a punto de extinguirse. Aunque en la Gran Bretaña del siglo XIX la esperanza de regresar a una economía de pequeños propietarios campesinos no pasara de ser una escena bucólica soñada por los habitantes de las grandes ciudades (deseo que, al menos al principio, no compartían los verdaderos jornaleros sin tierra), constituía no obstante un elemento esencial de la propaganda radical y uno de los que se reivindicaban con mayor insistencia.

Sin embargo, aun a falta de un modelo general que resulte útil para explicar esta reimplantación selectiva, habría que hacer una distinción entre los intentos de este tipo que se quedaron en un mero plano simbólico y los que efectivamente se llevaron a cabo. Los llamamientos a la recuperación de una antigua moral o religión siempre se efectúan con la intención de obtener resultados tangibles. Si tienen éxito, en principio ninguna chica mantendrá relaciones sexuales antes del matrimonio o todo el mundo asistirá a misa, por poner un ejemplo. Por el contrario, aun admitiendo el componente estético presente en él, el deseo de reconstruir con toda exactitud la fábrica de Varsovia destruida por las bombas tras el fin de la segunda guerra mundial o, a la inversa, el de derribar determinados testimonios que dan prueba de un proceso renovador como el monumento a Stalin en Praga, es puramente simbólico. Se podría pensar que ello se debe a que lo que en realidad la gente quiere reconstruir es demasiado vasto e indefinido para conseguir devolverlo a la vida gracias a una serie de acciones restauradoras concretas: este es el caso, por ejemplo, de la «grandeza» o la «libertad» de épocas pasadas. La relación que existe entre la restauración real y la simbólica puede llegar a ser verdaderamente compleja y hasta es posible que ambos elementos se den al mismo tiempo. Para justificar la reconstrucción del edificio del parlamento en la que Winston Churchill tanto insistía podrían aducirse motivos de eficacia, es decir, que el mantenimiento de un diseño arquitectónico favorecía un modelo muy concreto de política, debate y ambiente parlamentarios que resultaban esenciales para el funcionamiento del sistema político británico. No obstante, como ya sucediera con la elección del estilo neogótico para los edificios, también parece indicar la presencia de un importante componente simbólico, tal vez incluso de una forma de magia que, a través de la recuperación de una parte pequeña aunque emocionalmente muy significativa de ese pasado perdido, consigue restaurar la totalidad del mismo.

Sin embargo, lo más probable es que, tarde o temprano, se llegue a un punto en que el pasado no sólo ya no pueda reproducirse de un modo literal, sino ni siquiera reconstruirse de una forma parcial. Una vez alcanzado este punto, el pasado se convierte en algo tan alejado de la realidad tangible, e incluso de la recordada, que es posible que al final quede reducido a un mero lenguaje para definir en términos históricos ciertas aspiraciones que existen en el mundo actual y que no necesariamente son conservadoras. Los anglosajones libres anteriores al yugo normando o la feliz Inglaterra de la época previa a la Reforma son ejemplos conocidos. Como también lo es, por citar un caso contemporáneo, la metáfora de «Carlomagno», que desde Napoleón I, se ha venido empleando para tratar de difundir distintas modalidades de unidad europea de tipo parcial, ya sea mediante un proceso federativo o a través de una conquista llevada a cabo por el bando francés o el alemán, y que a todas luces no tiene por objeto la recreación de nada que se parezca siquiera remotamente a la Europa de los siglos VIII y IX. En este punto (lo crean o no sus defensores) es donde la exigencia de recuperar o recrear un pasado tan lejano que su relación con el presente es mínima puede equivaler a una total innovación, y donde existe la posibilidad de que el pasado que así se invoca se convierta en un artificio o, para expresarlo en términos menos halagüeños, en una mentira. El nombre «Ghana» transfiere la historia de una parte de África a otra muy distante geográficamente hablando y totalmente diferente desde un punto de vista histórico. En la práctica, la demanda sionista de regresar al pasado anterior a la diáspora en la tierra de Israel representaba la negación de la verdadera historia del pueblo judío durante más de 2.000 años.²

Aunque estamos bastante familiarizados con la historia inventada, tendríamos que distinguir entre los usos retóricos o analíticos de la misma y los que llevan implícitos algún tipo concreto y genuino de «restauración». Entre los siglos XVII y XIX, los radicales ingleses no tenían ninguna intención de volver a la sociedad anterior a la conquista; para ellos, el «yugo» normando era ante todo un recurso explicativo, los «anglosajones libres» eran con mucho una analogía o la búsqueda de una genealogía, como se verá más adelante. Por otra parte, los movimientos nacionalistas modernos, a los que, siguiendo a Renan, definiríamos como movimientos que se olvidan de la historia o, mejor dicho, que la malinterpretan, porque, desde el punto de vista de la historia, sus objetivos no tienen precedentes, a pesar de todo insisten en definirse en mayor o menor medida en términos históricos y de hecho hasta tratan de hacer realidad algunas partes de esa historia ficticia. Como es lógico, esto es aplicable sobre todo a la definición del territorio nacional, o para ser más exactos, a las reivindicaciones territoriales, aunque existen varias formas cuyo deliberado arcaísmo es de sobras conocido y que van desde los neodruidas galeses a la adopción del hebreo como lengua secular hablada y a los Ordensburgen de la Alemania nacionalsocialista. Insisto en que ninguno de ellos puede considerarse en modo alguno una «reconstrucción», o incluso un «restablecimiento». Son innovaciones que utilizan o pretenden utilizar elementos de un pasado histórico, sea este real o imaginario.

¿Qué clase de innovaciones actúan de este modo y bajo qué condiciones? Los más evidentes son los movimientos nacionalistas, ya que la historia es la materia prima que se moldea con más facilidad durante el proceso de construcción de las «naciones» de nueva planta que constituye su principal objetivo. ¿Qué otros movimientos se comportan así? ¿Puede decirse que es más probable que unas aspiraciones tiendan más que otras a definirse de esta forma, por ejemplo las relacionadas con la cohesión social de los grupos humanos o las que encarnan el «sentido de la comunidad»? Es necesario dejar la pregunta sin responder.

III

El problema del rechazo sistemático del pasado sólo surge cuando se admite que la innovación es a un tiempo inevitable y aconsejable desde un punto de vista social: es decir, cuando es sinónimo de «progreso». Esto plantea dos cuestiones distintas: cómo se llega a reconocer y legitimar la innovación como tal innovación, y qué forma asume la situación derivada de ella (es decir, cómo se formula un modelo de sociedad cuando el pasado ya no puede proporcionarlo). La primera es la que resulta más fácil de contestar.

Sabemos muy poco del proceso que ha logrado convertir los términos «nuevo» y «revolucionario» (tal como se usan en el lenguaje publicitario) en sinónimos de «mejor» y «más atractivo», por lo que sería muy necesaria una investigación a fondo del tema. Sin embargo, a primera vista parece que se tienen menos reparos en aceptar la novedad o incluso una innovación de carácter constante cuando está relacionada con el control que los seres humanos ejercemos sobre la naturaleza, como ocurre, por ejemplo, con la ciencia y la tecnología, debido a las evidentes ventajas que buena parte de ella ofrece incluso a los más fervientes partidarios de la tradición. ¿Es que alguna vez las bicicletas o las radios han sido objeto de un ataque ludita digno de mención? Por otro lado, mientras que a algunos grupos humanos les pueden parecer atractivas determinadas innovaciones de tipo sociopolítico, al menos con vistas al futuro, las implicaciones sociales y humanas de la innovación (incluyendo la innovación técnica) suelen suscitar una mayor oposición, por motivos igualmente obvios. Es posible que los constantes avances que se producen en materia tecnológica sean recibidos favorablemente por los mismos que muestran un profundo disgusto ante la rápida transformación que experimentan las relaciones humanas (por ejemplo, en materia sexual y familiar) y a los que incluso les cuesta imaginar que dichas relaciones puedan estar sujetas a un continuo proceso de cambio. Cuando se rechaza incluso la innovación tecnológica de utilidad demostrada, la razón se encuentra generalmente, por no decir siempre, en el miedo a la transformación social, es decir, a la conmoción que la acompaña.

Legitimar la innovación cuya utilidad resulta tan evidente y es tan neutra desde un punto de vista social, que es aceptada casi de inmediato, o que en

todo caso lo es por parte de la gente que está familiarizada con el cambio tecnológico, no plantea el menor problema. Se podría pensar (¿pero se ha investigado en realidad el tema?) que incluso una actividad tan partidaria de la tradición como la religión institucional popular la ha aceptado sin dificultad. Sabemos que existe una gran resistencia a introducir cualquier tipo de cambio en los antiguos textos de carácter sagrado, pero no parece haberse producido una reacción similar con respecto, por ejemplo, al abaratamiento de las imágenes e iconos sagrados por medio de procesos tecnológicos como el grabado y la oleografía. Por otra parte, algunas innovaciones necesitan que se las legitime, y en aquellos períodos en que el pasado ya no es capaz de suministrar algo que les sirva de precedente, este hecho se convierte en fuente de graves dificultades. Por importante que sea, cuando la innovación se suministra en una sola dosis no resulta tan conflictiva. Se la puede presentar como la victoria de un determinado principio positivo sobre su contrario, o como un proceso de «corrección» o «rectificación», del predominio de la razón sobre la sinrazón, del conocimiento sobre la ignorancia, de lo natural sobre lo que no lo es, del bien sobre el mal. Sin embargo, los dos últimos siglos se han caracterizado por un proceso de cambio constante e ininterrumpido, que, salvo excepciones, no es posible tratar como tal si no es a costa de una casuística considerable, como la necesidad de aplicar constantemente principios inmutables a unas circunstancias siempre cambiantes de una serie de maneras que permanecen sumidas en el misterio o exagerando la potencia de las fuerzas del mal que aún perduran.³

Paradójicamente, el pasado sigue siendo la herramienta analítica más útil para enfrentarse al cambio constante, aunque de una forma totalmente nueva. Se transforma en el descubrimiento de la historia como un proceso de cambio direccional, de desarrollo o evolución. De esta forma, el cambio se convierte en su propia legitimación, si bien estrechamente vinculado a un «sentido del pasado» totalmente distinto. Un excelente ejemplo de ello procedente del siglo XIX es la obra de Bagehot *Física y política* (1872); los conceptos de «modernización» vigentes en la actualidad ilustran una serie de versiones mucho más simplistas del mismo enfoque. En resumen, lo que legitima y explica el presente ya no es el pasado concebido como conjunto de puntos de referencia (por ejemplo, la Carta Magna), o incluso como el período de tiempo en que algo tiene lugar (por ejemplo, la época de las instituciones parlamentarias), sino el pasado considerado como proceso de conversión en el presente. Frente a la imperiosa realidad del cambio, hasta el pensamiento conservador se vuelve historicista. Puesto que la comprensión *a posteriori* es la forma más convincente que adopta la sabiduría del historiador, quizás resulte más apropiado para ellos que para la mayoría.

Pero ¿qué ocurre con los que además necesitan la capacidad de prever, de concretar un futuro que en nada se parece al pasado? Tratar de hacerlo sin recurrir a algún tipo de ejemplo resulta extraordinariamente difícil y a menudo nos encontramos con que las personas que más esfuerzo dedican a la innovación sienten la tentación de buscar uno, por muy inverosímil que sea, y

lo incluyen en el propio pasado, o en lo que viene a ser lo mismo, la «sociedad primitiva», considerada como una modalidad en que el pasado del hombre coexiste con su presente. Sin duda, los socialistas de los siglos XIX y XX utilizaron el «comunismo primitivo» como un elemento de análisis, pero el hecho de que lo emplearan muestra con claridad la ventaja de contar con un precedente concreto incluso para aquello que no lo tiene, o, al menos, con un ejemplo de cómo resolver los nuevos problemas, aunque las soluciones que en el pasado se dieran a problemas análogos resulten inaplicables al presente. Por supuesto, no existe ninguna necesidad teórica de describir el futuro con toda exactitud, pero, en la práctica, la exigencia de que se prediga o se formule un modelo que lo explique es demasiado fuerte para hacer caso omiso de ella.

El método más práctico y popular de predicción ha sido siempre un tipo u otro de historicismo, es decir, la extrapolación más o menos sofisticada y compleja de las tendencias del pasado al futuro. En cualquier caso, se puede saber cómo será el futuro si se investiga el proceso de desarrollo de épocas anteriores en busca de pistas, de ahí la paradoja de que, cuanto más convencidos estemos de que va a producirse algún tipo de innovación, mayor será nuestra necesidad de recurrir a la historia para tratar de averiguar qué características tendrá. En este procedimiento tienen cabida desde las versiones más simplistas —la visión del futuro como un presente ampliado y mejorado o un presente ampliado y peor, tan típica de las extrapolaciones tecnológicas o de las antiutopías sociales de tipo pesimista— a los planteamientos que desde un punto de vista intelectual se caracterizan por una mayor complejidad y ambición; pero, básicamente, la historia sigue siendo el punto de partida en ambos casos. Sin embargo, llegados a este punto surge una contradicción, cuya naturaleza ya dejó entrever Karl Marx cuando se mostró convencido de la inevitable sustitución del capitalismo por el socialismo al mismo tiempo que mostraba una enorme reticencia a dar detalles sobre cómo sería en realidad la sociedad socialista y comunista. Este no es sólo un hecho de sentido común: ser capaz de identificar las tendencias generales no equivale a poder predecir qué consecuencias concretas tendrán en las circunstancias del futuro, que, aparte de ser complejas, son en muchos sentidos desconocidas. También constituye un indicio de que existe un conflicto entre un modo básicamente historicista de analizar cómo se desarrollará el futuro, que da por supuesto que el proceso de cambio histórico no conoce interrupciones, y el que hasta ahora ha sido el requisito universal de los modelos programáticos de sociedad, a saber, un cierto grado de estabilidad. La utopía es por naturaleza un estado estacionario que tiende a reproducirse a sí mismo y cuyo implícito ahistoricismo sólo están en condiciones de soslayar aquellos que opten por no describirlo. Aun siendo diseñados para explicar una serie de circunstancias que se encuentran en plena transformación, incluso los modelos menos utópicos de la «sociedad ideal» o del sistema político adecuado suelen servirse para ello de un marco relativamente estable y previsible de instituciones y valores que no se verá afectado por tales cambios. En teoría

no existe nada que impida definir los sistemas sociales en términos de un cambio continuo, pero, en la práctica, no parece haber demasiada necesidad de que se haga así, quizás porque cuando las relaciones sociales son inestables e imprevisibles en exceso resultan especialmente desconcertantes. En el sistema de Comte, el término «orden» va unido al de «progreso», pero el análisis de uno de ellos apenas nos dice nada de cómo se ha de plantear el otro. La historia deja de resultar de utilidad justo en el momento en que más la necesitamos.⁴

En consecuencia, es posible que nos veamos obligados a recurrir una vez más al pasado, utilizándolo de un modo parecido a como tradicionalmente se ha hecho, es decir, como depósito de precedentes, si bien esta vez nos basaremos en una serie de programas o modelos que nada tienen que ver con él para efectuar nuestra selección. Es muy probable que esto suceda en el momento de realizar el diseño de la «sociedad ideal», ya que la mayor parte de lo que sabemos acerca del buen funcionamiento de las sociedades consiste en conocimientos empíricos que hemos acumulado en el curso de los miles de años que llevamos viviendo en grupos humanos de muy distintas maneras, complementado tal vez con el estudio de la conducta social de los animales, que se ha puesto muy de moda de un tiempo a esta parte. Es indudable que la investigación histórica de «lo que sucedió en realidad» resulta muy valiosa para resolver tal o cual problema concreto del presente, además de constituir una corriente de aire fresco para algunas actividades históricas que se han quedado bastante anticuadas, siempre y cuando éstas tengan algo que ver con los problemas modernos. Por consiguiente, es no sólo posible, sino también deseable, que lo que les ocurrió a los pobres que fueron desplazados por la construcción en gran escala del tendido ferroviario o lo sucedido durante el siglo XIX en el centro de las grandes ciudades arrojase algún tipo de luz sobre las posibles consecuencias de la imparable construcción de autopistas que estamos viviendo a finales del siglo XX, del mismo modo que los distintos episodios de «poder estudiantil» que tuvieron lugar en las universidades medievales⁵ no son ajenos a los proyectos que pretenden cambiar la estructura legal de las universidades modernas. Sin embargo, la naturaleza del que a menudo es un proceso arbitrario de inmersión en el pasado en busca de ayuda para poder así prever el futuro requiere un mayor análisis que el que hasta ahora ha recibido. Por sí solo no basta para ocupar el lugar de la construcción de modelos sociales adecuados, vayan éstos o no acompañados de la correspondiente investigación histórica, sino que sólo sirven para reflejar y quizás en algunos casos para paliar su actual insuficiencia.

IV

El uso social del pasado no queda ni mucho menos reflejado en estos comentarios hechos de pasada. No obstante, aunque aquí no es posible analizar de forma más pormenorizada los demás aspectos de la cuestión, sí se pueden

mencionar brevemente dos problemas concretos: los del pasado como genealogía y como cronología.

El sentido del pasado como un continuo de experiencia de carácter colectivo sigue siendo asombrosamente importante, incluso para los más partidarios de la innovación y de la creencia de que novedad equivale a mejora: como lo demuestra el hecho de que en todas partes se incluya la «historia» dentro de los planes de estudio de todos los sistemas educativos modernos, o el que anden buscando antecedentes (Espartaco, Moro, Winstanley) los revolucionarios de nuestros días, quienes, en caso de ser marxistas, contagian a sus formulaciones teóricas con su propia intrascendencia. ¿Qué ganan o ganaron en concreto los marxistas modernos con saber que en la antigua Roma tuvieron lugar una serie de revueltas de esclavos que, según se deduce de sus propios análisis, incluso en el supuesto de que persiguieran fines comunistas, estaban destinadas al fracaso o a producir unas consecuencias que apenas guardan relación con las aspiraciones de dichos marxistas? Evidentemente, la sensación de pertenecer a una antigua tradición de sublevaciones proporciona una gran satisfacción emocional, pero es necesario preguntarse sobre el cómo y el porqué. ¿Es análoga a la sensación de continuidad que infunden los programas de historia y que, por lo visto, es la que convierte en materia de estudio aconsejable para los niños la existencia de Boadicea o Vercingetórix, el rey Alfredo el Grande o Juana de Arco, como parte del bagaje informativo con el que (por razones que se dan por válidas pero rara vez se investigan) «se supone que deben estar familiarizados» por su condición de ingleses o franceses? La atracción que ejerce el pasado concebido como continuidad y tradición, como «nuestros antepasados», es muy fuerte. Incluso los hábitos turísticos dan buena prueba de ello. Sin embargo, el hecho de que nos identifiquemos de un modo instintivo con esta forma de sentir no debería hacernos pasar por alto la dificultad que entraña averiguar por qué ocurre tal cosa.

Ni que decir tiene que la dificultad es mucho menor en el caso de las modalidades de genealogía más comunes, con las que se intenta apuntalar una autoestima llena de inseguridades. Los burgueses advenedizos tratan de conseguir un linaje, las naciones o movimientos de nuevo cuño optan por incorporar a su historia algunos ejemplos de hazañas y esplendores ya pasados en proporción a cuáles crean que son las carencias de su verdadero pasado, esté o no justificada dicha opinión.⁶ La cuestión más interesante en relación con este tipo de prácticas genealógicas es si llegan a convertirse en algo prescindible y en qué momento sucede tal cosa. La experiencia de la moderna sociedad capitalista parece indicar que quizás sean a un tiempo permanentes y transitorias. Por un lado, los nuevos ricos de finales del siglo XX continúan aspirando a todo aquello que caracteriza la vida de una aristocracia que, a pesar de su escasa importancia política y económica, sigue simbolizando el estatus social superior (la mansión campestre, el director ejecutivo renano que se dedica a cazar alces y jabalíes en un lugar tan inverosímil como son las cercanías de las repúblicas socialistas, por mencionar algunos ejemplos). Por

otro lado, los edificios y elementos decorativos de tipo neomedieval, neo-renacentista y Luis XV de la sociedad burguesa decimonónica dieron paso en un determinado momento a un estilo deliberadamente «moderno», que no sólo renunció a apelar al pasado, sino que incluso desarrolló un dudoso parecido estético entre la innovación artística y técnica. Por desgracia, hasta ahora la única sociedad de la historia que nos ha proporcionado el material adecuado para realizar un estudio comparativo de la influencia de los antecedentes y la novedad es la sociedad capitalista occidental de los siglos XIX y XX y no sería prudente generalizar basándonos en un solo caso.

Por último; el problema de la cronología, que nos conduce al extremo opuesto de una posible generalización, puesto que es difícil pensar en alguna sociedad conocida que no considere oportuno dejar constancia por distintos motivos del transcurso del tiempo y la sucesión de los acontecimientos. Por supuesto, como ha señalado Moses Finley, existe una diferencia esencial entre un pasado cronológico y uno que no lo es: entre el Odiseo de Homero y el de Samuel Butler, al que de un modo natural y muy poco homérico se concibe como un hombre de mediana edad que regresa junto a una esposa avejentada tras una ausencia de veinte años. Ni que decir tiene que, desde el momento en que la historia es un proceso de cambio direccional, la cronología es fundamental para el significado histórico del pasado vigente en nuestros días. El anacronismo es una señal de alarma que alerta inmediatamente al historiador y su capacidad para causar un impacto emocional en una sociedad tan apegada a las cronologías es de tal calibre, que se presta con gran facilidad a que las artes saquen partido de él: en la actualidad, un *Macbeth* con vestuario moderno saca partido de ello de una forma en que, por razones obvias, un *Macbeth* de la época jacobita nunca pudo hacer.

A primera vista es menos esencial para el sentido tradicional del pasado (patrón o modelo para el presente, almacén y depósito de experiencia, sabiduría y precepto moral). En un pasado de este tipo no se cree necesariamente que los acontecimientos se producen de forma simultánea, como los romanos y los moros que luchan entre sí en las procesiones de Semana Santa en España, o incluso fuera del tiempo: la relación cronológica que existe entre ambos es simplemente intrascendente. La cuestión de si Horacio Cocles se convirtió en un ejemplo para los romanos de épocas posteriores antes o después de Mucio Escévola sólo tiene interés para los pedantes. Del mismo modo (por citar un ejemplo de nuestros días), la importancia que puedan tener los macabeos, defensores de Masada y Bar Kohba, para los actuales israelíes no guarda la menor relación con la distancia cronológica que separa a ambos y la que existe entre ellos mismos. En el instante en que se introduce el tiempo real en dicho pasado (por ejemplo, cuando se analizan Homero y la Biblia aplicando los métodos empleados en los estudios históricos modernos) se convierte en algo totalmente distinto. Desde el punto de vista social se trata de un proceso alarmante, además de constituir un síntoma de transformación social.

No obstante, en muchas (¿quizás en todas?) las sociedades que conocen

la escritura, e incluso en aquellas que no la conocen, la cronología histórica, por ejemplo en forma de genealogías y crónicas, tiene a ciertos efectos una importancia que está fuera de toda duda, si bien la capacidad de las primeras para generar testimonios escritos a lo largo del tiempo les permite inventar una serie de posibles usos que resultarían inviables en las que sólo cuentan con una tradición oral. (Sin embargo, aunque se han investigado los límites de la memoria histórica de carácter oral desde el punto de vista de las necesidades del estudioso de nuestro tiempo, los historiadores han prestado menos atención al problema de su falta de adecuación a las necesidades de sus propias sociedades.)

En su sentido más amplio, todas las sociedades poseen mitos de creación y desarrollo que simbolizan el paso del tiempo: en un principio las cosas eran así y luego cambiaron para ser de esta otra manera. Y, a la inversa, una concepción providencial del universo también presupone que los acontecimientos siguen un orden determinado, puesto que la teleología (incluso habiendo logrado sus objetivos) es una especie de historia. Por otra parte, se presta de un modo inmejorable a la cronología, en caso de que haya una, como demuestran las diversas especulaciones milenaristas o las discusiones en torno al año 1000 d.C., que implican la existencia previa de un sistema de datación.⁷ En un sentido más concreto, el proceso de comentar textos antiguos de una validez permanente o de descubrir las aplicaciones concretas de la verdad eterna supone ya la aplicación de una cierta cronología (por ejemplo, la búsqueda de los antecedentes). Huelga decir que puede ser necesario realizar cálculos cronológicos más precisos para alcanzar una gran variedad de objetivos económicos, legales, burocráticos, políticos y rituales, al menos en aquellas sociedades alfabetizadas que están en condiciones de dejar constancia escrita de los mismos, incluyendo, por supuesto, la invención con fines políticos de una serie de precedentes antiguos y favorables.

En algunos casos, la diferencia entre dicha cronología y la que utiliza la historia contemporánea es bastante clara. La búsqueda de precedentes que llevan a cabo los abogados y los burócratas está totalmente concebida en función de las necesidades del presente. Su objetivo consiste en descubrir los derechos legales de hoy día, la solución de los problemas administrativos modernos, mientras que al historiador, por muy interesado que pueda estar en la relación que existe entre unas determinadas circunstancias y el presente, lo que de verdad le importa es la diferencia que hay entre ellas. Por otro lado, este no es el único rasgo que caracteriza a la cronología tradicional. Es posible que exista una percepción generalizada de la historia, de la unidad del pasado, el presente y el futuro, a pesar de lo incapaces que podamos llegar a ser los seres humanos para recordarla y dar testimonio de ella, como también es posible que sea necesario medirla con algún tipo de cronología, por muy incomprensible o imprecisa que nos pueda parecer. Pero aunque esto sea así, ¿dónde se encuentra la línea divisoria entre el pasado cronológico y el no cronológico, entre la cronología histórica y no histórica que coexisten a un mismo tiempo? La respuesta no está clara en absoluto. Si la encontráramos,

tal vez lograrse arrojar luz no sólo acerca del sentido que el pasado tenía en sociedades de épocas anteriores, sino también en la nuestra, donde la hegemonía de una de sus formas (el cambio histórico) no impide que subsistan otras concepciones del sentido del pasado en diferentes entornos y circunstancias.

Cuesta menos formular preguntas que dar respuestas, y esta ponencia ha preferido la vía más fácil a la más difícil. Sin embargo, quizás el hecho de hacer preguntas, sobre todo acerca de aquellas experiencias que tendemos a dar por supuestas, no resulte ser una ocupación inútil. Estamos inmersos en el pasado, como un pez lo está en el agua, y no podemos escapar de él. Pero nuestra forma de vivir y movernos en este medio hacen necesarios el análisis y el debate. Mi propósito no era otro que estimular ambas cosas.

10. ¿QUÉ DEBEN LOS HISTORIADORES A KARL MARX?

Los tres capítulos siguientes, que introducen una sección sobre polémicas históricas, se ocupan específicamente de Marx y la historia. Los dos primeros son intentos —median quince años entre ambos— de valorar el efecto de Marx en los historiadores contemporáneos. El presente capítulo lo escribí para el simposio «El papel de Karl Marx en la evolución del pensamiento científico contemporáneo», que se celebró en París, bajo los auspicios de la UNESCO, en mayo de 1968. Fue publicado en el consiguiente volumen del International Social Science Council, Marx and Contemporary Scientific Thought/Marx et la pensée scientifique contemporaine, La Haya y París, 1969, pp. 197-211, en Diogenes, 64, pp. 37-56, y en otras publicaciones.

El siglo XIX, aquella era de civilización burguesa, tiene en su haber varios logros intelectuales de importancia, pero la disciplina académica de la historia que creció durante dicho período no es uno de ellos. De hecho, en todo, excepto en las técnicas de investigación, señaló un claro paso atrás a partir de los ensayos con frecuencia mal documentados, especulativos y demasiado generales en los cuales los testigos de la era más profundamente revolucionaria —la de las revoluciones francesa e industrial— intentaron comprender la transformación de las sociedades humanas. La historia académica, tal como la inspiraron las enseñanzas y el ejemplo de Leopold von Ranke y divulgaron las publicaciones especializadas que surgieron en las postrimerías del siglo, hizo bien en oponerse a la generalización apoyada de forma insuficiente por hechos, o respaldada por hechos poco fidedignos. En cambio, concentró todos sus esfuerzos en la tarea de determinar los «hechos» y de esta manera aportó poco a la historia, excepto una serie de criterios empíricos para valorar ciertas clases de documentos (por ejemplo, registros manuscritos de acontecimientos en los que intervino la decisión consciente de individuos influyentes) y las técnicas auxiliares necesarias para este fin.

Raramente indicaba que estos documentos y procedimientos sólo eran aplicables a una serie limitada de fenómenos históricos, toda vez que aceptaba sin espíritu crítico que ciertos fenómenos eran merecedores de estudio especial mientras que otros no lo eran. Así, no era su intención concentrarse en la «historia de los acontecimientos» —de hecho, en algunos países tenía

un claro sesgo institucional—, pero su metodología se prestaba mucho a la narración cronológica. En modo alguno se limitaba por completo a la historia de la política, la guerra y la diplomacia (o en la versión simplificada pero no atípica que enseñaban los maestros de escuela y estaba relacionada con reyes, batallas y tratados), pero no cabe duda de que tendía a dar por sentado que esto formaba el conjunto central de los acontecimientos que incumbían al historiador. Esto era historia en singular. Otros temas, al ser tratados con erudición y método, podían dar origen a varias historias, calificadas por medio de epítetos descriptivos (constitucional, económica, eclesiástica, cultural, del arte, de la ciencia o de la filatelia, etcétera). Su relación con el cuerpo principal de la historia era oscura o no recibía la atención apropiada, exceptuando unas cuantas especulaciones vagas sobre el *Zeitgeist* de las cuales los historiadores profesionales preferían abstenerse.

Los historiadores filosófica y metodológicamente académicos tendían a demostrar una inocencia igualmente sorprendente. Es verdad que los resultados de esta inocencia coincidían con lo que en las ciencias naturales era una metodología consciente, aunque controvertida, a la que de forma poco rigurosa podemos llamar «positivismo», pero es dudoso que muchos historiadores académicos (fuera de los países latinos) supiesen que eran positivistas. En la mayoría de los casos eran meramente hombres que, de la misma manera que aceptaban que determinado tema (por ejemplo, la historia político-militar-diplomática) y determinada zona geográfica (la Europa occidental y central, pongamos por caso) eran los más importantes, también aceptaban, entre otras *ideés reçues*, las del pensamiento científico popularizado, por ejemplo, que las hipótesis surgen automáticamente del estudio de «hechos», que la explicación consiste en un conjunto de cadenas de causa y efecto, o los conceptos del determinismo, la evolución y así sucesivamente. Daban por sentado que, del mismo modo que la erudición científica podía determinar el texto y la sucesión definitivos de los documentos que publicaban en complejas e inapreciables series de volúmenes, también determinaría la verdad definitiva de la historia. La *Cambridge Modern History* de lord Acton fue un ejemplo tardío pero típico de tales creencias.

Incluso si se juzga de acuerdo con los modestos criterios de las ciencias humanas y sociales del siglo XIX, la historia era, pues, una disciplina atrasadísima, casi podría decirse que deliberadamente atrasada. Sus aportaciones a la comprensión de la sociedad humana, pasada y presente, eran insignificantes y accidentales. Debido a que para comprender la sociedad se requiere comprender la historia, era inevitable que tarde o temprano se encontraran formas más fructíferas de explorar el pasado humano. El tema del presente trabajo es la aportación del marxismo a esta búsqueda.

Cien años después de Ranke, Arnaldo Momigliano resumió los cambios habidos en la historiografía bajo cuatro encabezamientos:

1. La historia política y religiosa había decaído de forma acusada, a la vez que las «historias nacionales parecen anticuadas». A cambio de ello se había producido una notable inclinación a la historia socioeconómica.

- 2. Ya no era habitual, o, mejor dicho, fácil, utilizar «ideas» como explicación de la historia.
- 3. Las explicaciones predominantes se daban ahora «en términos de fuerzas sociales», aunque esto planteaba de forma más aguda que en tiempos de Ranke el asunto de la relación entre la explicación de acontecimientos históricos y la explicación de acciones individuales.
- 4. Ahora (1954) resultaba difícil hablar de progreso o siquiera de evolución con sentido de los acontecimientos en cierta dirección.¹

Era más probable que la última observación de Momigliano —y le citamos como informador del estado de la historiografía más que como analista— se hiciese en el decenio de 1950 que en decenios anteriores o posteriores, pero las otras tres representan claramente tendencias de reconocida solidez y duraderas en el movimiento contrario a Ranke dentro de la historia. A partir de mediados del siglo XIX, según ya se señaló en 1910,² se había intentado sistemáticamente sustituir el marco idealista por otro materialista, lo cual llevó al declive de la historia política y al auge de la «económica o sociológica»: sin duda bajo el estímulo cada vez más apremiante del «problema social» que «dominó» la historiografía en la segunda mitad de dicho siglo.³ Obviamente, tomar las fortalezas de las facultades universitarias y escuelas de archivos requirió bastante más tiempo del que supusieron los enciclopedistas entusiásticos. En 1914 las fuerzas atacantes habían ocupado poco más que los puestos periféricos de la «historia económica» y la sociología de orientación histórica y los defensores no tuvieron que emprender una retirada total —aunque en modo alguno fueron derrotados— hasta después de la segunda guerra mundial.⁴ No obstante, el carácter y el triunfo generales del movimiento contrario a Ranke no se ponen en duda.

El interrogante inmediato que se nos plantea es hasta qué punto esta nueva orientación se ha debido a la influencia marxista. Un segundo interrogante es de qué manera la influencia marxista sigue contribuyendo a ella.

No cabe duda de que la influencia del marxismo fue muy grande desde el principio. Hablando en términos generales, sólo otra escuela o corriente del pensamiento que apuntaba a la reconstrucción de la historia tuvo influencia en el siglo XIX: el positivismo (ya sea con *pe* minúscula o mayúscula). El positivismo, hijo tardío de la Ilustración del siglo XVIII, no pudo ganarse nuestra admiración sin límites en el siglo XIX. Su principal aportación a la historia fue introducir conceptos, métodos y modelos de las ciencias naturales en la investigación social y aplicar a la historia los descubrimientos de las ciencias naturales que parecieran apropiados. Estos logros no fueron insignificantes, pero sí limitados, tanto más cuanto que lo más próximo a un modelo del cambio histórico, una teoría de la evolución cuyo modelo era la biología o la geología y que a partir de 1859 recibió estímulo y ejemplo del darwinismo, es sólo una guía muy esquemática e insuficiente de la historia. En consecuencia, los historiadores inspirados por Comte o Spencer han sido pocos y, al igual que Buckle o incluso historiadores más grandes como Taine o

Lamprecht, su influencia en la historiografía fue limitada y temporal. La debilidad del positivismo (o del Positivismo) fue que, a pesar de que Comte estaba convencido de que la sociología era la más elevada de las ciencias, tenía poco que decir acerca de los fenómenos que caracterizan a la sociedad humana, a diferencia de los que podían derivarse directamente de la influencia de factores no sociales o tener por modelo las ciencias naturales. Las opiniones que tenía sobre el carácter humano de la historia eran especulativas, cuando no metafísicas.

Así pues, el ímpetu principal para la transformación de la historia salió de las ciencias sociales con orientación histórica (por ejemplo, la «escuela histórica» alemana en la ciencia económica), pero en especial de Marx, cuya influencia se reconocía como tan grande que a menudo se le atribuían logros que él mismo no reivindicaba como suyos. El materialismo histórico se calificaba habitualmente —a veces incluso por parte de los marxistas— de «determinismo económico». Aparte de negar esta expresión, es seguro que Marx también hubiera negado que él fuese el primero en recalcar la importancia de la base económica del desarrollo histórico, o en escribir la historia de la humanidad como la de una sucesión de sistemas socioeconómicos. Desde luego, negó la originalidad al introducir el concepto de clase y de lucha de clases en la historia, pero fue en vano. «Marx ha introdotto nella storiografia il concetto di classe», dice la *Enciclopedia Italiana*.

No es la intención del presente artículo examinar paso a paso la aportación específica de la influencia marxista a la transformación de la historiografía moderna. Evidentemente, fue distinta en cada país. Así, en Francia fue relativamente pequeña, al menos hasta después de la segunda guerra mundial, debido a la penetración notablemente tardía y lenta de las ideas marxistas en la vida intelectual de dicho país.⁵ Aunque en el decenio de 1920 las influencias marxistas ya habían penetrado hasta cierto punto en el campo sumamente político de la historiografía de la Revolución francesa —pero, como demuestra la obra de Jaurès y Georges Lefebvre, en combinación con ideas sacadas de tradiciones nativas del pensamiento—, la gran reorientación de los historiadores franceses fue encabezada por la escuela de los *Annales*, que, desde luego, no necesitó que Marx le llamara la atención sobre las dimensiones económicas y sociales de la historia. (Sin embargo, la identificación popular de un interés en tales asuntos con el marxismo es tan fuerte, que hasta hace poco⁶ el *Times Literary Supplement* ponía incluso a Fernand Braudel bajo la influencia de Marx.) A la inversa, hay países en Asia o en América Latina en los cuales la transformación, cuando no la creación, de la historiografía moderna casi puede identificarse con la penetración del marxismo. Siempre y cuando se acepte que, hablando en términos globales, la influencia fue considerable, no hay necesidad de insistir más en el asunto en el contexto presente.

Lo hemos sacado a colación no tanto para demostrar que la influencia marxista ha interpretado un papel importante en la modernización de la historiografía, como para ilustrar una gran dificultad que se presenta cuando se

quiere determinar su aportación exacta. Porque, como hemos visto, la influencia marxista entre los historiadores se ha identificado con unas cuantas ideas relativamente sencillas, aunque dotadas de gran fuerza, que de una manera u otra se han asociado con Marx y los movimientos inspirados en su pensamiento, pero que en absoluto son necesariamente marxistas, o que, en la forma que más influencia ha ejercido, no son necesariamente representativas del pensamiento maduro de Marx. Llamaremos a este tipo de influencia «marxista vulgar» y el problema principal del análisis consiste en separar los componentes marxista vulgar y marxista en el análisis histórico.

Pondré algunos ejemplos. Parece claro que el «marxismo vulgar» comprendía principalmente los siguientes elementos:

1) La «interpretación económica de la historia», esto es, la creencia de que «el factor económico es el factor fundamental del cual dependen los demás» (según dice R. Stammler); y, de modo más específico, del cual dependían fenómenos que hasta ahora no se consideraban muy relacionados con asuntos económicos.

2) El modelo de «base y superestructura» (que se usa de la forma más generalizada para explicar la historia de las ideas). A pesar de las advertencias de los propios Marx y Engels y de las sutiles observaciones de algunos de los primeros marxistas, por ejemplo Labriola, este modelo solía interpretarse como una simple relación de dominio y dependencia entre la «base económica» y la «superestructura», mediada a lo sumo por

3) «El interés de clase y la lucha de clases.» Uno tiene la impresión de que varios historiadores marxistas vulgares no leyeron mucho más allá de la primera página del *Manifiesto comunista*, y la frase de que «la historia [escrita] de todas las sociedades que han existido hasta ahora es la historia de las luchas de clases».

4) «Las leyes históricas y la inevitabilidad histórica.» Se creía, acertadamente, que Marx insistía en una evolución sistemática y necesaria de la sociedad humana en la historia, de la cual se excluía en gran parte lo contingente, en todo caso en el nivel de la generalización sobre los movimientos a largo plazo. De ahí la constante preocupación de los primeros escritores sobre historia marxista por problemas como el papel del individuo o de la casualidad en la historia. Por otro lado, esto podía interpretarse —y así se hacía en gran parte— como una regularidad rígida e impuesta, por ejemplo en la sucesión de formaciones socioeconómicas, o incluso un determinismo mecánico que a veces se acercaba a sugerir que no había ninguna alternativa en la historia.

5) Temas específicos de la investigación histórica que se derivaban de los intereses del propio Marx: por ejemplo, el interés por la historia del desarrollo capitalista y la industrialización, pero, a veces, también de comentarios más o menos fortuitos.

6) Temas específicos de la investigación que se derivaban no tanto de Marx como del interés de los movimientos asociados con su teoría: por ejem-

plo, el interés por la agitación de las clases oprimidas (campesinos, obreros), o por las revoluciones.

7) Varias observaciones sobre la naturaleza y los límites de la historiografía, que se derivaban principalmente del número 2 y servían para explicar los motivos y los métodos de los historiadores que afirmaban no ser nada más que buscadores de la verdad y se enorgullecían de determinar sencillamente *wie es eigentlich gewesen*.

En seguida resultará obvio que esto representaba, en el mejor de los casos, una selección de las opiniones de Marx sobre la historia y, en el peor (como ocurre a menudo con Kautsky), una asimilación de las mismas a las opiniones no marxistas —por ejemplo, evolucionistas y positivistas— contemporáneas. También será evidente que parte de ello no representaba a Marx en absoluto, sino la clase de interés que de forma natural se despertaría en cualquier historiador asociado con los movimientos populares, obreros y revolucionarios, y que se hubiera despertado incluso sin la intervención de Marx, como el interés por anteriores ejemplos de lucha social e ideología socialista. Así, en el caso de la antigua monografía de Kautsky sobre Tomás Moro, no hay nada especialmente marxista en la elección del tema y su tratamiento es marxista vulgar.

Sin embargo, esta selección de elementos del marxismo o asociados con él no fue arbitraria. Los elementos 1-4 y 7 del breve resumen del marxismo vulgar que acabamos de hacer representaban cargas concentradas de explosivo intelectual creadas para volar partes importantísimas de las fortificaciones de la historia tradicional, y, como tales, eran inmensamente potentes; tal vez más potentes de lo que hubieran sido versiones menos simplificadas del materialismo histórico y, desde luego, suficientemente potentes en su capacidad de dejar entrar la luz en lugares hasta ahora oscuros, para tener a los historiadores satisfechos durante mucho tiempo. Es difícil captar de nuevo el asombro que sentiría un científico social inteligente y culto de finales del siglo XIX al encontrar las siguientes observaciones marxistas sobre el pasado: «Que la Reforma misma se atribuye a una causa económica, que la duración de la guerra de los Treinta Años se debió a causas económicas; las Cruzadas, al hambre feudal de tierra; la evolución de la familia, a causas económicas; y que la visión cartesiana de los animales como máquinas puede relacionarse con el crecimiento del sistema de manufacturas».⁷ Con todo, los que recordamos nuestros primeros encuentros con el materialismo histórico todavía podemos dar fe de la inmensa fuerza liberadora de semejantes descubrimientos sencillos.

Sin embargo, si era, por ende, natural, y quizá necesario, que el efecto inicial del marxismo cobrase una forma simplificada, la selección propiamente dicha de elementos de Marx también representó una elección histórica. Así, unos cuantos comentarios que Marx hace en *El capital* sobre las relaciones entre el protestantismo y el capitalismo ejercieron una influencia inmensa, es de suponer que debido a que el problema de la base social de la

ideología en general, y de la naturaleza de las ortodoxias religiosas en particular, era un asunto que despertaba interés inmediato e intenso.⁸ En cambio, algunas de las obras en las cuales el propio Marx más cerca estuvo de escribir como historiador, como en el caso de la magnífica *El dieciocho brumario*, no estimularon a los historiadores hasta mucho después, probablemente porque los problemas sobre los que más luz arrojan —la conciencia de clase y el campesinado, pongamos por caso— parecían de interés menos inmediato.

El grueso de lo que consideramos la influencia marxista en la historiografía ha sido sin duda marxista vulgar en el sentido que hemos descrito antes. Consiste en la especial atención que se presta en general a los factores económicos y sociales de la historia que han dominado desde el fin de la segunda guerra mundial en todos los países excepto en una minoría (por ejemplo, hasta hace poco la Alemania Occidental y los Estados Unidos) y que continúan ganando terreno. Debemos repetir que esta tendencia, aunque sin duda es principalmente fruto de la influencia marxista, no tiene ninguna conexión especial con el pensamiento de Marx.

Es casi seguro que el efecto principal que las ideas específicas del propio Marx han tenido en la historia y en las ciencias sociales en general es el de la teoría de «la base y la superestructura», es decir, el de su modelo de sociedad compuesta de diferentes «niveles» que interactúan. No hay necesidad de aceptar la jerarquía de niveles o el modo de interacción del propio Marx (en la medida en que lo haya proporcionado)⁹ para que el modelo general sea valioso. A decir verdad, ha sido muy bien acogido de forma general como aportación valiosa incluso por los no marxistas. El modelo específico de desarrollo histórico de Marx —que incluye el papel de los conflictos de clase, la sucesión de formaciones socioeconómicas y el mecanismo de transición de una a otra— ha seguido siendo mucho más controvertido, incluso, en algunos casos, entre los marxistas. Está bien que sea objeto de debate y, en particular, que se le apliquen los criterios habituales de verificación histórica. Es inevitable que se abandonen algunas de sus partes por estar basadas en datos insuficientes o engañosos, por ejemplo en el campo del estudio de las sociedades orientales, donde Marx combina una profunda visión interior con suposiciones erróneas, como en lo que se refiere a la estabilidad interna de algunas de tales sociedades. No obstante, el presente artículo sostiene que el principal valor de Marx para los historiadores de hoy reside en sus afirmaciones sobre la historia y no en sus afirmaciones sobre la sociedad en general.

La influencia marxista (y marxista vulgar) que hasta ahora ha sido más eficaz forma parte de una tendencia general a transformar la historia en una de las ciencias sociales, tendencia a la que algunos se resisten con mayor o menor sutileza pero que indiscutiblemente es la predominante en el siglo XX. La principal aportación del marxismo a esta tendencia en el pasado ha sido la crítica del positivismo, esto es, de los intentos de asimilar el estudio de las ciencias sociales al de las naturales, o lo humano a lo no humano. Esto en-

traña el reconocimiento de las sociedades como sistemas de relaciones entre seres humanos, de las cuales las que se establecen para fines de producción y reproducción son principales para Marx. También entraña el análisis de la estructura y el funcionamiento de estos sistemas como entes que se mantienen, tanto en sus relaciones con el entorno exterior —no humano y humano— como en sus relaciones internas. El marxismo está muy lejos de ser la única teoría estructural-funcionalista de la sociedad, aunque tiene buenos motivos para que se le considere la primera de ellas, pero difiere de la mayoría de las demás en dos cosas. Insiste, en primer lugar, en una jerarquía de fenómenos sociales (como, por ejemplo, la «base» y la «superestructura»), y, en segundo lugar, en que en toda sociedad existen tensiones internas («contradicciones») que contrarrestan la tendencia del sistema a mantenerse como empresa en marcha.¹⁰

La importancia de estas peculiaridades del marxismo está en el campo de la historia, pues son ellas las que le permiten explicar —a diferencia de otros modelos estructurales-funcionales de la sociedad— por qué y cómo las sociedades cambian y se transforman: dicho de otro modo, los hechos de la evolución social.¹¹ La inmensa fuerza de Marx ha radicado siempre en su insistencia tanto en la existencia de estructura social como en su historicidad o, dicho de otra manera, su dinámica interna de cambio. Hoy día, cuando se acepta generalmente la existencia de sistemas sociales, pero a expensas de su análisis ahistórico, cuando no antihistórico, la especial atención que presta Marx a la historia como dimensión necesaria es tal vez más esencial que nunca.

Esto entraña dos críticas específicas de teorías que predominan en las ciencias sociales de hoy.

La primera es la crítica del mecanismo que domina una parte tan grande de las ciencias sociales, especialmente en los Estados Unidos, y que recibe su fuerza tanto de la notable fecundidad de depurados modelos mecánicos en la actual fase de avance científico como de la búsqueda de métodos para alcanzar el cambio social que no lleven aparejada la revolución social. Quizá cabría añadir que debido a la abundancia de dinero y de ciertas tecnologías nuevas y apropiadas para utilizarlas en el campo social, y de las que se dispone ahora en los países industriales más ricos, este tipo de «ingeniería social» y las teorías en que se basa son muy atractivas en tales países. Estas teorías son en esencia ejercicios de «resolución de problemas». Son extremadamente primitivas y es probable que sean más rudimentarias que la mayoría de las teorías correspondientes en el siglo XIX. Así, muchos científicos sociales, ya sea de modo consciente o *de facto*, reducen el proceso de la historia a un solo cambio de la sociedad «tradicional» a la «moderna» o «industrial» (la «moderna se define en términos de los países industriales avanzados, o incluso de los Estados Unidos a mediados del siglo XIX, y la «tradicional» como la que carece de «modernidad»). En la práctica, este gran paso único puede subdividirse en pasos más pequeños, tales como las etapas de crecimiento económico de Rostow. Estos modelos eliminan la mayor par-

te de la historia y se concentran en un período corto, aunque se reconoce que importantísimo, a la vez que simplifican demasiado los mecanismos de cambio histórico incluso para tratar este breve espacio de tiempo. Afectan a los historiadores principalmente porque el tamaño y el prestigio de las ciencias sociales que crean tales modelos alientan a los investigadores históricos a embarcarse en proyectos que acusan su influencia. Es, o debería ser, muy evidente que no pueden proporcionar ningún modelo satisfactorio de cambio histórico, pero debido a su popularidad actual es importante que los marxistas nos lo recuerden constantemente.

La segunda es la crítica de las teorías estructurales-funcionales que, aunque inmensamente más depuradas, en algunos aspectos son todavía más estériles por cuanto pueden negar la historicidad totalmente, o transformarla en otra cosa. Estos puntos de vista son más influyentes incluso dentro del ámbito de influencia del marxismo, porque parecen proporcionar un medio de liberarlo del característico evolucionismo del siglo XIX, con el cual se combinaba tan a menudo, aunque a expensas de liberarlo también del concepto de «progreso» que también era característico del pensamiento del siglo XIX, incluido el de Marx. Pero ¿por qué deseáramos hacerlo?¹² Desde luego, el propio Marx no lo hubiera deseado; se brindó a dedicar el segundo volumen de *El capital* a Darwin, y no hubiese discrepado de la famosa frase de alabanza que Engels pronunció junto a su tumba por haber descubierto la ley de la evolución en la historia humana, como Darwin había hecho en la naturaleza orgánica. (Sin duda alguna no hubiera deseado disociar el progreso de la evolución y, de hecho, culpó específicamente a Darwin por convertirlo en un derivado meramente accidental de la misma.)¹³

La cuestión fundamental en historia entraña el descubrimiento de un mecanismo tanto para la diferenciación de varios grupos sociales humanos como para la transformación de un tipo de sociedad en otro, o la falta de tal descubrimiento. En ciertas cosas que los marxistas y el sentido común consideran cruciales, como, por ejemplo, el control que el hombre ejerce sobre la naturaleza, entraña, desde luego, cambio o progreso unidireccional, al menos durante un período suficientemente largo. Mientras no supongamos que los mecanismos de tal evolución social son los mismos que los de la evolución biológica, o semejantes a ellos, parece que no hay ninguna buena razón para abstenerse de utilizar la palabra «evolución» para referirnos a ello.

La discusión, por supuesto, es más que terminológica. Oculta dos clases de desacuerdo: acerca del juicio de valor sobre diferentes tipos de sociedades, o, dicho de otro modo, la posibilidad de clasificarlas en cualquier clase de orden jerárquico, y acerca de los mecanismos de cambio. Los funcionalismos estructurales han tendido a rehuir la clasificación de las sociedades en «superiores» e «inferiores», en parte debido a la grata negativa de los antropólogos sociales a aceptar la pretensión de los «civilizados» en el sentido de que gobiernan a los «bárbaros» gracias a su presunta superioridad en la evolución social, y en parte porque, de acuerdo con los criterios formales de la función, en realidad no existe tal jerarquía. Los esquimales resuelven los pro-

blemas de su existencia como grupo social¹⁴ tan bien a su manera como los habitantes blancos de Alaska, y algunos estarían tentados de decir que mejor. En ciertas circunstancias y según ciertos supuestos, el pensamiento mágico puede ser tan lógico a su modo como el pensamiento científico e igualmente apropiado para su fin. Y así sucesivamente.

Estas observaciones son válidas, aunque no son muy útiles en la medida en que el historiador, o cualquier otro científico social, desee explicar el contenido específico de un sistema más que su estructura general.¹⁵ Pero, en todo caso, son ajenas a la cuestión del cambio evolutivo, cuando no son, de hecho, tautológicas. Las sociedades humanas, para persistir, deben ser capaces de administrarse bien, y, por consiguiente, todas las que existen tienen que ser apropiadas desde el punto de vista funcional; en caso contrario, se habrían extinguido, como se extinguieron los *shakers*,* por falta de un sistema de procreación sexual o de captación de miembros en el resto de la sociedad. Comparar sociedades en lo que se refiere a su sistema de relaciones internas entre los miembros es inevitablemente comparar cosas iguales. Es al comparar su capacidad de controlar la naturaleza exterior cuando las diferencias saltan a la vista.

La segunda discrepancia es más fundamental. La mayoría de las versiones del análisis estructural-funcional son sincrónicas, y cuanto más complejas y sutiles son, más se limitan a la estática social, en la cual, si el tema interesa al pensador, debe introducirse algún elemento dinamizador.¹⁶ Que esto pueda o no hacerse de forma satisfactoria es objeto de debate incluso entre los estructuralistas. Que el mismo análisis no puede usarse para explicar tanto la función como el cambio histórico parece ser algo que se acepta comúnmente. Lo importante aquí no es que sea ilegítimo crear modelos analíticos independientes para lo estático y lo dinámico, como los esquemas marxistas de reproducción sencilla y extensa, sino que la investigación histórica haga deseable que estos modelos diferentes estén relacionados. El camino más sencillo para el estructuralista consiste en omitir el cambio y dejar que de la historia se ocupe otro, o incluso, como algunos de los anteriores antropólogos sociales británicos, negar virtualmente su pertinencia. Sin embargo, dado que existe, el estructuralismo debe encontrar maneras de explicarlo.

Sugiero que estas maneras o bien deben acercarlo más al marxismo o llevar a una negación del cambio evolutivo. Esto último es lo que me parece que hace el planteamiento de Lévi-Strauss (y el de Althusser). Aquí el cambio histórico se convierte sencillamente en la permutación y combinación de ciertos «elementos» (análogos a los genes en genética, como dice Lévi-Strauss) de los cuales cabe esperar que, en un plazo suficientemente largo, se combinen para formar pautas diferentes y, si son suficientemente limita-

* Miembros de la Iglesia milenarista, fundada en el siglo XVIII, que era partidaria del celibato, la propiedad común y la vida estricta y sencilla. Les llamaban *shakers* («los que tiemblan») debido a que formaba parte de su ritual un baile durante el cual agitaban el cuerpo. (N. del t.)

dos, agotar las posibles combinaciones.¹⁷ La historia es, por así decirlo, el proceso de agotar todas las variantes en la etapa final de una partida de ajedrez. Pero ¿en qué orden? En este caso la teoría no nos proporciona ninguna orientación.

Con todo, este es precisamente el problema específico de la evolución histórica. Es verdad, desde luego, que Marx previó semejante combinación y recombinación de elementos o «formas», como recalca Althusser, y en este sentido, al igual que en otros, fue un estructuralista *avant la lettre*; o, más exactamente, un pensador del cual Lévi-Strauss (como reconoció él mismo) pudo tomar en préstamo el término, al menos en parte.¹⁸ Es importante que recordemos un aspecto del pensamiento de Marx que es indudable que anteriores tradiciones marxistas descuidaron, con unas pocas excepciones (entre las cuales, curiosamente, hay que contar algunas de las realizaciones del marxismo soviético durante el período de Stalin, aunque no eran del todo conscientes de las consecuencias de lo que estaban haciendo). Es aún más importante que recordemos que el análisis de los elementos y sus posibles combinaciones proporciona (igual que en genética) un saludable control sobre las teorías de la evolución, al determinar lo que es teóricamente posible e imposible. También es posible —aunque esta cuestión debe quedar pendiente de respuesta— que tal análisis pudiera dar mayor precisión a la definición de los diversos «niveles» sociales (la base y la superestructura) y sus relaciones, como sugiere Althusser.¹⁹ Lo que no hace es explicar por qué la Gran Bretaña del siglo XX es muy diferente de la del neolítico, o la sucesión de formaciones socioeconómicas, o el mecanismo de las transiciones de unas a otras, o, para el caso, por qué Marx dedicó una parte tan grande de su vida a responder a estos interrogantes.

Para responder a ellos, son necesarias las dos peculiaridades que distinguen el marxismo de otras teorías estructurales-funcionales: el modelo de los niveles, de los cuales el de las relaciones sociales de producción es el principal, y la existencia de contradicciones internas dentro de los sistemas, de las cuales el conflicto de clases no es más que un caso especial.

La jerarquía de niveles es necesaria para explicar por qué la historia tiene una dirección. La creciente emancipación del hombre respecto de la naturaleza y su creciente capacidad de controlarla son lo que hacen que la historia en su conjunto (aunque no cada uno de sus campos y períodos) sea «orientada e irreversible», por citar una vez más a Lévi-Strauss. Una jerarquía de niveles que no surgieran de la base de las relaciones sociales de producción no tendría necesariamente esta característica. Además, dado que el proceso y el progreso del control de la naturaleza por parte del hombre llevan aparejados cambios no sólo en las fuerzas de producción (técnicas nuevas, por ejemplo), sino también en las relaciones sociales de producción, entraña cierto orden en la sucesión de sistemas socioeconómicos. (No supone la aceptación de la lista de formaciones que en el prefacio de la *Crítica de la economía política* se indican como cronológicamente sucesivas, cosa que es probable que Marx no creyera que fuesen, y aún menos una teoría de la evo-

lución universal en una línea única. Sin embargo, significa que no se puede concebir que ciertos fenómenos sociales apareciesen en la historia antes que otros: por ejemplo, que las economías en las que se da la dicotomía ciudad-campo apareciesen antes que aquellas en las que no ocurre así.) Y por el mismo motivo quiere decir que esta sucesión de sistemas no puede ordenarse sencillamente en una sola dimensión tecnológica (que tecnologías inferiores precedan a otras superiores) ni económica (que la *Geldwirtschaft* suceda a la *Naturalwirtschaft*), sino que también debe ordenarse en términos de sus sistemas sociales.²⁰ Porque una característica esencial del pensamiento histórico de Marx es no ser ni «sociológico» ni «económico», sino ambas cosas a la vez. Las relaciones sociales de producción y reproducción (esto es, organización social en el sentido más amplio) y las fuerzas materiales de producción no pueden separarse.

Dada esta «orientación» de la evolución histórica, las contradicciones internas de los sistemas socioeconómicos proporcionan el mecanismo para el cambio que se convierte en evolución. (Cabría argüir que sin él se limitarían a producir fluctuaciones cíclicas; un proceso interminable de desestabilización y reestabilización; y, por supuesto, los cambios que pudieran surgir de los contactos y conflictos de sociedades diferentes.) Lo importante de tales contradicciones internas es que no pueden definirse sencillamente como «disfunciones» excepto basándose en el supuesto de que la estabilidad y la permanencia son la norma y el cambio es la excepción; o incluso en el supuesto más ingenuo, frecuente en las ciencias sociales vulgares, de que un sistema específico es el modelo al que aspira todo cambio.²¹ Se trata más bien de que, como ahora reconocen los antropólogos sociales de forma mucho más generalizada que antes, un modelo estructural que prevea sólo el mantenimiento de un sistema es insuficiente. Es la existencia simultánea de elementos estabilizadores y perturbadores lo que debe reflejar tal modelo. Y es en esto en lo que se ha basado el modelo marxista, aunque no las versiones marxistas vulgares del mismo.

Esta clase de modelo (dialéctico) dual es difícil de crear y utilizar, porque en la práctica es grande la tentación de emplearlo, según el gusto o la ocasión, bien como modelo de funcionalismo estable o de cambio revolucionario, mientras que lo interesante en él reside en que es ambas cosas. Es igualmente importante que las tensiones internas puedan a veces reabsorberse en un modelo autoestabilizador volviendo a introducirlas en él como elementos estabilizadores funcionales, y que a veces ello no sea posible. El conflicto de clases puede regularse por medio de una especie de válvula de seguridad, como en tantos motines de plebeyos urbanos en las ciudades preindustriales, o institucionalizarse como «rituales de rebelión» (por citar la iluminadora expresión de Max Gluckman) o de otras maneras; pero a veces no se puede. Normalmente, el estado legitimará el orden social controlando el conflicto de clases dentro de un marco estable de instituciones y valores, colocándose de modo ostensible por encima y fuera de ellos (el rey remoto como «fuente de justicia») y perpetuando así una sociedad que de otro modo se vería partida

en dos por sus tensiones internas. Esta es, de hecho, la teoría marxista clásica de su origen y su función, como se expone en *La sagrada familia*.²² Con todo, hay situaciones en que pierde esta función y —hasta en opinión de sus súbditos— esta capacidad de legitimar y aparece meramente como, según dice Tomás Moro, «una conspiración de los ricos en beneficio propio», cuando no, de hecho, como la causa directa de las miserias de los pobres.

Esta naturaleza contradictoria del modelo puede disimularse señalando la existencia indudable de fenómenos diferentes dentro de la sociedad que representan estabilidad y subversión reguladas: grupos sociales que supuestamente pueden integrarse en la sociedad feudal, tales como el «capital mercantil» y los que no pueden integrarse, por ejemplo una «burguesía industrial», o movimientos sociales que son puramente reformistas y los que son «revolucionarios» de manera consciente. Pero aunque tales separaciones existen, y, donde existen, indican cierta etapa en la evolución de las contradicciones internas de la sociedad (que no son, para Marx, exclusivamente las del conflicto de clases),²³ es igualmente significativo que los mismos fenómenos puedan, según la situación, cambiar sus funciones: movimientos para la restauración del antiguo orden regulado de la sociedad clasista que se convierten (como en el caso de algunos movimientos campesinos) en revoluciones sociales, partidos conscientemente revolucionarios que son absorbidos en el *statu quo*.²⁴

Aunque puede resultar difícil, científicos sociales de varios tipos (incluidos, cabe señalar, aquellos que investigan la ecología animal, especialmente los estudiosos de la dinámica demográfica y del comportamiento social de los animales) han empezado a construir modelos de equilibrios basados en la tensión o el conflicto, y con ello se acercan más al marxismo y se alejan progresivamente de los modelos antiguos de la sociología que consideraban que el problema del orden era lógicamente anterior al del cambio y hacían hincapié en los elementos integradores y normativos de la vida social. Al mismo tiempo, hay que reconocer que el modelo del propio Marx debe hacerse más explícito de lo que es en sus escritos, que tal vez requiera que se amplíe y perfeccione, y que ciertos vestigios del positivismo del siglo XIX, más evidentes en las formulaciones de Engels que en el pensamiento del propio Marx, deben quitarse de en medio.

Nos quedan todavía entonces los problemas históricos *específicos* acerca de la naturaleza y la sucesión de las formaciones socioeconómicas, y los mecanismos de su evolución interna y su influencia recíproca. Son campos donde el debate ha sido intenso desde Marx,²⁵ y no en menor medida durante los pasados decenios, y en algunos sentidos el avance con respecto a Marx ha sido impresionante.²⁶ Asimismo, análisis recientes han confirmado la brillantez y la profundidad del planteamiento y la visión generales de Marx, aunque también han llamado la atención sobre las omisiones de su tratamiento, en particular de los períodos precapitalistas. Sin embargo, estos temas no pueden analizarse, ni siquiera de la forma más somera, excepto en términos de conocimiento histórico concreto, esto es, no pueden analizarse en el contex-

to del presente coloquio. Al ser imposible analizarlos como es debido, lo único que puedo hacer es reafirmar mi convicción de que el planteamiento de Marx todavía es el único que nos permite explicar la historia de la humanidad en toda su extensión, y forma el punto de partida más fructífero para el análisis moderno.

Nada de todo esto es especialmente nuevo, aunque en realidad algunos de los textos que contienen las reflexiones más maduras de Marx sobre temas históricos no estuvieron a nuestra disposición hasta el decenio de 1950, en particular la *Grundrisse* de 1857-1858. Además, los rendimientos decrecientes de la aplicación de los modelos marxistas vulgares han sido la causa de que en decenios recientes se efectuara una importante depuración de la historiografía marxista.²⁷ A decir verdad, uno de los rasgos más característicos de la historiografía marxista occidental de hoy es la crítica de los esquemas mecánicos y sencillos de tipo económico-determinista.

Con todo, tanto si han avanzado mucho más allá de Marx como si no, la aportación de los historiadores marxistas de hoy tiene una importancia nueva que se debe a los cambios que se están produciendo en las ciencias sociales. Mientras que la función principal del materialismo histórico en el primer medio siglo después de la muerte de Engels fue acercar la historia a las ciencias sociales, al tiempo que se evitaban las simplificaciones excesivas del positivismo, hoy se encuentra ante la rápida adopción de la perspectiva histórica por parte de las propias ciencias sociales. Al no recibir ayuda de la historiografía académica, dichas ciencias han empezado a improvisar de modo creciente la suya propia y aplican sus propios procedimientos característicos al estudio del pasado, con resultados que a menudo son técnicamente depurados pero que, como se ha señalado, se basan en modelos de cambio histórico que en algunos sentidos son aún más imperfectos que los del siglo XIX.²⁸ El materialismo histórico de Marx resulta aquí muy valioso, aunque es natural que los científicos sociales de mentalidad histórica tengan menos necesidad de la insistencia de Marx en la importancia de los elementos económicos y sociales en la historia que los historiadores de principios del siglo XX; y, a la inversa, que puedan sentirse más estimulados por aspectos de la teoría de Marx que no causaron gran efecto en los historiadores de las generaciones inmediatamente posmarxistas.

Otra cosa es si esto explica la importancia de las ideas marxistas en el análisis de ciertos campos de las ciencias sociales con orientación histórica de hoy.²⁹ La insólita importancia que en la actualidad tienen los historiadores marxistas, o los historiadores formados en la escuela marxista, sin duda se debe en gran parte a la radicalización de los intelectuales y los estudiantes en el pasado decenio, los efectos de las revoluciones en el tercer mundo, la ruptura de las ortodoxias marxistas adversas a la obra científica original, e incluso a un factor tan sencillo como es la sucesión de las generaciones. Porque los marxistas que llegaron a publicar libros que fueron muy leídos y a ocupar puestos importantes en la vida académica en el decenio de 1950 con frecuencia no eran más que los estudiantes radicalizados de los decenios

de 1930 o 1940 que alcanzaban la cumbre normal de su carrera. No obstante, mientras celebramos el 150 aniversario del nacimiento de Marx y el centenario de *El capital*, no podemos por menos de señalar —con satisfacción si somos marxistas— que una influencia significativa del marxismo en el campo de la historiografía coincide con un número importante de historiadores que se han inspirado en Marx o que muestran en su labor los efectos de su formación en las escuelas marxistas.

18. EL PRESENTE COMO HISTORIA

Este capítulo, escrito cuando me encontraba a punto de publicar una historia del «siglo xx corto» (1914-1991) [Historia del siglo xx], que casi coincide con mi vida, fue la conferencia Creighton que pronuncié en la Universidad de Londres en 1993. El texto lo publicó en forma de folleto la universidad con el título de The Present as History: Writing the History of One's Own Times.

Se ha dicho que la historia es siempre historia contemporánea disfrazada. Todos sabemos que hay algo de verdad en ello. Al escribir sobre el imperio romano, el gran Theodor Mommsen, como liberal alemán de la «cosecha» del 48, también se refería al nuevo imperio alemán. Detrás de Julio César distinguimos la sombra de Bismarck. Lo mismo es aún más evidente en el caso de Ronald Syme. Detrás de su César se encuentra la sombra de los dictadores fascistas. Sin embargo, una cosa es escribir la historia de la Antigüedad clásica, o de las cruzadas, o de la Inglaterra de los Tudor como hijo del siglo xx, como tienen que hacer todos los historiadores de estos períodos, y otra cosa muy distinta es escribir la historia de tu propia vida. Los problemas y las posibilidades que ello comporta son el tema de mi conferencia de esta noche. Examinaré principalmente tres de estos problemas: el de la fecha de nacimiento del propio historiador, o, de modo más general, de las generaciones; los problemas de cómo la perspectiva con que contemplas el pasado puede cambiar a medida que avanza la historia; y el problema de cómo librarse de los supuestos de la época que comparte la mayoría de nosotros.

Les hablo como alguien que, durante la mayor parte de su carrera como historiador esencialmente del siglo xix, de modo deliberado se ha mantenido apartado, al menos en sus escritos profesionales, aunque no en los demás, del mundo posterior a 1914. Al igual que las luces de Europa de sir Edward Grey, las mías también se apagaron después de Sarajevo; o, como ahora debemos aprender a llamarlo, de la primera crisis de Sarajevo, la de 1914, que el presidente Mitterrand trató de recordar al mundo visitando dicha ciudad el 28 de junio de 1992, aniversario del asesinato del archiduque Francisco Fernando. Por desgracia, ni un solo periodista, que yo sepa, captó lo que representaba una referencia obvia para todos los europeos cultos de mi edad.

Sin embargo, por diversas razones me encuentro finalmente escribiendo sobre la historia del siglo xx corto: el período que empieza en Sarajevo y que

(como ahora podemos reconocer con tristeza) también termina en Sarajevo, o mejor dicho, con el derrumbamiento de los regímenes socialistas de la Unión Soviética y, por ende, de la mitad oriental de Europa. Esto es lo que me ha llevado a reflexionar sobre escribir la historia de la propia vida, porque, como alguien que nació en 1917, la mía coincide virtualmente con el período sobre el que ahora trato de escribir.

Con todo, la misma expresión «la propia vida» representa hacer una petición de principio. Da por sentado que la experiencia vital de un individuo es también una experiencia colectiva. En cierto sentido resulta obvio que esto es cierto, aunque paradójico. Si la mayoría de nosotros reconoce los principales hitos de la historia mundial o nacional en su vida, no se debe a que todos los hayamos experimentado, aunque es posible que así haya ocurrido en el caso de algunos o incluso que en el momento de producirse reconociéramos que se trataba de un hito. Se debe a que aceptamos el consenso de que son hitos. Pero ¿cómo se forma este consenso? ¿Es realmente tan general como suponemos desde nuestra perspectiva británica, europea u occidental? Probablemente no hay más de media docena de fechas que sean hitos simultáneos en la historia respectiva de *todas* las regiones del mundo. El año 1914 no está entre ellas, aunque es probable que sí lo estén el final de la segunda guerra mundial y la Gran Depresión de 1929-1933. Hay otras que, aunque no destaquen de modo especial en la historia nacional de tal o cual país, deberían entrar en ella sencillamente por sus repercusiones mundiales. La Revolución de octubre es uno de tales acontecimientos. En la medida en que exista tal consenso, ¿hasta qué punto es permanente, hasta qué punto está sometido a los cambios, a la erosión, a la transformación y cómo o por qué? Trataré de examinar estos interrogantes más adelante.

Sin embargo, si dejamos de lado este marco de historia contemporánea que han construido para nosotros y en el cual debemos encajar nuestras propias experiencias, son nuestras. Todo historiador o historiadora tiene su propia vida, una posición privada desde la cual examina el mundo. Tal vez la comparte con otros que se hallan en una situación comparable, pero, entre los 6.000 millones de seres humanos que hay en el mundo en este fin de siglo, estos grupos paritarios son insignificantes desde el punto de vista estadístico. Mi propia posición está construida, entre otros materiales, con una infancia en la Viena del decenio de 1920, los años de la ascensión de Hitler en Berlín, que determinaron mis ideas políticas y mi interés por la historia, y la Inglaterra, y en especial Cambridge, de los años treinta, que confirmó ambas cosas. Sé que, supongo que debido en gran parte a estas cosas, mi ángulo visual es diferente incluso del de otros historiadores que comparten o compartían mi tipo de interpretación histórica y trabajaban en el mismo campo —digamos que la historia de los obreros en el siglo XIX— hasta cuando sacábamos las mismas conclusiones sobre los mismos problemas. Es probable que, cada uno a su manera, sientan lo mismo todos los demás historiadores a quienes gusta un poco de introspección analítica. Y cuando no escribes sobre la Antigüedad clásica o el siglo XIX, sino sobre tu propia vida es ine-

vitable que la experiencia personal de estos tiempos dé forma a la manera de verlos, e incluso a la manera de valorar los datos a los que todos debemos recurrir y luego presentar, con independencia de nuestros puntos de vista. Si tuviera que escribir sobre la segunda guerra mundial, durante la cual serví sin distinguirme en nada y sin pegar un solo tiro en serio, en cierto sentido tengo que ver las cosas de manera diferente de como las ven mis amigos cuya experiencia de la guerra fue distinta: por ejemplo, el difunto E. P. Thompson, que sirvió en calidad de jefe de blindado en la campaña de Italia, o el africanista Basil Davidson, que combatió al lado de los partisanos en Vojvodina y Liguria.

Si así ocurre en el caso de los historiadores de la misma edad y del mismo origen, la diferencia entre las generaciones es suficiente para dividir profundamente a los seres humanos. Cuando les digo a mis alumnos norteamericanos que recuerdo el día en Berlín en que Hitler se convirtió en canciller de Alemania me miran como si acabara de decirles que estaba presente en el Ford's Theatre cuando el presidente Lincoln fue asesinado en 1865. Para ellos ambos acontecimientos son igualmente prehistóricos. Para mí, sin embargo, el 30 de enero de 1933 es una parte del pasado que todavía es parte de mi presente. El colegial que aquel día volvió a casa andando con su hermana al salir de la escuela y vio el titular del periódico sigue estando en alguna parte de mí. Todavía puedo ver la escena, como en un sueño.

Estas divisiones de edad son aplicables a los historiadores también. Así lo ha ilustrado de modo elocuente el debate en torno a *Churchill, the End of Glory: A Political Biography*, el reciente libro de John Charmley. La discusión no gira en torno a hechos, ni siquiera en torno a los relativos a la muy deficiente capacidad de juicio de Churchill como político y estratega. Hace ya mucho tiempo que nadie discute seriamente estos hechos. Y tampoco gira exclusivamente en torno a si Neville Chamberlain tenía más razón que los que querían oponer resistencia a la Alemania hitleriana. También se refiere a la experiencia de vivir el año 1940 en Gran Bretaña, experiencia que los hombres de la edad del doctor Charmley no pueden haber conocido. Muy pocos de los que tuvieron la suerte de vivir aquel momento extraordinario de nuestra historia dudaron entonces, o dudan ahora, de que Churchill expresara con palabras lo que la mayoría del pueblo británico —mejor dicho, lo que el pueblo británico— sentía en aquellos momentos. Desde luego, yo no dudé de ello en aquel entonces, cuando era zapador y formaba parte de una unidad muy de clase obrera que trataba de construir unas defensas a todas luces insuficientes contra una invasión en las costas de East Anglia. Lo que me impresionó entonces fue que mis compañeros de la 560 Field Company automáticamente, sin pensarlo, dieron por absolutamente seguro que continuaríamos luchando. No era que tuviéramos que continuar, ni que optásemos por ello, ni que siguiéramos a nuestros líderes, sino que sencillamente no pensamos en la opción de no continuar. Sin duda fue el reflejo de hombres demasiado ignorantes o irreflexivos para reconocer la situación desesperada en que se encontraba Gran Bretaña después de la caída de Francia, y que resultaba

obvia incluso para un joven intelectual desplazado sin más información que la que recibía de los vendedores de periódicos de Norfolk. Y, pese a ello, incluso entonces vi claramente que había una grandeza sin pretensiones en aquel momento, tanto si nos da por llamarlo «la hora mejor de Gran Bretaña» como si no. *C'était magnifique — et c'était la guerre*: y Churchill lo expresó con palabras. Pero entonces, yo estaba allí.

Eso no quiere decir que Charmley, biógrafo de Neville Chamberlain, no haga bien al sacar de nuevo a relucir los argumentos a favor de los partidarios de apaciguar a Hitler; cosa que es muy fácil para un historiador de treinta años y pico, pero casi imposible para los historiadores de la generación de la guerra. Sin duda los partidarios del apaciguamiento tenían sus argumentos, cuya fuerza no reconocían los jóvenes antifascistas de los años treinta, toda vez que nuestros fines no eran los de Chamberlain y Halifax. En sus propios términos, que eran también los de Churchill —la preservación del imperio británico—, sus argumentos eran mejores que los de Churchill, excepto en una cosa. Al igual que su contemporáneo Charles de Gaulle, que era más grande, sabía que para un pueblo la pérdida del sentido de la dignidad, el orgullo y el respeto a sí mismo puede ser peor que perder guerras e imperios. Esto podemos verlo al examinar la Gran Bretaña de hoy.

Y, sin embargo, como nuestra generación sabe sin necesidad de acudir a los archivos, los partidarios de apaciguar a Hitler se equivocaron, y Churchill, por una vez, acertó al darse cuenta de que era imposible hacer un trato con Hitler. En términos de la política racional tenía sentido, basándose en el supuesto de que la Alemania de Hitler era una «gran potencia» como cualquier otra y jugaba de acuerdo con las reglas probadas y cínicas de la diplomacia respaldada por la fuerza, como hasta Mussolini suponía. Pero no lo era. Casi todo el mundo, en algún momento del decenio de 1930, creyó que podían hacerse pactos de esa clase, incluso Stalin. La gran alianza que finalmente luchó contra el Eje y lo derrotó no nació porque los partidarios de resistir se impusieran a los de apaciguar, sino porque la agresión alemana *obligó* a los futuros aliados a unirse entre 1938 y finales de 1941. Lo que tuvo que hacer Gran Bretaña en 1940-1941 no fue escoger entre la voluntad ciega de resistir sin la menor perspectiva visible de victoria y la búsqueda de una paz negociada «de acuerdo con condiciones razonables», porque incluso entonces había motivos claros para pensar que semejante paz no era posible con la Alemania de Hitler. Lo que se le ofrecía era, o, en el mejor de los casos, parecía ser, una versión ligeramente más decorosa de la Francia de Pétain. Y el hecho de que Churchill, pese a las opiniones en sentido contrario que se encuentren en los archivos, convenciera al gobierno habla por sí solo. Pocos pensaban que la paz fuera algo más que un eufemismo de la dominación nazi.

No deseo sugerir que probablemente sólo las personas que recuerdan 1940 sacarán esta conclusión. Sin embargo, un historiador joven tiene que hacer un esfuerzo de imaginación para sacarla, tiene que estar dispuesto a dejar en suspenso creencias que se basan en su propia experiencia de la vida y debe llevar a cabo mucho trabajo de investigación que es difícil. Nosotros

no necesitamos hacer nada de todo esto. Desde luego, tampoco deseo dar a entender que al evaluar las consecuencias de seguir luchando en 1940, el doctor Charmley se equivoque tanto como al evaluar la situación de aquel momento. Las discusiones sobre opciones contrafácticas no pueden resolverse con pruebas documentales, toda vez que éstas se refieren a lo que sucedió y las situaciones hipotéticas no sucedieron. Pertenecen a la política o a la ideología y no a la historia. No me parece que Charmley tenga razón, pero la presente conferencia no es lugar para esta discusión.

Les ruego que no me malinterpreten. Lo que hago no es simplemente presentar argumentos a favor de los historiadores viejos del siglo XX frente a los jóvenes. Empecé mi carrera como joven historiador entrevistando a supervivientes de la Fabian Society de antes de 1914, preguntándoles cosas sobre su tiempo, y la primera lección que aprendí fue que ni siquiera valía la pena entrevistarles a menos que averiguase más cosas sobre el tema de la entrevista de las que ellos podían recordar. La segunda lección fue que, en lo referente a cualquier hecho que pudiera verificarse de modo independiente, la memoria tendía a fallarles. La tercera lección fue que era inútil tratar de hacerles cambiar sus ideas, ya que éstas se habían formado hacía mucho tiempo y ya eran fijas. Sin duda, los historiadores de veinte o treinta años y pico todavía viven esta experiencia en relación con sus fuentes de edad avanzada, entre las cuales, en principio, tiene que haber historiadores que son también ciudadanos de edad más bien avanzada. No obstante, tenemos algunas ventajas. No es la menor de ellas, para los que se proponen escribir la historia del siglo XX, el simple hecho de saber, sin hacer ningún esfuerzo especial, cuánto han cambiado las cosas. Los últimos treinta o cuarenta años han sido la era más revolucionaria de la historia documentada. Nunca antes el mundo, esto es, las vidas de los hombres y las mujeres que viven en la Tierra, se ha visto transformado de modo tan profundo, dramático y extraordinario en un período tan breve. Captar intuitivamente este hecho resulta difícil para las generaciones que no han visto cómo era antes el mundo. Un ex miembro de la banda de Giuliano, el bandido siciliano, que había vuelto a su ciudad natal cerca de Palermo después de pasar veinte años en la cárcel me dijo una vez, perdido y desorientado: «Donde antes había viñedos ahora hay *palazzi*». (Se refería a los bloques de pisos de los promotores inmobiliarios.) En efecto, estaba en lo cierto. El país donde naciera se había vuelto irreconocible.

Las personas que tienen la edad suficiente para recordar no aceptan estos cambios como lo más natural del mundo. A diferencia de los jóvenes historiadores, que tienen que hacer un esfuerzo especial para ello, estas personas saben que «El pasado es otro país. Allí hacen las cosas de modo diferente». Puede que esto haya tenido una relación directa con nuestra forma de juzgar tanto el pasado como el presente. Por ejemplo, como alguien que vivió la ascensión de Hitler en Alemania, sé que los nazis que en aquel tiempo veías en la calle se comportaban de modo muy diferente de como se comportan los neonazis de hoy. Entre otras cosas, dudo que en los primeros años treinta

hubiera constancia de que una casa de judíos fuera atacada e incendiada, con sus habitantes dentro, por jóvenes nazis que actuaran sin haber recibido órdenes concretas en tal sentido, como hoy ocurre muy a menudo con las casas de inmigrantes turcos y de otras procedencias. Puede que los jóvenes que hacen esto usen los símbolos de la era de Hitler, pero representan un fenómeno político diferente. En la medida en que el principio de la comprensión histórica es una apreciación de la *otredad* del pasado, y que el peor pecado de los historiadores es el anacronismo, tenemos una ventaja innata que compensa nuestras numerosas desventajas.

Sin embargo, tanto si damos a la ancianidad ventaja sobre la juventud como si no, en un sentido el cambio de generación es visiblemente fundamental tanto para escribir como para cultivar la historia del siglo xx. No hay ningún país donde al desaparecer la generación política que tuvo experiencia directa de la segunda guerra mundial, no se haya producido un cambio importante, aunque a menudo silencioso, en su política, así como en su perspectiva histórica de la guerra y —como es evidente tanto en Francia como en Italia— de la Resistencia. Esto es aplicable, de modo más general, al recuerdo de cualquiera de los grandes cataclismos y traumas de la vida nacional. No me parece que fuera casualidad que una historia de Israel que no esté dominada por la mitología y la polémica nacionalistas no apareciese en dicho país hasta mediados del decenio de 1980: digamos que cuarenta años después de la fundación del estado de Israel; o que hasta el decenio de 1960 la historia de Irlanda escrita por los irlandeses no se emancipara realmente del legado tanto de los mitos fenianos como de los contramitos unionistas.

Permítanme que me ocupe ahora de la segunda de mis observaciones, que es lo contrario de la primera. No tiene que ver con el efecto de la edad del historiador ni de su perspectiva del siglo, sino del efecto que el paso de los años del siglo surte en la perspectiva del historiador, sea cual sea su edad.

Empezaré por una conversación que Harold Macmillan y el presidente Kennedy sostuvieron en 1961. Macmillan opinaba que los soviéticos «tienen una economía boyante y pronto aventajarán a la sociedad capitalista en la carrera en pos de la riqueza material». Por absurda que ahora parezca tal afirmación, a finales de los años cincuenta abundaban las personas bien informadas que opinaban así, o que, por lo menos, no descartaban tal posibilidad, especialmente después de que los soviéticos demostraran que habían vencido a los norteamericanos en el campo de la tecnología espacial. No hubiera sido absurdo que un historiador de entonces aceptara este punto de vista. Nuestra sabiduría no estriba en que necesariamente comprendamos los mecanismos de la economía soviética mejor que los economistas de 1961, sino en que el paso del tiempo nos ha proporcionado el arma definitiva del historiador: la visión retrospectiva. En este caso, la visión retrospectiva es correcta, pero también puede ser engañosa. Por ejemplo, desde 1989 es frecuente que muchos observadores, en especial economistas que comprenden mejor la teoría del mercado que la realidad histórica, piensen que la economía soviética y otras parecidas han quedado reducidas a un montón de rui-

nas, porque en esto se convirtieron después del derrumbamiento del bloque soviético y de la Unión Soviética. En realidad, aunque en el decenio de 1980 ya era obvio que dichas economías chirriaban y eran inferiores a las capitalistas, tanto en tecnología como en la capacidad de proporcionar bienes y servicios a sus ciudadanos, y que iban decayendo poco a poco, a su modo eran un sistema económico que funcionaba. No estaban al borde del derrumbamiento. De hecho, mi amigo Ernest Gellner, crítico del comunismo durante toda su vida, pasó un año en Moscú a finales de los ochenta y recientemente ha sugerido que si la URSS hubiera podido aislarse totalmente del resto del mundo, como una especie de pequeño planeta independiente, es casi seguro que sus habitantes hubieran estado de acuerdo en que durante el mandato de Brézhnev llevaban una vida mejor y más fácil que cualquier generación rusa anterior.

De lo que se trata aquí no es sencillamente de la capacidad de predicción del historiador o de cualquier otra persona. Quizá valdría la pena analizar por qué son tan pocos los acontecimientos dramáticos de la historia mundial de los últimos cuarenta años que respondieron a predicciones o siquiera a expectativas. Incluso me aventuraría a decir que la posibilidad de predecir la historia del siglo XX ha disminuido claramente desde la segunda guerra mundial. Después de 1918, eran frecuentes las predicciones de otra guerra mundial e incluso se predijo la depresión mundial. Pero, después de la segunda guerra mundial, ¿predijeron los economistas los «treinta años gloriosos» del gran auge mundial? No. Creyeron que iba a producirse una crisis económica de posguerra. ¿Predijeron el fin de la edad de oro a principios del decenio de 1970? La OCDE predijo que continuaría, incluso se aceleraría, el crecimiento del 5 por 100 anual. ¿Predijeron los actuales problemas económicos, que son lo bastante serios como para haber roto el tabú que durante medio siglo pesaba sobre la palabra «depresión»? No mucho. Las predicciones se hacían y se hacen basándose en modelos mucho más avanzados que los existentes en el período de entreguerras, así como basándose en enormes e inauditas aportaciones de datos que se tratan a la velocidad de la luz por medio de la maquinaria más compleja y perfeccionada. No es mejor el expediente de los que hacen predicciones políticas, que son unos aficionados al lado de los otros. Sin embargo, no tengo tiempo para examinar aquí la naturaleza y las consecuencias metodológicas de estos fallos. El aspecto en el que quiero concentrarme es que *incluso el pasado documentado* cambia a la luz de la historia subsiguiente.

Permítanme poner un ejemplo. Muy pocas personas negarían que una época de la historia del mundo terminó con el derrumbamiento del bloque soviético y la Unión Soviética, prescindiendo de cómo interpretemos los acontecimientos de 1989-1991. Se ha vuelto una página de la historia. El simple hecho de que sea así basta para cambiar la percepción de todos los historiadores del siglo XX que todavía viven, porque convierte un espacio de tiempo en un período histórico con su propia estructura y su propia coherencia o incoherencia: «el siglo XX corto», como lo llama mi amigo Ivan Berend.

Seamos quienes seamos, no podemos por menos de ver el siglo en conjunto de manera diferente de como lo hubiéramos visto antes de que 1989-1991 insertara su signo de puntuación en su fluir. Sería absurdo decir que ahora podemos distanciarnos de él, como del siglo XIX, pero al menos podemos verlo en conjunto. En una palabra, la historia del siglo XX escrita en el decenio de 1990 tiene que ser cualitativamente distinta de la que se haya escrito antes.

Permítanme concretar todavía más. Cuando por primera vez me pidieron que escribiese un libro sobre el siglo XX para redondear o complementar los tres volúmenes que había escrito sobre el XIX, es decir, hace unos cinco años, me pareció que podía ver el siglo corto como una especie de díptico. Su primera mitad —de 1914 al período posterior a la segunda guerra mundial— fue obviamente una época catastrófica durante la cual se derrumbaron todos los aspectos de la sociedad capitalista liberal del siglo XIX. Fue una era de guerras mundiales a las que siguieron revoluciones sociales y el derrumbamiento de los antiguos imperios, una era en que la economía mundial estuvo al borde de la quiebra, a la vez que las instituciones democráticas liberales caían o eran derrotadas casi en todas partes. La segunda mitad, a partir de finales del decenio de 1940, fue exactamente lo contrario: una era en que, de un modo u otro, la sociedad capitalista liberal se reformó y restauró y floreció como nunca antes. Y el «gran salto adelante», extraordinario, inaudito y sin parangón, de esta economía mundial en el tercer cuarto del siglo XX (largo) me pareció —y todavía me parece— el rasgo del paisaje del siglo XX que los observadores considerarán fundamental en el tercer milenio. Era posible, incluso entonces, ver el sector socialista del mundo no como sustituto económico mundial del capitalismo —en el decenio de 1980 su inferioridad ya era evidente—, sino como fruto de la era catastrófica del capitalismo. En los años ochenta ya no parecía el sustituto mundial del capitalismo, como había parecido a muchos en el decenio de 1930. Aunque su futuro parecía problemático, ya no se veía como central. Por otra parte, todo el mundo era consciente de que la edad de oro del gran salto adelante había tocado a su fin en los primeros años setenta. Los historiadores de la economía conocen muy bien estas largas oscilaciones de veinte a treinta años de auge económico seguidos de un período mucho más problemático, más o menos de la misma duración. Se remontan como mínimo al siglo XVIII y se las conoce mejor por el nombre de «ondas largas de Kondratiev» y de momento son de todo punto inexplicables. No obstante, aunque estos cambios de ritmo mundial, por así decirlo, generalmente han tenido consecuencias políticas e ideológicas bastante importantes, estas consecuencias no parecían lo bastante graves como para turbar el panorama general. Recordarán ustedes que los últimos años del decenio de 1980 fueron un período de auge importante en el mundo capitalista desarrollado.

En el plazo de uno o dos años se hizo claramente necesario replantear esta forma binaria del siglo XX. Por un lado, el mundo soviético se derrumbó, con consecuencias económicas imprevistas pero catastróficas. Por otro

40

lado, cada vez era más evidente que la economía misma del mundo occidental estaba en apuros, los más graves que había conocido desde los años treinta. Al empezar el decenio de 1990, hasta Japón se tambaleaba, y los economistas una vez más empezaron a preocuparse por el paro en masa en lugar de por la inflación, como en los tiempos prehistóricos del decenio de 1940. Aunque ahora eran asesorados por ejércitos de economistas más numerosos que nunca, gobiernos de todos los tipos se encontraron, una vez más, sin saber qué hacer o reducidos a la impotencia. Después de todo, el fantasma de Kondratiev había vuelto a atacar. Ahora también parecía que, aunque los sistemas políticos orientales dejaban de existir, tampoco era posible seguir contando con la estabilidad de los sistemas no comunistas, tanto en el mundo desarrollado como en el tercer mundo. En pocas palabras, la historia del siglo XX corto parecía ahora un tríptico o un emparedado: una edad de oro relativamente breve entre dos períodos de crisis importante. Todavía no conocemos el resultado del segundo período de crisis. Habrá que dejar que de ello se ocupen los historiadores del próximo siglo.

Cuando presenté mi primera sinopsis a la editorial no veía las cosas de esta manera. No podía verlas de esta manera, aunque quizá un historiador mejor que yo sí las hubiera visto así. Como, por suerte, soy un autor que deja las cosas para más tarde, ya las veía así cuando por fin me puse a escribir. Lo que había cambiado no eran los hechos de la historia del mundo desde 1973 tal como yo los conocía, sino la súbita conjunción de acontecimientos tanto en el Este como en Occidente desde 1989, que casi me obligó a ver los últimos veinte años con una perspectiva nueva. Cito mi experiencia no porque quiera persuadirles a ver el siglo con esta perspectiva también, sino sólo para demostrar cómo vivir dos o tres años dramáticos puede cambiar la forma en que un historiador contempla el pasado. ¿Un historiador que escriba dentro de cincuenta años verá nuestro siglo bajo esta luz? ¿Quién sabe? Que a mí me preocupe no importa. Pero es casi seguro que el historiador o la historiadora estará menos a merced de movimientos de la climatología histórica a plazo relativamente corto, tal como los experimentan quienes los viven. Esta es la situación difícil en que se halla el historiador o la historiadora de su propio tiempo.

Permítanme pasar ahora al tercer problema que comporta escribir la historia del siglo XX. Afecta a los historiadores de todas las generaciones y, por desgracia, está menos sujeto a una revisión rápida a la luz de los acontecimientos históricos, aunque afortunadamente no es inmune a la erosión del cambio histórico. Me hace volver a la cuestión del consenso histórico que ya he mencionado. Me refiero a la pauta general de las ideas que tenemos sobre nuestro tiempo, pauta que se impone a nuestra observación. Hemos vivido un siglo de guerras de religión y esto nos ha afectado a todos, incluidos los historiadores. No es sólo la retórica de los políticos la que trata los acontecimientos del siglo como una lucha entre el bien y el mal, Cristo y el Anticristo. La *Historikerstreit* o «batalla de los historiadores» alemanes del decenio de 1980 no era en torno a si el período nazi debía verse como parte de

40
M

la historia de Alemania, más que como extraño paréntesis de pesadilla en dicha historia. Sobre esto no había verdadero desacuerdo. De lo que se trataba era de si alguna actitud histórica ante la Alemania nazi que no fuera de condena total no corría el riesgo de rehabilitar un sistema absolutamente infame, o al menos de mitigar sus crímenes. En un nivel inferior, a muchos de nosotros el comportamiento de los jóvenes que se convierten en gamberros del fútbol nos parece aún más escandaloso y aterrador si lo acompañan cruces gamadas y tatuajes de las SS. Y, a la inversa, las subculturas que de manera deliberada adoptan estas modas se valen de ellas para declarar su rechazo total de los principios convencionales de una sociedad que ve en estos símbolos —literalmente— los signos del infierno. La fuerza de estos sentimientos es tal, que, mientras pronuncio estas frases, soy consciente —y ello me inquieta— de que todavía a estas alturas algunos pueden interpretarlas como señal de ser «blando con el nazismo» y, por ende, es necesario negarlo de algún modo.

El peligro de las guerras de religión es que continuamos viendo el mundo en términos de juegos de suma cero, de divisiones binarias mutuamente incompatibles, incluso cuando las guerras han terminado. Setenta años y pico de conflicto ideológico mundial han hecho que casi sea una segunda naturaleza dividir las economías del mundo en socialistas y capitalistas, es decir, economías estatales y economías basadas en el sector privado, y pensar que hay que elegir entre un tipo u otro. Si consideramos que el conflicto entre los dos tipos es normal, los decenios de 1930 y 1940, durante los cuales el capitalismo liberal y el comunismo estalinista hicieron causa común contra el peligro de la Alemania nazi, nos parecerán anómalos. A mí todavía me lo parecen, aunque está claro que en cierto sentido fueron el gozne central de la historia del siglo xx. Porque el sacrificio de la URSS y las ideas de planificación y gestión macroeconómicas que allí se aplicaron por primera vez fueron los factores que salvaron al capitalismo liberal y ayudaron a reconstituirlo. El saludable temor a la revolución fue en gran parte el incentivo para ello.

Pero ¿estos decenios centrales del siglo parecerán tan anómalos al historiador de 2093 que, al mirar atrás, observará que, en realidad, las mutuas declaraciones de hostilidad entre el capitalismo y el socialismo nunca llevaron a una verdadera guerra entre ellos, aunque algunos países socialistas lanzaron operaciones militares contra otros y lo mismo hicieron algunos países no socialistas?

Si el famoso e imaginario observador marciano echara una ojeada a nuestro mundo, ¿de veras optaría por hacer semejante división binaria? ¿Clasificaría el marciano las economías sociales y políticas de los Estados Unidos, Corea del Sur, Austria, Brasil, Singapur e Irlanda bajo el mismo epígrafe? ¿Colocaría la economía de la URSS, que se derrumbó bajo el peso de la reforma, en la misma casilla que la de China, que, como es obvio, no corrió la misma suerte? Si nos pusiéramos en el lugar de tal observador, no nos costaría encontrar otra docena de pautas en las cuales las estructuras económicas de los países del mundo entran más fácilmente que en un binario lecho

42

de Procasto. Pero nos encontramos una vez más a merced del tiempo. Aunque ahora es posible por lo menos abandonar la pauta de contrarios binarios que se excluyen mutuamente, todavía faltá mucho para que esté claro cuál de las opciones imaginables puede sustituirla de la manera más útil. Una vez más, tendremos que dejar que el siglo XXI tome sus propias decisiones.

Poco tengo que decir sobre la limitación más obvia del historiador contemporáneo, a saber: la inaccesibilidad de ciertas fuentes, toda vez que me parece uno de sus problemas menos importantes. Desde luego, todos sabemos de casos en que tales fuentes son esenciales. Está claro que gran parte de la historia de la segunda guerra mundial era forzosamente incompleta o incluso errónea hasta que en el decenio de 1970 se permitió escribir sobre la famosa organización de Blenchey donde se descifrabán los mensajes en clave del enemigo. Sin embargo, en lo que se refiere a esto, la situación del historiador de su propia época no es peor que la del historiador del siglo XVI, sino mejor. Al menos nosotros sabemos qué es lo que podría estar a nuestra disposición (y tarde o temprano, en la mayoría de los casos, lo estará), mientras que las lagunas de la información sobre el pasado es casi seguro que son permanentes. En todo caso, el problema fundamental para el historiador contemporáneo, el historiador de estos tiempos interminablemente burocratizados, documentados e investigados, es el tremendo exceso de fuentes primarias más que la escasez de las mismas. Hoy día hasta los últimos grandes archivos, los del bloque soviético, se han puesto a disposición de los investigadores. De lo último que podemos quejarnos es de que las fuentes sean insuficientes.

Tal vez se sentirán aliviados al ver que concluyo con un tono de modesto optimismo esta conferencia sobre las dificultades de escribir la historia de nuestro propio tiempo. Quizá piensen que no compensa el escepticismo de mis comentarios anteriores. Pero no quisiera que me interpretasen mal. Hablo como alguien que realmente trata de escribir sobre la historia de su propio tiempo y no como alguien que intenta demostrar hasta qué punto ello es imposible. Sin embargo, la experiencia fundamental de toda persona que haya vivido gran parte de este siglo se compone de error y sorpresa. La mayoría de las veces ha ocurrido lo inesperado. Todos nosotros nos hemos equivocado más de una vez en nuestros juicios y expectativas. Algunos se han sentido agradablemente sorprendidos por el rumbo de los acontecimientos, pero es probable que los decepcionados sean más numerosos y que su decepción haya sido más aguda a causa de la esperanza o incluso, como en 1989, la euforia que sintieron antes. Sea cual sea nuestra reacción, el descubrimiento de que estábamos en un error, que no podemos haber entendido como era debido, tiene que ser el punto de partida de nuestras reflexiones sobre la historia de nuestro tiempo.

Hay casos —quizá el mío es uno de ellos— en que este descubrimiento puede ser especialmente útil. Gran parte de mi vida, probablemente la mayor parte de mi vida consciente, ha estado dedicada a una esperanza que se ha visto claramente defraudada, y a una causa que ha fracasado visiblemente: el

43

comunismo que empezó con la Revolución de octubre. Pero nada hay como la derrota para agudizar la mente del historiador. Me permitirán que concluya con un pasaje de un viejo amigo de convicciones muy diferentes que ha utilizado esta observación para explicar los logros de toda una serie de innovadores históricos que van de Herodoto y Tucídides a Marx y Weber. He aquí lo que escribe el profesor Reinhard Koselleck:

El historiador que está en el bando victorioso se inclina fácilmente a interpretar el éxito a corto plazo en términos de una teleología *ex post* a largo plazo. No así los vencidos. Su experiencia primaria es que todo sucedió de forma diferente de como se esperaba o se había planeado ... Tienen mayor necesidad de explicar por qué ocurrió algo que no era lo que ellos pensaban que ocurriría. Esto puede estimular la búsqueda de causas de alcance medio y largo plazo que expliquen la ... sorpresa ... y generen percepciones interiores más duraderas de, por consiguiente, mayor fuerza explicativa. A la corta, puede que la historia la hagan los vencedores. A la larga, los aumentos de la comprensión histórica han salido de los vencidos.

Koselleck tiene razón, aunque fuerce un poco el argumentó. (Para ser justo con él, debería añadir que, conociendo la historiografía alemana de ambas posguerras, no sugiere que la experiencia de la derrota baste por sí sola para garantizar buena historia.) Con todo, aunque tenga razón sólo en parte, el final del presente milenio debería inspirar mucha historia buena e innovadora. Porque, al terminar el siglo, el mundo está más lleno de pensadores derrotados que lucen una variedad muy grande de insignias ideológicas que de pensadores triunfadores, especialmente entre quienes son lo bastante viejos como para tener una memoria muy larga.

Veamos si está en lo cierto.

20. LA BARBARIE: GUÍA DEL USUARIO

Este texto fue una conferencia de Amnistía pronunciada en el Sheldonian Theatre de Oxford en 1994. Se publicó en New Left Review, 206 (1994), pp. 44-54.

No he dado a mi conferencia el título de «La barbarie: guía del usuario» porque desee instruirles sobre lo que deben hacer para ser unos bárbaros. Ninguno de nosotros, por desgracia, lo necesita. La barbarie no es algo como el patinaje sobre hielo, una técnica que hay que aprender; al menos no lo es a no ser que quieran ustedes convertirse en torturadores o en alguna otra clase de especialista en actividades inhumanas. Es más bien una consecuencia de la vida en determinado contexto social e histórico, algo que forma parte del oficio, como dice Arthur Miller en *La muerte de un viajante*. La palabra «avisgado» expresa mejor lo que quiero decir porque indica la adaptación real de las personas a la vida en una sociedad sin las reglas de la civilización. Al comprender esta palabra, nos hemos adaptado todos a vivir en una sociedad que es incivilizada si se compara con las pautas de nuestros abuelos o padres, incluso —si se es tan viejo como yo— de nuestra juventud. Nos hemos acostumbrado a ella. No quiero decir que los ejemplos de barbarie hayan dejado de horrorizarnos. Al contrario, sentir horror de forma periódica por alguna atrocidad poco corriente forma parte de la experiencia. Contribuye a disimular hasta qué punto nos hemos habituado a la normalidad de lo que nuestros padres —sin duda los míos— hubieran considerado que era vivir en condiciones inhumanas. Tengo la esperanza de que mi guía del usuario ayude a comprender cómo se ha llegado a esta situación.

El argumento de esta conferencia es que después de unos 150 años de declive secular, la barbarie ha ido en aumento durante la mayor parte del siglo xx, y no hay ninguna señal de que este aumento haya terminado. En este contexto, interpreto que la palabra «barbarie» significa dos cosas. La primera es el trastorno y la ruptura de los sistemas de reglas y comportamiento moral por los cuales todas las sociedades regulan las relaciones entre sus miembros y, en menor medida, entre sus miembros y los de otras sociedades. La segunda, más específica, es la inversión de lo que podríamos denominar «el proyecto de la Ilustración del siglo xviii», a saber: la instauración de un

45 ✓
80

sistema universal de reglas y principios de comportamiento moral que se hallaban encarnados en las instituciones de estados dedicados al progreso racional de la humanidad: a la Vida, la Libertad y la Búsqueda de la Felicidad; a la Igualdad, la Libertad y la Fraternidad; o a lo que sea. Las dos cosas que entraña la palabra «barbarie» se dan en este momento y refuerzan sus mutuos efectos negativos en nuestra vida. Así pues, pienso que es obvia la relación del tema de mi conferencia con el asunto de los derechos humanos.

Permítanme aclarar la primera forma de avance de la barbarie, es decir, lo que sucede cuando desaparecen los controles tradicionales. Michael Ignatieff, en su reciente libro *Blood and Belonging*, señala la diferencia entre los pistoleros de la guerrilla kurda en 1993 y los puestos de control en Bosnia. Con gran percepción ve que en la sociedad sin estado de Kurdistán todo varón recibe un arma de fuego cuando llega a la adolescencia. Ir armado significa sencillamente que el chico ha dejado de ser niño y debe comportarse como un hombre. «El acento de significado en la cultura del arma de fuego refuerza de este modo la responsabilidad, la sobriedad, el deber trágico.» Las armas se disparan cuando hace falta. Al contrario, desde 1945 la mayoría de los europeos, incluidos los de los Balcanes, han vivido en sociedades donde el estado gozaba de un monopolio de la violencia legítima. Al derrumbarse los estados, se derrumbó también dicho monopolio. «Para algunos jóvenes europeos, el caos resultante de [este derrumbamiento] ... ofrecía la oportunidad de entrar en un paraíso erótico del "todo está permitido". De ahí la cultura semisexual y semipornográfica de las armas de fuego en los puestos de control. Para los jóvenes había una carga erótica irresistible en el hecho de tener un poder letal en las manos» y usarlo para aterrorizar a los indefensos.¹

Sospecho que muchas de las atrocidades que se cometen ahora en las guerras civiles de tres continentes reflejan este tipo de trastorno, que es característico del mundo de las postrimerías del siglo xx. Pero espero decir una o dos palabras sobre esto más adelante.

En cuanto a la segunda forma de avance de la barbarie, quiero declarar que soy parte interesada. Creo que una de las pocas cosas que se interponen entre nosotros y un descenso acelerado hacia las tinieblas es la serie de valores que heredamos de la Ilustración del siglo xviii. Es una opinión que no está de moda en la actualidad, toda vez que se rechaza la Ilustración porque se la considera superficial, intelectualmente ingenua o una conspiración de hombres blancos y ya fallecidos que usaban peluca y se proponían aportar el fundamento intelectual del imperialismo occidental. Puede que sea o no sea todo esto, pero es también el único fundamento de todas las aspiraciones a edificar sociedades apropiadas para que en ellas vivieran todos los seres humanos en cualquier parte de esta Tierra, y para la declaración y la defensa de sus derechos humanos como personas. En todo caso, el progreso de la civilidad que tuvo lugar desde el siglo xviii hasta los comienzos del xx lo lograron, abrumadora o exclusivamente bajo la influencia de la Ilustración, gobiernos constituidos por «absolutistas ilustrados», como se-

guimos llamándolos ante los estudiantes de historia, así como revolucionarios y reformadores, liberales, socialistas y comunistas, todos los cuales pertenecían a la misma familia intelectual. No lo lograron sus críticos. Esta época en que el progreso no sólo se suponía que era tanto material como moral, sino que lo era realmente, ha tocado a su fin. Pero el único criterio que nos permite juzgar el consiguiente descenso a la barbarie, en vez de limitarnos a dejar constancia del mismo, es el antiguo racionalismo de la Ilustración.

Permítanme que les muestre la anchura del abismo que hay entre el período anterior a 1914 y el nuestro. No me detendré mucho rato en el hecho de que es probable que nosotros, que hemos vivido una inhumanidad mayor, nos sintamos menos horrorizados por las modestas injusticias que escandalizaron al siglo XIX. Por ejemplo, un solo error de la justicia en Francia (el caso Dreyfus) o veinte manifestantes encerrados en la cárcel durante una noche por el ejército alemán en una población de Alsacia (el incidente de Zabern en 1913). Lo que quiero recordarles a ustedes son las pautas de conducta. Clausewitz, que escribió después de las guerras napoleónicas, daba por sentado que las fuerzas armadas de los estados civilizados no mataban a los prisioneros de guerra ni devastaban los países. Las guerras más recientes en que participó Gran Bretaña, es decir, la de las Malvinas y la del Golfo, inducen a pensar que esto ya no se da por sentado. Asimismo, citando la undécima edición de la *Encyclopaedia Britannica*, «la guerra civilizada, según nos dicen los libros de texto, se limita, en la medida de lo posible, a la incapacitación de las fuerzas armadas del enemigo; de lo contrario, la guerra continuaría hasta el exterminio de uno de los bandos. “Es con buena razón —y aquí la *Encyclopaedia* cita a Vattel, abogado internacional de la noble Ilustración del siglo XVIII— que esta práctica se ha convertido en costumbre en las naciones de Europa”». Ya no es costumbre de las naciones de Europa ni de ninguna otra parte. Antes de 1914 la opinión de que la guerra se hacía contra los combatientes y no contra las personas que no lo eran la compartían los rebeldes y los revolucionarios. El programa de Narodnaya Volya, el grupo ruso que mató al zar Alejandro III, decía explícitamente «que los individuos y grupos ajenos a su lucha contra el gobierno serían tratados como a neutrales, su persona y sus propiedades serían respetadas».² Más o menos en aquel tiempo Friedrich Engels condenó a los fenianos irlandeses (con quienes simpatizaba totalmente) por hacer estallar una bomba en Westminster Hall, con lo cual pusieron en peligro la vida de personas inocentes. Como antiguo revolucionario con experiencia de los conflictos armados, opinaba que la guerra debía hacerse contra los combatientes y no contra los civiles. Hoy día los revolucionarios y los terroristas no reconocen esta limitación más que los gobiernos que hacen la guerra.

Sugeriré ahora una breve cronología de este deslizamiento por la pendiente de la barbarie. Sus principales etapas son cuatro: la primera guerra mundial, el período de crisis mundial comprendido entre el derrumbamiento de 1917-1920 y el de 1944-1947, los cuatro decenios que duró la guerra fría,

y, finalmente, el derrumbamiento general de la civilización tal como la conocemos que se ha producido en gran parte del mundo en los años ochenta y después de ellos. Hay una continuidad obvia entre las tres primeras etapas. En cada una de ellas se aprendieron las anteriores lecciones de la inhumanidad del hombre para con el hombre, las cuales se convirtieron en la base de los nuevos avances de la barbarie. No hay conexiones lineales entre la tercera etapa y la cuarta. El derrumbamiento de los decenios de 1980 y 1990 no se debe a que unos seres humanos que toman decisiones hicieran cosas que resultaran bárbaras, como los proyectos de Hitler y el terror de Stalin; demenciales, como los argumentos que justificaban la carrera hacia la guerra nuclear; o ambas cosas a la vez, como la revolución cultural de Mao. Se debe a que los que toman decisiones ya no saben qué hacer con un mundo que ni ellos ni nosotros podemos controlar, y a que la explosiva transformación de la sociedad y de la economía desde 1950 produjo un derrumbamiento y una perturbación sin precedentes de las reglas que gobiernan el comportamiento de las sociedades humanas. Así pues, las etapas tercera y cuarta coinciden en parte e interactúan. Hoy día las sociedades humanas se derrumban, pero en unas circunstancias en que las pautas de conducta pública permanecen en el nivel al que se vieron reducidas a causa de los anteriores períodos de avance de la barbarie. De momento no se observan señales claras de que vayan a levantarse de nuevo.

Son varias las razones por las cuales la primera guerra mundial inició el descenso a la barbarie. En primer lugar, fue el comienzo de la era más sanguinaria de la historia hasta ahora. Zbigniew Brzezinski ha calculado recientemente que las «megamuertes» habidas entre 1914 y 1990 ascienden a 187 millones, cifra que —por especulativa que sea— puede utilizarse como razonable orden de magnitud. Cálculo que corresponde a alrededor del 9 por 100 de la población mundial en 1914. Nos hemos acostumbrado a matar. En segundo lugar, los sacrificios sin límites que los gobiernos impusieron a sus propios hombres al empujarlos hacia el holocausto de Verdún e Ypres sentaron un siniestro precedente, siquiera por causar matanzas aún más ilimitadas entre el enemigo. En tercer lugar, el concepto mismo de una guerra de total movilización nacional destruyó la columna central de la guerra civilizada, es decir, la distinción entre combatientes y no combatientes. En cuarto lugar, la guerra mundial de 1914-1918 fue la primera contienda importante, al menos en Europa, que tuvo lugar en circunstancias políticas de carácter democrático y su protagonista fue la población entera o ésta participó activamente en ella. Por desgracia, las democracias raramente se movilizan a causa de las guerras cuando consideran que éstas son meros incidentes de la política internacional basada en el poder, como las veían los antiguos ministerios de asuntos exteriores. Tampoco las hacen como los soldados o los boxeadores profesionales para quienes la guerra es una actividad que no requiere odiar al enemigo, siempre y cuando éste luche de acuerdo con las reglas de la profesión. Las democracias, como sabemos por experiencia, requieren enemigos demonizados. Esto, como se veía durante la guerra fría,

facilita el progreso de la barbarie. Finalmente, la escala del derrumbamiento social y político, la revolución social y la contrarrevolución que siguieron a la Gran Guerra no tenía precedente alguno.

Esta era de derrumbamiento y revolución dominó los treinta años que empezaron en 1917. El siglo XX se convirtió, entre otras cosas, en una era de guerras religiosas en las que un liberalismo capitalista, a la defensiva y en retirada desde 1947 se enfrentaba a movimientos tanto de comunismo soviético como de tipo fascista, los cuales también deseaban destruirse mutuamente. De hecho, la única amenaza real que se cernía sobre el capitalismo liberal en el interior, aparte de su propio derrumbamiento después de 1914, procedía de la derecha. Entre 1920 y la caída de Hitler ningún régimen en ninguna parte fue derribado por una revolución comunista o socialista. Pero la amenaza comunista, al ir dirigida contra la propiedad y los privilegios sociales, infundía más miedo. No era esta una situación propicia al retorno de los valores civilizados. Tanto más cuanto que la guerra había dejado un negro poso de impiedad y violencia, además de numerosos hombres que habían conocido ambas cosas y seguían apegados a ellas. Muchos de estos hombres proporcionaron el material humano para una innovación que realmente no había existido jamás antes de 1914, a saber: escuadrones casi oficiales o tolerados de matones y asesinos que hacían el trabajo sucio que los gobiernos aún no estaban preparados para hacer oficialmente: *Freikorps*, *Black and Tans*, *squadristi*. En todo caso, la violencia era cada vez mayor. Hace ya mucho tiempo que llamó la atención el enorme y repentino aumento del número de asesinatos políticos que hubo después de la guerra, por ejemplo la de Franklin Ford, el historiador de Harvard. Asimismo, que yo sepa no hay ningún precedente anterior a 1914 de las sangrientas luchas callejeras entre adversarios políticos organizados que llegaron a ser muy comunes tanto en la Alemania de Weimar como en Austria a finales de los años veinte. Y donde había un precedente, éste era casi trivial. En los disturbios y batallas de Belfast en 1921 murieron más personas de las que habían encontrado una muerte violenta durante todo el siglo XIX en aquella tumultuosa ciudad: 428. Y, sin embargo, los que luchaban por las calles no eran necesariamente viejos soldados que le habían tomado afición a la guerra, aunque sí lo era el 57 por 100 de los primeros afiliados al Partido Fascista italiano. Tres cuartas partes de las tropas de choque nazis de 1933 las formaban hombres demasiado jóvenes para haber estado en la guerra. La guerra, la indumentaria que era casi un uniforme (las tristemente célebres camisas pardas) y las armas de fuego proporcionaban ahora un modelo para los jóvenes desposeídos.

He señalado que después de 1917 la historia del siglo XX sería la de una era de guerras de religión. «No hay ninguna guerra verdadera excepto la guerra religiosa», escribió uno de los oficiales franceses que pusieron en marcha la barbarie de la política contra los insurgentes argelinos en el decenio de 1950.³ Sin embargo, lo que hizo que la crueldad, que es resultado natural de las guerras religiosas, fuera más brutal e inhumana fue el hecho de

que la causa del bien (esto es, de las grandes potencias occidentales) se enfrentara a la causa del mal, cuyos representantes, la mayoría de las veces, eran gentes que veían rechazada su reivindicación de la condición de seres humanos de pleno derecho. La revolución social, y en especial la rebelión colonial, era un desafío al sentido de una superioridad *natural*, por así decirlo, sancionada divina o cósmicamente, de los de arriba sobre los de abajo en sociedades que eran de naturaleza desigual, ya fuera por nacimiento o por sus logros. La lucha de clases, como nos recordó la señora Thatcher, suele dirigirse con más rencor desde arriba que desde abajo. La idea de que personas cuya inferioridad perpetua es un dato de la naturaleza, especialmente cuando se manifiesta por medio del color de la piel, reivindiquen la igualdad con sus superiores naturales —y no digamos si se rebelan contra ellos— era escandalosa en sí misma. Si así ocurría en la relación entre las clases altas y las bajas, más aún se daba en la relación entre razas. Cabe preguntarse si en 1919 el general Dyer hubiese ordenado a sus hombres que dispararan contra una multitud y causasen 379 muertos si los componentes de la misma hubieran sido ingleses, o incluso irlandeses, en lugar de indios, o si el escenario hubiera sido Glasgow en vez de Amritsar. Es casi seguro que no. La barbarie de la Alemania nazi fue mucho mayor contra los rusos, los polacos, los judíos y otras personas consideradas infrahumanas que contra los europeos occidentales.

Y, sin embargo, la falta de piedad implícita en las relaciones entre los que se creían superiores «por naturaleza» y los que eran sus inferiores supuestamente también «por naturaleza» no hizo más que acelerar el avance de la barbarie latente en todo enfrentamiento entre Dios y el Diablo. Porque en estos enfrentamientos apocalípticos sólo puede haber un resultado: la victoria total o la derrota total. No podría concebirse nada peor que el triunfo del Diablo. Como se decía durante la guerra fría: «Mejor muertos que rojos», lo cual, en cualquier sentido literal, es una afirmación absurda. En semejante lucha el fin necesariamente justificaba cualquier medio. Si la única manera de derrotar al Diablo era empleando medios diabólicos, eso era lo que teníamos que hacer. ¿Por qué, si no, los más apacibles y civilizados científicos occidentales iban a instar a sus gobiernos a fabricar la bomba atómica? Si el otro bando es diabólico, entonces debemos dar por sentado que usará medios diabólicos, aunque no los use en este momento. No pretendo decir que Einstein se equivocó al considerar que una victoria de Hitler era el peor de los males imaginables, sólo trato de poner en claro la lógica de estos enfrentamientos, que forzosamente llevaba al incremento mutuo de la barbarie. Resulta bastante más claro en el caso de la guerra fría. El argumento del famoso «telegrama largo» de Kennan en 1946, que proporcionó la justificación ideológica de la guerra fría, no era diferente de lo que los diplomáticos británicos decían constantemente sobre Rusia durante todo el siglo XIX: debemos contenerla, si es necesario mediante la amenaza de emplear la fuerza, o avanzará sobre Constantinopla y la frontera india. Pero durante el siglo XIX el gobierno británico raramente perdió la calma a causa de este asunto. La diplomacia, la «gran par-

tida» entre agentes secretos, hasta alguna que otra guerra, no se confundían con el Apocalipsis. Tras la Revolución de octubre sí se produjo tal confusión. Palmerston lo hubiera desaprobado; me parece que también Kennan acabó desaprobándolo

Es más fácil ver por qué la civilización retrocedió entre el Tratado de Versalles y el lanzamiento de la bomba sobre Hiroshima. El hecho de que en la segunda guerra mundial, a diferencia de la primera, un bando lo integraran beligerantes que rechazaban específicamente los valores de la civilización del siglo XIX y de la Ilustración habla por sí solo. Puede que necesitemos explicar por qué la civilización del siglo XIX no se recuperó de la primera guerra mundial, en contra de las expectativas de muchos. Pero sabemos que no. Empezó una era de catástrofes: guerras seguidas de revoluciones sociales, fin de los imperios, derrumbamiento de la economía mundial liberal, retirada ininterrumpida de los gobiernos constitucionales y democráticos, ascensión del fascismo y el nazismo. Que la civilización retrocediera no es muy extraño, en especial cuando consideramos que el período terminó con la mayor de todas las escuelas de barbarie, la segunda guerra mundial. Así que me permitirán que pase por alto la era de las catástrofes y me ocupe de un fenómeno que es a la vez deprimente y curioso, a saber: el avance de la barbarie en Occidente después de la segunda guerra mundial. Lejos de ser una era de catástrofes, el tercer cuarto del siglo XX fue una era de triunfo para un capitalismo liberal reformado y restaurado, por lo menos en los principales países donde había «una economía de mercado desarrollada». Produjo una sólida estabilidad política acompañada de una prosperidad económica sin parangón. Y, a pesar de ello, el avance de la barbarie continuó. Permítanme que, a modo de ejemplo, les hable de algo desagradable: la tortura.

No necesito decirles que a partir de 1782, en diversos momentos, la tortura fue eliminada oficialmente de los procedimientos judiciales. En teoría dejó de tolerarse como parte del aparato coactivo del estado. Los prejuicios contra ella eran tan fuertes, que no se restauró después de la derrota de la Revolución francesa, que, por supuesto, la había abolido. El famoso o tristemente célebre Vidocq, el ex presidiario convertido en jefe de policía bajo la Restauración, y modelo de Vautrin, el personaje de Balzac, carecía por completo de escrúpulos, pero no torturaba. Cabe sospechar que en los rincones de la barbarie tradicional que se resistieron al progreso moral —por ejemplo, en las prisiones militares o en instituciones parecidas— la tortura no se extinguió del todo o por lo menos no desapareció su recuerdo. Me sorprende que la forma básica de tortura que aplicaban los coroneles griegos en 1967-1974 fuera, de hecho, el antiguo *bastinado* turco —que consistía en golpear la planta de los pies— pese a que ninguna parte de Grecia había estado bajo administración turca durante casi cincuenta años. También podemos suponer que los métodos civilizados tardaron más en llegar a los países donde el gobierno luchaba contra elementos subversivos, como en la Okrana zarista.

Los principales progresos que hizo la tortura entre las dos guerras mundiales tuvieron lugar bajo regímenes comunistas y fascistas. El fascismo, que

5

no estaba comprometido con la Ilustración, practicaba la tortura sin límites. Los bolcheviques, al igual que los jacobinos, abolieron oficialmente los métodos que utilizaba la Okrana, pero de modo casi inmediato crearon la Cheka, que no reconocía ninguna restricción en su lucha en defensa de la revolución. Con todo, una circular telegráfica que Stalin mandó en 1939 induce a pensar que después de la Gran Guerra «la aplicación de los métodos de presión física por parte de la NKVD [la sucesora de la Cheka]» no fue legitimada oficialmente hasta 1937, es decir, fue legitimada como parte del Gran Terror estalinista. De hecho, pasó a ser obligatoria en ciertos casos. Estos métodos se exportarían a los satélites europeos de la Unión Soviética después de 1945, pero cabe suponer que en estos regímenes nuevos había policías con experiencia de tales actividades en los regímenes de la ocupación nazi.

No obstante, me inclino a pensar que la tortura occidental no aprendió mucho de la soviética, ni la imitó, aunque es posible que las técnicas de manipulación mental debieran más a las técnicas chinas que los periodistas denominaron «lavado de cerebro» al tener conocimiento de ellas durante la guerra de Corea. Es casi seguro que el modelo fue la tortura fascista, en particular tal como la practicaban los alemanes en la represión de los movimientos de resistencia durante la segunda guerra mundial. Sin embargo, no deberíamos subestimar la buena disposición a aprender las lecciones incluso de los campos de concentración. Como sabemos ahora, gracias a las revelaciones de la administración Clinton, a partir de poco después del final de la contienda y hasta bien entrado el decenio de 1970, los Estados Unidos llevaron a cabo experimentos sistemáticos de radiación con seres humanos, elegidos entre las personas a las que se consideraba de valor social inferior. Al igual que los experimentos nazis, los que llevaron a cabo los norteamericanos eran dirigidos o al menos supervisados por médicos, profesión cuyos miembros, y lo digo con pesar, permitían con demasiada frecuencia que se les mezclara en la práctica de la tortura en todos los países. Al menos uno de los médicos a quienes desagradaban estos experimentos protestó ante sus superiores y les dijo que «olían a Buchenwald». Cabe pensar que no fue el único en percatarse del parecido.

Permítanme ahora que introduzca a Amnistía, en beneficio de la cual se celebran estas conferencias. Esta organización, como ustedes saben, se fundó en 1961, principalmente para proteger a los presos políticos y a otros presos de conciencia. Estos hombres y estas mujeres excelentes descubrieron con sorpresa que también tenían que ocuparse del uso sistemático de la tortura por parte de los gobiernos —o de organismos gubernamentales apenas disimulados— en países donde no esperaban encontrarla. Quizá el provincianismo anglosajón sea lo único que explica su sorpresa. Ya hacía tiempo que el empleo de la tortura por parte del ejército francés durante la guerra de independencia de Argelia, 1954-1962, era motivo de escándalo en Francia. Así que Amnistía tuvo que concentrar gran parte de sus esfuerzos en la tortura y el informe que publicó en 1975 sigue siendo fundamental.⁴ Dos as-

5

pectos de este fenómeno llamaban la atención. En primer lugar, su empleo sistemático en el Occidente democrático era una novedad, incluso teniendo en cuenta el extraño precedente de las agujadas eléctricas que se utilizaron en las cárceles argentinas después de 1930. El segundo aspecto consistía en que el fenómeno era ahora puramente occidental, al menos en Europa, como señaló el informe de Amnistía. «La tortura como costumbre estalinista sancionada por el gobierno ha cesado. Con unas pocas excepciones ... durante el último decenio no han llegado al mundo exterior informes de tortura en la Europa oriental.» Quizá esto sea menos sorprendente de lo que parece a primera vista. Desde la lucha a vida o muerte de la guerra civil rusa, la tortura en la URSS —en contraposición a la brutalidad general de la vida en las cárceles rusas— no se había empleado para proteger la seguridad del estado. Se usaba para otras cosas, como, por ejemplo, la organización de juicios ejemplares y parecidas formas de teatro público.

Disminuyó y cayó junto con el estalinismo. Resultó que los sistemas comunistas eran frágiles, pero, a pesar de ello, sólo fue necesario el empleo limitado, incluso nominal, de la coacción armada para mantenerlos de 1957 a 1989. En cambio, sí es más sorprendente que el período que va de mediados del decenio de 1950 a finales del de 1970 fuese la era clásica de la tortura occidental, que alcanzó su apogeo en la primera mitad de los setenta, momento en que floreció simultáneamente en la Europa mediterránea, en varios países de América Latina cuyo historial fue inmaculado hasta entonces —Chile y Uruguay son ejemplos que hacen al caso—, en Suráfrica e incluso, aunque sin aplicación de electrodos a los genitales, en Irlanda del Norte. Debería añadir que la curva de la tortura oficial en Occidente ha descendido mucho desde entonces, en parte, cabe esperar, gracias a los esfuerzos de Amnistía. Con todo, la edición de 1992 de la admirable *World Human Rights Guide* deja constancia de que se recurría a la tortura en 62 de los 104 países que examinó y sólo dio el visto bueno sin reservas a quince.

¿Cómo se explica este fenómeno deprimente? Desde luego, no puede explicarse mediante la racionalización oficial de la costumbre, como en la británica Comisión Compton, que de forma más bien ambigua informó de lo sucedido en Irlanda del Norte en 1972. Habló de «información que por motivos operacionales era necesario obtener tan rápidamente como fuera posible».⁵ Pero esto no era ninguna explicación. No era más que otra forma de decir que los gobiernos habían dado paso a la barbarie, esto es, que ya no aceptaban la convención según la cual los prisioneros de guerra no están obligados a decir a sus captores más que su nombre, su graduación y su número, y que no se usará la tortura para arrancarles más información, por apremiante que sea la necesidad operacional.

Sugiero que intervienen en ello tres factores. El aumento de la barbarie occidental después de 1945 tuvo lugar con el trasfondo de las locuras de la guerra fría, período que algún día a los historiadores les resultará tan difícil de comprender como la caza de brujas de los siglos xv y xvi. No voy a decir nada más sobre ello aquí y me limitaré a señalar que el extraordinario

supuesto de que la disposición a desencadenar el holocausto nuclear de un momento a otro fue lo único que protegió al mundo occidental de su inmediato derrocamiento por parte de la tiranía totalitaria fue suficiente en sí misma para mermar todas las pautas de civilidad aceptadas. Asimismo, es obvio que la tortura occidental surgió al principio, en escala significativa, como parte del inútil intento de una potencia colonial, o, en todo caso, de las fuerzas armadas francesas, de preservar su imperio en Indochina y el norte de África. Nada ofrecía más probabilidades de cometer barbaridades que la supresión de las razas inferiores por parte de las fuerzas de un estado que poco antes había experimentado la barbarie a manos de la Alemania nazi y sus colaboradores. Tal vez sea significativo que, siguiendo el ejemplo francés, en otros países, según parece, la tortura sistemática la hayan aplicado principalmente los militares más que la policía.

En los años sesenta, tras la Revolución cubana y la radicalización de los estudiantes, hubo que contar con un tercer elemento. Me refiero a la aparición de movimientos de insurrectos y terroristas que en esencia representaban intentos de grupos minoritarios de crear situaciones revolucionarias mediante actos de voluntad. La estrategia básica de tales grupos era la polarización. Esperaban que, demostrando que el régimen enemigo había perdido el control de la situación o —donde ésta era menos favorable— provocándolo para que desencadenase la represión general, empujarían a las masas pasivas a apoyar a los rebeldes. Ambas variantes eran peligrosas. La segunda era una franca invitación a una especie de mutua escalada de terror y contraterror. Un gobierno tenía que ser muy sensato para resistir la tentación; ni siquiera los británicos en Irlanda del Norte conservaron la serenidad en los primeros años. Varios regímenes, especialmente militares, no se resistieron. No hace falta que añada que en una competición de barbarie comparada las fuerzas del estado llevaban las de ganar... y ganaban.

Pero un siniestro aire de irrealidad envolvía estas guerras subterráneas. Excepto en las restantes luchas por la liberación de colonias, y tal vez en América Central, lo que estaba en juego era menos importante que lo que decían los dos bandos. La revolución socialista no estaba en el orden del día de las diversas brigadas terroristas de izquierdas. Sus probabilidades reales de vencer y derrocar a los regímenes existentes mediante la insurrección eran insignificantes, y se sabía que lo eran. Lo que realmente asustaba a los reaccionarios no eran los estudiantes con armas de fuego, sino los movimientos de masas que, como Allende en Chile y los peronistas en Argentina, podían ganar en las elecciones, lo cual era imposible en el caso de los pistoleros. El ejemplo de Italia demuestra que la política habitual podía seguir casi como antes, incluso en presencia del más fuerte de estos grupos de insurrectos en Europa, las brigadas rojas. El logro principal de los neoinsurrectos fue, pues, permitir que se aumentara el nivel general de fuerza y violencia. El decenio de 1970 dejó un legado de tortura, asesinatos y terror en el antes democrático Chile, donde el objetivo no era proteger a un régimen militar que no corría ningún peligro de que lo derribasen, sino enseñar humildad a los pobres e ins-

taurar un sistema de economía de mercado libre que estuviera a salvo de la oposición política y de los sindicatos. En el relativamente pacífico Brasil, que no era una cultura de naturaleza sanguinaria como Colombia o México, dejó un legado de escuadrones de la muerte integrados por policías que daban batidas por las ciudades con la intención de liquidar a los «antisociales» y a los niños sin hogar que vivían en las calles. Dejó un legado, en casi todo Occidente, de doctrinas «contra la insurrección» que puedo sintetizar empleando las palabras de uno de los autores que examinaron estos escritos: «Descontento hay siempre, pero la resistencia sólo tiene una probabilidad de triunfar contra un régimen liberal-democrático, o contra un sistema autoritario anticuado e incapaz». En resumen, la lección de los años setenta fue que la barbarie es más eficaz que la civilización. Ha debilitado de modo permanente las limitaciones que impone la civilización.

Permítanme que me ocupe finalmente del período actual. Las guerras de religión en su forma característica del siglo XX más o menos han terminado, aunque han dejado un substrato de barbarie pública. Tal vez llevamos camino de volver a las guerras de religión en el sentido antiguo de la expresión, pero me permitirán que deje de lado este nuevo ejemplo del repliegue de la civilización. El actual caos de conflictos nacionalistas y guerras civiles no debemos verlo como un fenómeno ideológico, en absoluto, y todavía menos como la reaparición de fuerzas primordiales que durante demasiado tiempo se han visto suprimidas por el comunismo o el universalismo occidental o como se llame en la actual jerga interesada de los militantes de la política de identidad. Es, a mi modo de ver, una respuesta a un derrumbamiento doble: el del orden político que representan los estados que funcionan —cualquier estado eficaz que vigile para evitar la caída en la anarquía de Hobbes— y el de los antiguos marcos de las relaciones sociales en gran parte del mundo, es decir, cualquier marco que vigile para evitar la *anomie* de Durkheim.

Creo que los horrores de las actuales guerras civiles son fruto de este doble derrumbamiento. No son la vuelta a antiguas salvajadas, por muchos recuerdos ancestrales que perduren en las montañas de Herzegovina y Krajina. La fuerza mayor de una dictadura comunista no impidió que las comunidades bosnias se degollaran mutuamente. Vivían juntas en paz y, al menos entre alrededor del 50 por 100 de la población urbana de Yugoslavia, miembros de una se casaban con miembros de la otra con una frecuencia inconcebible en sociedades realmente segregadas como el Ulster o las comunidades raciales de los Estados Unidos. Si el estado británico hubiera abdicado en el Ulster como abdicó el estado yugoslavo, habiéramos tenido muchos más muertos que los 3.000 que ha habido en un cuarto de siglo. Asimismo, como ha resaltado muy bien Michael Ignatieff, gran parte de las atrocidades de esta guerra son obra de una variante típicamente contemporánea de las «clases peligrosas», a saber: varones jóvenes y desarraigados, de edades comprendidas entre la pubertad y el matrimonio, para los cuales ya no existen reglas y límites de comportamiento aceptados o eficaces: ni siquiera las reglas de

55

la violencia que se aceptan en una sociedad tradicional de luchadores machistas.

Y esto, desde luego, es lo que vincula el explosivo derrumbamiento del orden político y social de la periferia de nuestro sistema mundial con el hundimiento más lento de los centros de la sociedad desarrollada. En ambas regiones cometen cosas incalificables personas que ya no tienen guías sociales que rijan sus actos. La vieja Inglaterra tradicional que la señora Thatcher tanto hizo por enterrar se apoyaba en la enorme fuerza de la costumbre y las convenciones. Uno no hacía «lo que debería» hacerse, sino lo que *se* hacía: «lo que está bien visto», como se decía. Pero ya no sabemos en qué consiste «lo que está bien visto»; sólo existe «lo particular».

En estas circunstancias de desintegración social y política, deberíamos esperar un descenso de la civilidad en todo caso, y un crecimiento de la barbarie. Y, sin embargo, lo que ha hecho que las cosas fueran peores, lo que sin duda hará que empeoren en el futuro, es ese desmantelamiento constante de las defensas que la civilización de la Ilustración había levantado contra la barbarie y que he intentado bosquejar en la presente conferencia. Porque lo peor del asunto es que nos hemos acostumbrado a lo inhumano. Hemos aprendido a tolerar lo intolerable.

La guerra total y la guerra fría nos han lavado el cerebro y nos han hecho aceptar la barbarie. Peor aún: han hecho que la barbarie pareciese no tener importancia, comparada con cosas más importantes como el ganar dinero. Permítanme concluir con la historia de uno de los últimos avances de la civilización del siglo XIX, a saber: la prohibición de la guerra química y biológica, armas ideadas esencialmente para sembrar el terror, ya que su verdadero valor operacional es escaso. Mediante acuerdo virtualmente universal fueron prohibidas después de la primera guerra mundial al amparo del Protocolo de Ginebra de 1925, que debía entrar en vigor en 1928. La prohibición resistió durante la segunda guerra mundial, excepto, naturalmente, en Etiopía. En 1987 fue rota de modo despectivo y provocativo por Saddam Hussein, que mató a varios miles de ciudadanos suyos con bombas de gas tóxico. ¿Quién protestó? Sólo el viejo «ejército teatral de los buenos», y ni siquiera todos sus componentes; como sabemos quienes intentamos recoger firmas en aquellos momentos. ¿Por qué tan poco escándalo? En parte porque ya hacía tiempo que se había abandonado silenciosamente el rechazo absoluto de estas armas inhumanas. Se había suavizado hasta dejarlo en la promesa de no ser los primeros en utilizarlas, pero, por supuesto, si el otro bando las empleaba... Más de cuarenta estados, con los Estados Unidos a la cabeza, adoptaron esta postura en la resolución de 1969 de la ONU contra la guerra química. La oposición a la guerra biológica siguió siendo más fuerte. Los medios de hacerla debían destruirse totalmente al amparo de un acuerdo de 1972: pero no los químicos. Podríamos decir que el gas tóxico había sido domesticado con discreción. Los países pobres lo veían ahora sencillamente como un posible medio de contrarrestar las armas nucleares. Con todo, era terrible. Y, a pesar de ello —¿es necesario que se lo recuerde a ustedes?—, el gobierno británico y

otros gobiernos del mundo democrático y liberal, lejos de protestar, callaron e hicieron todo lo posible por ocultar las cosas a sus ciudadanos, al tiempo que animaban a sus comerciantes a vender más armas a Saddam, entre ellas las necesarias para gasear a más ciudadanos suyos. No se escandalizaron, hasta que Saddam hizo algo verdaderamente intolerable. No necesito recordarles qué fue: atacó los campos petrolíferos que los Estados Unidos consideraban vitales.

21. LA HISTORIA DE LA IDENTIDAD NO ES SUFICIENTE

El presente ensayo, que discrepa del relativismo de algunas de las actuales modas intelectuales («posmodernas»), lo escribí para un número especial sobre historia, dirigido por mi amigo el profesor François Bédarida, director durante mucho tiempo del Institut pour l'Histoire du Temps Présent, destinado a la revista Diogenes, 42/4 (1994), con el título de «The Historian between the Quest for the Universal and the Quest for Identity».

I

Quizá lo mejor sería empezar este examen de la difícil situación del historiador con una experiencia concreta. A principios del verano de 1944, mientras el ejército alemán se retiraba hacia el norte de Italia para establecer un frente más fácil de defender contra el avance de las fuerzas aliadas a lo largo de la llamada Línea Gótica en los Apeninos, sus unidades perpetraron varias matanzas, que solían justificar diciendo que eran represalias por las actividades de los «bandidos» (esto es, los partisanos). Unos cincuenta años más tarde, algunas de estas matanzas ocurridas en la provincia de Arezzo, de las que hasta entonces sólo se acordaban los supervivientes de los pueblos y los historiadores locales de la Resistencia, fueron el motivo de que se celebrara una conferencia internacional sobre el recuerdo de las matanzas perpetradas por los alemanes en la segunda guerra mundial.

La conferencia reunió no sólo a historiadores y científicos sociales de varios países del este y el oeste de Europa y los Estados Unidos, sino también a supervivientes del lugar, antiguos miembros de la Resistencia y otros interesados. Ningún tema podía ser menos puramente «académico», incluso cincuenta años después de que 175 hombres fueran separados de sus mujeres e hijos en Civitella della Chiana, fusilados y arrojados a las casas incendiadas de su pueblo. Por tanto —y ello no tiene nada de extraño—, la conferencia se celebró en un extraordinario ambiente de tensión y malestar. Todo el mundo era consciente de que estaban en juego asuntos de gran importancia política, incluso existencial. Cada uno de los historiadores presentes no podía por menos de preguntarse sobre la relación de la historia con el presente.

Después de todo, hacía tan sólo unas semanas Italia, por primera vez desde 1943, había elegido un gobierno en el que había fascistas y que estaba entregado al anticomunismo al tiempo que afirmaba que la resistencia del período 1943-1945 no había sido un movimiento de liberación nacional y, en todo caso, el asunto pertenecía a un pasado remoto que no tenía nada que ver con el presente y debía olvidarse.

Todo el mundo se sentía molesto. Los supervivientes de los tiempos de la resistencia y las matanzas estaban molestos al ver que se sacaban a relucir cosas que, como sabían todos los hombres y las mujeres del país, era mejor no nombrar. ¿Cómo, salvo mediante un acuerdo tácito de enterrar los conflictos del pasado, hubiera podido recuperar la vida rural algún tipo de «normalidad» después de 1945? (Un historiador norteamericano presentó un trabajo perceptivo sobre este mecanismo de silencio selectivo en un pueblo de Istria donde había nacido su esposa, que era croata.) Los antiguos partisanos y, de hecho, la opinión pública de la Toscana, región profundamente izquierdista, se sentían molestos por vivir en unos momentos en que la república italiana rechazaba de modo oficial la tradición de la resistencia contra Hitler y Mussolini, que ellos (con razón) consideraban el fundamento de dicha república. Los historiadores jóvenes, y cabe suponer que principalmente de izquierdas, que habían entrevistado o vuelto a entrevistar a los habitantes de los pueblos con vistas a la conferencia, se escandalizaron al ver que, como mínimo en un pueblo muy católico, los habitantes culpaban de las matanzas menos a los alemanes que a los jóvenes del lugar que se habían unido a los partisanos y, según creían, habían sumido irresponsablemente sus hogares en el desastre.

Otros historiadores tenían sus propias razones para sentirse contrariados. Resultaba obvio que a los historiadores alemanes presentes les obsesionaba el recuerdo de lo que sus padres o abuelos habían hecho o dejado de hacer en 1944. Virtualmente todos los historiadores no italianos, y varios italianos, nunca habían oído hablar de las matanzas que habían sido el motivo de que se organizase la conferencia: lo cual era un inquietante recordatorio de la pura arbitrariedad de la permanencia y la memoria históricas. ¿Por qué algunas experiencias se habían convertido en parte de una memoria histórica más amplia, pero no podía decirse lo mismo de tantas otras? Los participantes rusos no ocultaban su creencia de que concentrar toda aquella erudición para hablar de las atrocidades nazis era un medio de desviar la atención de los horrores de Stalin. Los especialistas en la historia de la segunda guerra mundial, fuera cual fuese su nacionalidad, no podían evitar preguntarse, cincuenta años después del acontecimiento, si las matanzas de inocentes habidas en aquella primavera —y que, según se dijo, habían afectado a más del 1 por 100 de la población de la provincia de Arezzo— eran un precio justificable a cambio del hostigamiento militar relativamente poco importante que se había infligido a unas fuerzas alemanas que, en todo caso, ya pensaban retirarse de la zona en cuestión de días o, a lo sumo, semanas.

El tema mismo de la conferencia, la atrocidad, no podía abordarse de modo desapasionado. Con mucho acierto, no se prestó atención sólo a la mi-

crohistoria local, sino que también se habló de las mayores atrocidades genocidas, algunos de cuyos principales historiadores se encontraban presentes, y el problema, más amplio, de cómo se recuerdan o pueden recordarse estas cosas. Sin embargo, mientras permanecíamos en la *piazza* reconstruida de un pueblo que había sido destruido en otro tiempo y escuchábamos la prolija narración conmemorativa que los supervivientes y los hijos de los muertos habían construido acerca de aquel terrible día de 1944, ¿cómo podíamos dejar de observar que nuestro tipo de historia no sólo era incompatible con el suyo, sino que, además, en algunos aspectos la perjudicaba? ¿Cuál era la naturaleza de la comunicación entre el historiador que presentó al alcalde del pueblo la transcripción de los resultados de la investigación que llevó a cabo el ejército británico pocos días después de ocurrir la matanza y el alcalde que la recibió? Para uno era una fuente primaria, de archivo, mientras que para el otro era algo que reforzaba el discurso de la memoria del pueblo, que a los historiadores no les costó reconocer que era en parte mitológica. Sin embargo, aquella narración basada en la memoria representaba una forma de aceptar un trauma que era tan profundo para Civitella della Chiana como el Holocausto lo es para la totalidad del pueblo judío. Nuestra historia, pensada para la comunicación universal de lo que pudiera verificarse mediante las pruebas y la lógica, ¿tenía alguna importancia para el recuerdo de aquella gente, recuerdo que, por su propia naturaleza, era suyo y de nadie más? Era un recuerdo que, como averiguamos, la gente de los pueblos se había guardado para sí durante decenios por esta razón. negándose, impulsada por un acto que nosotros no compartíamos, a investigar los detalles de una matanza ocurrida en un pueblo vecino porque no se trataba de su pasado, sino del de sus vecinos. ¿Era nuestra historia comparable con la suya?

Resumiendo, ninguna ocasión hubiera podido exponer mejor el enfrentamiento entre la universalidad y la identidad en la historia, así como el enfrentamiento del historiador tanto con el pasado como con el presente.

No obstante, este mismo enfrentamiento demostró que para los historiadores la universalidad prevalecía necesariamente sobre la identidad. Da la casualidad de que por lo menos uno de los historiadores que asistían a la conferencia representaba ambas cosas en su persona. De niño el organizador de la conferencia había estado en la *piazza* de Civitella con su madre y había visto cómo los alemanes se llevaban a rastras a su padre para matarlo. Seguía formando parte del pueblo, donde pasaba el verano en la vieja casa de la familia. Nadie podía negar que para él, así como para todos sus seguidores, la matanza tenía recuerdos y significados que no podía tener para el resto de nosotros, ni siquiera que él leería los datos de los archivos de modo diferente de como los leería cualquier historiador que no hubiese vivido la misma experiencia. Y, pese a ello, como historiador se enfrentó a la narración conmemorativa que el pueblo se había formado exactamente de la misma manera que los historiadores para los que no tenía ningún significado personal, a saber: aplicando las reglas y los criterios de nuestra disciplina. Según sus criterios y los nuestros —según los criterios universalmente aceptados de la

disciplina—, la narración del pueblo tenía que contrastarse con las fuentes, y según dichos criterios, no era historia, aunque la formación de la memoria de aquel pueblo, su institucionalización y sus cambios a lo largo de los últimos cincuenta años formaban parte de la historia. Era en sí misma tema para la investigación histórica empleando los mismos métodos que en el caso de los acontecimientos de junio de 1944 que había tratado de aceptar. Sólo en este sentido tenía la «cultura de identidad [de Civitella]» relación con la historia de la matanza del historiador. En todos los demás aspectos, era ajena a la cuestión.

Resumiendo, en lo que se refiere a las cuestiones de las que pueden ocuparse la investigación histórica y la reacción teórica, no había y no podía haber ninguna diferencia importante entre los estudiosos para los cuales los problemas de identidad de Civitella eran insignificantes o no tenían interés y un historiador para el cual eran fundamentales desde el punto de vista existencial. Todos los historiadores presentes albergaban la esperanza de ponerse de acuerdo sobre la formulación de las preguntas relativas a las atrocidades nazis, aunque esto no quiere decir que necesariamente fueran a estar de acuerdo sobre dichas preguntas. Todos estaban de acuerdo sobre los procedimientos para dar respuesta a tales preguntas, la naturaleza de los posibles datos que permitirían responder a ellas —en la medida en que las respuestas dependieran de los datos— y la posibilidad de comparar acontecimientos que los participantes experimentaron como únicos e incommunicables. A la inversa, los que eran reacios a someter su experiencia —o la de su comunidad— a estos procedimientos, o que se negaban a aceptar sus resultados, eran ajenos a la disciplina de la historia, por más que los historiadores respetasen sus motivos y sentimientos. De hecho, entre los historiadores presentes había un consenso impresionante sobre asuntos importantes. Contrastaba notablemente con el caos de emociones variadas y opuestas que agitaban a los participantes.

II

El problema para los historiadores profesionales es que su tema tiene importantes funciones sociales y políticas. Estas funciones dependen de su trabajo —¿quién sino los historiadores descubre y toma nota del pasado?—, pero al mismo tiempo están en contradicción con sus criterios profesionales. Esta dualidad se halla en el centro de nuestro tema. Los fundadores de la *Revue Historique* eran conscientes de ello cuando, en el prólogo del primer número, afirmaron que «Estudiar el pasado de Francia, que será nuestra principal tarea, es hoy una cuestión de importancia nacional. Nos permitirá devolver a nuestro país la unidad y la fuerza moral que necesita».¹

Por supuesto, nada estaba más lejos de su pensamiento positivista, seguro de sí mismo, que servir a su nación de alguna forma que no fuese mediante la búsqueda de la verdad. Y, con todo, los no académicos que necesitan y uti-

lizan lo que producen los historiadores, y que son su mercado mayor y políticamente decisivo, no se ven afectados por la marcada distinción entre los «procedimientos estrictamente científicos» y las «construcciones retóricas» que tan central era para los fundadores de la *Revue*. Su criterio sobre lo que es «historia buena» es «la historia que es buena para nosotros»: «nuestro país», «nuestra causa» o sencillamente «nuestra satisfacción emocional». Les guste o no les guste, los historiadores profesionales producimos la materia prima para que los no profesionales la usen bien o mal.

Es probable que el hecho de que la historia esté ligada de modo inextricable a la política contemporánea —como sigue demostrando la historiografía de la Revolución francesa— no constituya hoy una dificultad grave, toda vez que los debates de los historiadores, al menos en los países donde hay libertad intelectual, se desarrollan dentro de las reglas de la disciplina. Además, muchos de los debates de mayor carga ideológica entre historiadores profesionales se refieren a cuestiones de las que los no profesionales saben poco y les importa menos. Sin embargo, todos los seres humanos, todas las colectividades y todas las instituciones necesitan un pasado, pero sólo de vez en cuando este pasado es el que la investigación histórica deja al descubierto. El ejemplo clásico de una cultura de la identidad que está anclada en el pasado por medio de mitos disfrazados de historia es el nacionalismo. Sobre esto Ernest Renan dijo lo siguiente hace más de cien años: «Olvidar, incluso interpretar mal la historia, es un factor esencial en la formación de una nación, motivo por el cual el progreso de los estudios históricos es a menudo un peligro para la nacionalidad». Porque las naciones son entidades históricamente novedosas que pretenden existir desde hace mucho tiempo. Inevitablemente, la versión nacionalista de su historia consiste en anacronismos, omisiones, descontextualizaciones y, en casos extremos, mentiras. En menor medida, esto ocurre en todas las formas de historia de la identidad, antiguas o nuevas.

En el pasado preacadémico pocas cosas impedían la pura invención histórica como, por ejemplo, la falsificación de manuscritos históricos (como en Bohemia), la escritura de una epopeya nacional escocesa antigua y apropiadamente gloriosa (como «Ossian», de James Macpherson), o la producción de una obra de teatro público totalmente inventada que pretendiera representar los antiguos rituales de los bardos, como en Gales. (Esto forma todavía el apogeo del National Eisteddfod o festival cultural de ese pequeño país que se celebra todos los años.) Donde tales inventos deben someterse a los análisis de un numeroso y acreditado grupo de estudiosos, esto ya no es posible. La tarea de gran parte de los primeros eruditos históricos consistía en refutar tales invenciones y deconstruir los mitos edificadas sobre ellas. El gran medievalista inglés J. Horace Round forjó su reputación con una serie de disecciones sin piedad de los árboles genealógicos de familias de la nobleza británica que afirmaban descender de los invasores normandos. Round demostró que tales pretensiones eran falsas. Los análisis no son necesariamente sólo históricos. El «sudario de Turín», por nombrar un ejemplo reciente de reliquia sagrada del tipo gracias al cual amasaron su fortuna los centros

de peregrinaje medievales, no pudo resistir la prueba de la datación por el radiocarbono B a la que fue necesario someterlo.

Sin embargo, la historia como ficción ha recibido un refuerzo académico procedente de un lugar inesperado: el «creciente escepticismo sobre el proyecto de racionalidad de la Ilustración».² Por suerte, la moda de lo que se conoce (al menos en el discurso académico anglosajón) por el vago nombre de «posmodernismo» no ha ganado tanto terreno entre los historiadores como entre los teóricos literarios y culturales y los antropólogos sociales, ni siquiera en los Estados Unidos, pero viene a propósito del asunto que estamos examinando, porque pone en duda la distinción entre la realidad y la ficción, la realidad objetiva y el discurso conceptual. Es profundamente relativista. Si no hay ninguna distinción clara entre lo que es verdad y lo que a mí me parece que es verdad, entonces mi propia construcción de la realidad es tan buena como la de ustedes o de cualquier otra persona, porque «el discurso es el que hace este mundo, y no el espejo».³ Citando al mismo autor, el objeto de la etnografía, y seguramente de cualquier otra investigación social e histórica, es producir un texto desarrollado de modo cooperativo, en el cual ni el tema ni el autor ni el lector ni, a decir verdad, nadie, tenga el derecho exclusivo de la «trascendencia sinóptica».⁴ Si, «en el discurso histórico como en el literario, incluso el lenguaje que es de suponer descriptivo constituye lo que describe»,⁵ entonces no puede considerarse privilegiada ninguna narración entre las muchas que son posible. No es por casualidad que estos puntos de vista hayan atraído de modo especial a quienes se consideran a sí mismos representantes de colectividades o entornos marginados por la cultura hegemónica de algún grupo (pongamos por caso, los varones heterosexuales, de raza blanca y de clase media que hayan recibido una educación occidental) cuya pretensión de superioridad impugnan. Pero es un error.

Sin entrar en el debate teórico en torno a estas cuestiones, es esencial que los historiadores defiendan el fundamento de su disciplina: la supremacía de los datos. Si sus textos son ficticios, y lo son en cierto sentido, pues son composiciones literarias, la materia prima de estas ficciones son hechos verificables. La existencia o inexistencia de los hornos de gas de los nazis puede determinarse atendiendo a los datos. Porque se ha determinado que existieron, quienes niegan su existencia no escriben historia, con independencia de las técnicas narrativas que empleen. Si en una novela Napoleón volviese vivo de Santa Elena, quizá sería literatura, pero no podría ser historia. Si la historia es un arte imaginativo, es un arte que no inventa, sino que organiza *objets trouvés*. Puede que la distinción parezca pedantesca y trivial a quien no sea historiador, especialmente a quien utilice material histórico para sus propios fines. ¿Qué le importa al público teatral que no haya ningún documento histórico que pruebe que lady Macbeth instó a su esposo a matar al rey Duncan, o que las brujas predijeron que Macbeth sería rey de Escocia, como en efecto lo fue en 1040-1057? ¿Qué importaba a los padres fundadores (panafricanos) de los estados poscoloniales del África Occidental que los nombres que pusieron a sus países correspondiesen a imperios

africanos medievales que no tenían ninguna relación obvia con los territorios de Ghana o Malí en la actualidad? ¿No era más importante recordarles a los habitantes del África subsahariana, después de generaciones de colonialismo, que tenían una tradición de estados independientes y poderosos en alguna parte de su continente, aunque no fuera precisamente en el hinterland de Accra?

De hecho, la insistencia del historiador —citando una vez más lo que dice el primer número de la *Revue Historique*— en «procedimientos estrictamente científicos, en los que cada afirmación va acompañada de pruebas, referencias de las fuentes y citas»,⁶ a veces resulta pedantesca y trivial, especialmente ahora que ya no forma parte de una fe en la posibilidad de una verdad científica positivista y definitiva que le daba cierta grandeza ingenua. Sin embargo, los procedimientos del tribunal de justicia, que insisten en la supremacía de las pruebas tanto como los investigadores históricos, y a menudo de forma muy parecida, demuestran que la diferencia entre la realidad y la falsedad históricas no es ideológica. Es crucial para muchos propósitos prácticos de la vida cotidiana; siquiera sea porque de ella dependen la vida y la muerte o algo que es cualitativamente más importante: el dinero. Cuando una persona inocente es juzgada por asesinato y desea probar su inocencia, lo que se requiere no son las técnicas del teórico «posmoderno», sino del historiador de la vieja escuela.

Además, la posibilidad de verificación histórica de las pretensiones políticas o ideológicas puede ser importantísima, si la historicidad es la base esencial de tales pretensiones. Esto no ocurre sólo en el caso de las pretensiones territoriales de estados o comunidades, que suelen ser históricas. La campaña contra los musulmanes [en 1992] del partido integrista hindú BJP, que provocó grandes matanzas en la India, se justificó alegando razones históricas. Se pretendía que la ciudad de Ayodhya era el lugar de nacimiento del divino Rama. Por este motivo la construcción de una mezquita en un lugar sagrado de los hindúes, supuestamente por parte del conquistador mogol Babur, fue un insulto musulmán a la religión hindú y un ultraje histórico. Era necesario destruirla y construir un templo hindú en su lugar. (La mezquita fue realmente derribada por una muchedumbre de fanáticos hindúes que el BJP movilizó con tal fin en 1992.) Como era de esperar, los líderes del citado partido declararon que «las cosas de este tipo no las puede resolver el veredicto de un tribunal», ya que la base histórica de la reivindicación no existía. Los historiadores indios pudieron demostrar que antes del siglo XIX nadie había considerado que Ayodhya fuese el lugar de nacimiento de Rama y que los emperadores mogoles no tenían ninguna relación concreta con la mezquita, a la vez que se demostró jurídicamente que la reivindicación del lugar por parte de los hindúes estaba en litigio. En realidad, la tensión específica entre las comunidades religiosas era reciente. Era una bomba de relojería cuya mecha se había encendido en 1949, momento en que, a raíz de la partición de la India y la fundación del Pakistán, se había inventado un «milagro de las imágenes» que aparecían en la mezquita.⁷

Insistir en la supremacía de las pruebas y en el carácter fundamental de la distinción entre la realidad y la ficción históricas que puedan verificarse es sólo una de las maneras de ejercer la responsabilidad del historiador, y, como la invención histórica real no es lo que era en otro tiempo, quizá no la más importante. Buscar los deseos del presente en el pasado o, por decirlo con términos técnicos, el anacronismo es la técnica más común y cómoda para crear una historia que satisfaga las necesidades de lo que Benedict Anderson ha llamado «comunidades imaginadas» o colectividades, que en modo alguno son sólo nacionales.⁸

La deconstrucción de mitos políticos o sociales disfrazados de historia forma parte desde hace tiempo de las obligaciones profesionales del historiador, con independencia de sus simpatías. Los historiadores británicos, según cabe esperar, están tan comprometidos con la libertad británica como cualquier otra persona, pero esto no les impide criticar su mitología. En otro tiempo a todos los niños británicos les enseñaban en la escuela que la Carta Magna era el fundamento de las libertades británicas, pero desde la monografía que McKechnie escribió en 1914 todo universitario que estudie historia británica ha tenido que aprender que el documento que los barones arrancaron al rey Juan en 1215 no tenía como finalidad ser una declaración de la supremacía parlamentaria y de la igualdad de derechos para los ingleses libres por nacimiento, aunque como tal se la consideraría en la retórica política británica mucho después. La crítica escéptica del anacronismo histórico probablemente es hoy la principal manera en que los historiadores pueden demostrar su responsabilidad pública. El papel público más importante que desempeñan hoy, en especial en los numerosos estados que se han fundado o reconstituido desde la segunda guerra mundial, consiste en ejercer su oficio de tal modo que constituya «pour la nationalité» (y para todas las demás ideologías de identidad colectiva) «un danger».

Esto es muy obvio en los casos en que los conflictos internacionales dependen de argumentos históricos, como en la fase actual de la siempre explosiva cuestión macedónica. Todo lo referente a este incendiario asunto, que afecta a cuatro países y a la Unión Europea y puede provocar otra guerra en los Balcanes, es histórico. La historia aparente que blanden las principales partes enfrentadas es antigua, porque tanto Macedonia como Grecia (que niega a cualquier otro estado independiente incluso la utilización del nombre) reclaman ser herederas de Alejandro Magno. La historia real es relativamente contemporánea, porque la disputa actual entre Grecia y sus vecinos nace de la división de Macedonia después de las guerras balcánicas de 1912 entre Grecia, Serbia y Bulgaria. En otro tiempo, toda ella había formado parte del imperio otomano. Al final, los griegos se quedaron con la mayor parte. Siempre se han empleado términos de erudición académica, principalmente etnográficos y lingüísticos, al discutir sobre cuál de los estados sucesores tiene derecho a qué parte del territorio indefinido pero extenso de la Macedonia de antes de 1913 (porque el imperio otomano no usaba el nombre). Los argumentos griegos, que son en la actualidad los que más se oyen, se apoyan en

gran parte en historia anacrónica debido a que los argumentos étnicos y lingüísticos son más favorables a las reivindicaciones de los eslavos y posiblemente de los albanos. No son mucho más convincentes que el argumento según el cual Francia tiene derecho a reivindicar Italia porque Julio César fue el conquistador de la Galia. Un historiador que señala esto no actúa necesariamente empujado por prejuicios contra los griegos o a favor de los eslavos, aunque en estos momentos será más popular en Skopje que en Atenas. Si el mismo historiador señala que la mayoría de la población de la principal ciudad de la Macedonia (no dividida), Salónica, no podía identificarse como griega ni como eslava, sino casi con seguridad como musulmana y judía, será igualmente impopular entre los fanáticos nacionalistas de tres países.

Sin embargo, casos como este también indican las limitaciones de la función de los historiadores como destructores de mitos. En primer lugar, la fuerza de su crítica es negativa. Karl Popper nos enseñó que la prueba de la falsificación puede hacer que una teoría sea insostenible, pero no aporta en sí misma otra mejor. En segundo lugar, podemos demoler un mito sólo en la medida en que se apoye en proposiciones cuyo carácter erróneo pueda demostrarse. Es muy propio de los mitos históricos, en especial de los nacionalistas, que generalmente sólo unas cuantas de sus proposiciones puedan desacreditarse de este modo. El ritual nacional que los israelíes han construido en torno al asedio de Masada no depende de que la leyenda patriótica que aprenden los escolares israelíes y los turistas extranjeros sea una verdad histórica que pueda verificarse, y no se ve afectada seriamente por el justificable escepticismo de los especialistas en la historia de la Palestina romana. Asimismo, incluso los casos que puedan ponerse a prueba, cuando no hay datos o éstos son deficientes, contradictorios o circunstanciales, no se puede refutar de modo convincente ni siquiera una proposición muy inverosímil. Los datos pueden demostrar de forma concluyente, frente a quienes lo niegan, que el genocidio que los nazis perpetraron contra los judíos tuvo lugar, pero, aunque ningún historiador serio duda que Hitler quería la «Solución Final», no pueden demostrar que diera una orden específica en este sentido. Habida cuenta del modo en que actuaba Hitler, es poco probable que diera dicha orden por escrito y nunca se ha encontrado ninguna. Así pues, mientras que no es difícil descartar las tesis de M. Faurisson, no podemos rechazar, sin una argumentación complicada, los que presenta David Irving, como los rechaza la mayoría de los expertos en este campo.

La tercera limitación de la función del historiador como matador de mitos es aún más obvia. A la corta, es impotente contra quienes optan por creer los mitos históricos, en especial si se trata de gente que tiene poder político, lo cual, en muchos países, y especialmente en los numerosos estados nuevos, entraña el control de lo que sigue siendo el cauce más importante para impartir información histórica: las escuelas. Y, que no se olvide jamás, la historia —principalmente la historia nacional— ocupa un lugar importante en todos los sistemas conocidos de educación pública. La crítica que los historiadores indios hacen de los mitos históricos del fanatismo hindú puede

convencer a sus colegas académicos, pero no a los fanáticos del partido BJP. Los historiadores croatas y serbios que se resisten a la imposición de una leyenda nacionalista a la historia de sus estados han tenido menos influencia que los nacionalistas a larga distancia de las diásporas croata y serbia, empujados por una mitología nacionalista que es inmune a la crítica histórica.

III

Estas limitaciones no disminuyen la responsabilidad pública del historiador. Ésta se apoya, ante todo, en el hecho, que ya hemos señalado, de que los historiadores profesionales son los principales productores de la materia prima que se transforma en propaganda y mitología. Debemos ser conscientes de que es así, especialmente en una época en que van desapareciendo otros medios de conservar el pasado: la tradición oral, la memoria familiar, todo lo que depende de la eficacia de las comunicaciones intergeneracionales que se están desintegrando en las sociedades modernas. En todo caso, la historia de las grandes colectividades, nacionales o de otra clase, no se ha apoyado en la memoria popular, sino en lo que los historiadores, cronistas o aficionados a lo antiguo han escrito sobre el pasado, directamente o mediante los libros de texto, en lo que los maestros han enseñado a sus alumnos partiendo de dichos libros, en cómo los autores de narrativa, los productores de cine o los realizadores de programas de televisión y de vídeo han transformado su material. Hasta *Hamlet*, de Shakespeare, tenía su origen en la obra de un historiador, el cronista danés Saxo Grammaticus. Es esencial que los historiadores recuerden constantemente esto. Las cosechas que cultivamos en nuestros campos pueden acabar convertidas en alguna versión del opio del pueblo.

Es cierto, desde luego, que la imposibilidad de separar la historiografía de la ideología y la política del momento —toda historia, como dijo Croce, es historia contemporánea— abre las puertas al mal uso de la historia. Los historiadores no se colocan ni pueden colocarse fuera de su tema como observadores y analistas objetivos *sub specie aeternitatis*. Todos nos vemos sumidos en los supuestos de nuestro tiempo y nuestro lugar, incluso cuando practicamos algo tan alejado de las pasiones públicas de hoy como la preparación de textos antiguos para su edición. Muchos de nosotros, como el fundador de la *Revue Historique*, nos alegramos de producir trabajos que puedan ser útiles a nuestra gente o a nuestra causa. Sin duda estaremos tentados de interpretar lo que averigüemos del modo más favorable a la causa. Puede que sintamos la tentación de abstenernos de investigar temas que probablemente arrojarán una luz desfavorable sobre ella. No es extraño que los historiadores hostiles al comunismo fueran mucho más dados a investigar los trabajos forzados en la URSS que los historiadores que simpatizaban con él. Incluso puede que estemos tentados de guardar silencio sobre pruebas desfavorables, si casualmente las descubrimos, aunque luego nos remuerda la conciencia de estudiosos. Después de todo, no hay ninguna línea clara entre *suppressio veri*

y *suggestio falsi*. Lo que no podemos hacer sin dejar de ser historiadores es abandonar los criterios de nuestra profesión. No podemos decir algo cuya falsedad podemos demostrar. En esto diferimos inevitablemente de aquellos cuyo discurso no está sometido a estas limitaciones.

Sin embargo, el principal peligro no es la tentación de mentir, toda vez que, después de todo, las mentiras no pueden resistir fácilmente el examen riguroso de otros historiadores en una colectividad de estudiosos libres, aunque la presión y la autoridad políticas respalden la falsedad, incluso en algunos estados constitucionales. El principal peligro es la tentación de aislar la historia de una parte de la humanidad —la del propio historiador, por haber nacido en ella o haberla elegido— del contexto más amplio.

Las presiones internas y externas en tal sentido pueden ser grandes. Puede que nuestras pasiones y nuestros intereses nos empujen en esa dirección. Toda persona judía, por ejemplo, sea cual sea su ocupación, acepta instintivamente la fuerza de las preguntas con las cuales, durante muchos siglos amenazadores, los miembros de nuestra minoría hemos afrontado todos los acontecimientos que tenían lugar en el mundo exterior: «¿Es bueno para los judíos? ¿Es malo para los judíos?». En épocas de discriminación o persecución nos daba una orientación —aunque no necesariamente la mejor— sobre el comportamiento privado y público, una estrategia en todos los niveles para un pueblo disperso. Con todo, no puede ni debe guiar a un historiador judío, ni siquiera uno que escriba la historia de su propio pueblo. Los historiadores, por microcósmicos que sean, deben estar a favor del universalismo, no por lealtad a un ideal al que seguimos apegados muchos de nosotros, sino porque es la condición necesaria para comprender la historia de la humanidad, incluida la de cualquier sección especial de la humanidad. Porque todas las colectividades humanas son y han sido necesariamente parte de un mundo más amplio y más complejo. Una historia que esté concebida *sólo* para los judíos (o los afroamericanos, o los griegos, o las mujeres, o los proletarios, o los homosexuales) no puede ser historia buena, aunque puede ser reconfortante para quienes la cultiven.

Por desgracia, como demuestra la situación en extensas partes del mundo en las postrimerías de nuestro milenio, la historia mala no es historia inofensiva. Es peligrosa. Las frases que se escriben en teclados aparentemente inocuos pueden ser sentencias de muerte.

praderas de la puna por cuya posesión luchaban y les mostraban las lindes de las tierras comunales que habían perdido. En este caso, la historia se convierte literalmente en la ley por la que se rige el presente.

Este ejemplo nos conduce a otra de las funciones de la historia ya que, cuando el presente era poco gratificante en uno u otro sentido, el pasado proporcionaba el modelo para reconstruirlo de un modo satisfactorio. Entonces, para referirse a épocas pasadas, se solía hablar —aún se hace— de «los viejos tiempos» y de que la sociedad debía volver a ellos. Se trata de un enfoque que continúa vigente en la actualidad: en todo el mundo surgen personas y movimientos políticos que definen la utopía como nostalgia: cómo la recuperación de la vieja moralidad cuya excelencia se alaba, de la religión entendida como en otros tiempos, de los valores de aquella Norteamérica pueblerina de comienzos de siglo, de la conveniencia de observar al pie de la letra dos documentos antiguos como son la Biblia o el Corán, y así sucesivamente. Pero, naturalmente, hoy día existen algunas situaciones que es, o incluso parece, literalmente posible regresar al pasado. La vuelta al pasado es, o bien el retorno a algo tan remoto que su reconstrucción se hace insoslayable, un «resucitar» o «renacer» de la Antigüedad clásica tras muchos siglos de haber permanecido en el olvido —según la concepción que entonces tenían del hecho los intelectuales de los siglos xv y xvi— o, más probablemente, el regreso a algo que nunca existió pero que ha sido inventado con un propósito concreto. No hay la menor posibilidad de que el sionismo, y en realidad cualquier nacionalismo moderno, se plantee jamás como una vuelta al pasado, por la sencilla razón de que los estados-nación, como una vez se los concebía, con unas fronteras y una organización interna muy concretas, no existían antes del siglo xix. Tenía que ser una innovación revolucionaria disfrazada de restauración. De hecho, tenía que inventar la historia que, según afirmaba, iba a llevar a su punto culminante. Como Ernest Renan decía hace un siglo: «para ser una nación, uno de los elementos esenciales es interpretar la historia de un modo equivocado». Una de las tareas de las que deben ocuparse los historiadores profesionales es precisamente la de desmantelar dichas mitologías, a menos que se contenten —como creo que les ocurre a menudo a los historiadores nacionalistas— con ser esclavos de los ideólogos. Esta es una contribución importante, si bien negativa, de la historia a nuestra visión de la sociedad contemporánea. Los políticos no suelen mostrarse demasiado agradecidos con los historiadores por hacerla.

Ahora bien, en general, ha dejado de tener importancia la idea de que todo ese cúmulo de experiencia coagulada es una especie de lección que debemos extraer de la historia. Salta a la vista que el presente no es, ni puede ser nunca, un simple calco del pasado; como tampoco es posible reducir los diferentes aspectos de su funcionamiento a una mera imitación de los modelos de otras épocas. Desde que comenzó el proceso de industrialización, destaca mucho más el carácter novedoso de las aportaciones realizadas por cada una de las diferentes generaciones que el parecido que aquéllas hayan podi-

do tener con todo lo sucedido anteriormente. Sin embargo, en lo que respecta a una gran parte del mundo y de las vivencias humanas, el pasado sigue conservando la misma autoridad de siempre y, por tanto, la historia o la experiencia, en el sentido auténtico que hoy está anticuado, continúa funcionando en dichos ámbitos del mismo modo que lo hacía en tiempos de nuestros antepasados. Y, antes de entrar en temas más complejos, esto es algo que creo que debo recordarles.

Permítanme que les ponga un ejemplo concreto y de una total actualidad: el Líbano. En 150 años, no sólo no han cambiado básicamente las circunstancias, y los protagonistas siguen siendo un grupo de minorías religiosas armadas que actúan en el interior y los alrededores de cierto territorio montañoso e inhóspito, sino que incluso se han mantenido invariables los detalles más nimios de sus enfoques políticos. Un tal Jumblatt era el jefe de los drusos cuando éstos exterminaron a los maronitas en 1860, y, si uno se molestara en poner nombres a las fotografías que desde entonces se han venido haciendo a los máximos dirigentes libaneses, descubrirá que se trata de los mismos apellidos con diferentes cargos y atuendos. Hace unos años se tradujo al hebreo un libro sobre el Líbano cuyo autor era un ruso que había vivido a medidados del siglo pasado y un militar israelí comentó al respecto: «Si hubiéramos podido leer antes esa obra, no habríamos cometido tantos errores en el Líbano». Lo que quería decir era: «tendríamos que haber sabido antes cómo era el Líbano». Un poco de historia elemental les habría ayudado a descubrirlo. No obstante, debo añadir que la historia no era el único medio de lograrlo, aunque sí uno de los más fáciles. Los profesores de universidad tendemos a culpar a la ignorancia de casi todo. Me imagino que habría mucha gente en Jerusalén, en Washington y en los alrededores de ambas que estaba en condiciones de proporcionar —como estoy seguro de que así lo hicieron— información bien documentada acerca del Líbano. Lo que dijeron no encajaba con lo que Begin, Sharon, el presidente Reagan y el secretario de Estado Shultz. (o quienquiera que tomara las decisiones) deseaban oír. Para aprender de la historia o de cualquier otra cosa, son necesarias dos personas: una, para suministrar la información y la otra, para escucharla.

El caso del Líbano se sale de lo normal, ya que, después de todo, existen muy pocos países en los que los libros que se escribieron hace un siglo sirvan todavía como guías de su vida política actual, o incluso de sus líderes políticos. Por otro lado, no es necesario recurrir siempre a la teoría, ya que la experiencia de la historia nos explica por sí sola muchas cosas sobre la sociedad contemporánea. Ello se debe en parte a que los seres humanos no experimentamos demasiados cambios y las situaciones en que nos vemos envueltas las personas se repiten de vez en cuando. Tomando como punto de partida los documentos acumulados a lo largo de numerosas generaciones, los historiadores, como los ancianos, también pueden comentar aquello de «esto ya lo he visto yo antes». Se trata de un hecho de considerable importancia.

El motivo es que la ciencia social moderna, la formulación de las estra-

tegas políticas y la planificación han seguido un modelo caracterizado por el cientificismo y la manipulación tecnológica que, de una forma sistemática y deliberada, ha dejado de lado la experiencia humana y, sobre todo, la experiencia histórica. El modelo de análisis y predicción que ahora está de moda consiste en introducir todos los datos disponibles en algún tipo de superordenador teórico o real y esperar a que nos proporcione, las respuestas. La experiencia y el entendimiento humanos no bastan por sí solos —al menos por ahora no, o sólo para cumplir una función ultraspecializada— para conseguirlo. Y, a menudo, unos cálculos tan abstráctos o incluso antihistóricos como estos no son conscientes de su propia falta de perspectiva y de su infirmitad incluso con respecto al enfoque carente de método de aquellos que sí la tienen. Permítanme ponerles dos ejemplos que poseen cierta importancia práctica.

El primero es económico. Desde la década de los veinte —en realidad aproximadamente desde principios del presente siglo— algunos observadores se han admirado de que el mundo de la economía estuviera marcado por una pauta secular en la que los períodos de expansión y prosperidad, de unos veinte a treinta años de duración, alternaran con períodos de dificultades económicas de aproximadamente la misma extensión temporal. Estas pautas reciben el nombre de «ondas largas de Kondratiev». Nadie ha conseguido explicarlos ni analizarlos de forma satisfactoria e incluso su misma existencia ha sido puesta en entredicho por los estadísticos y otros especialistas. Y, sin embargo, es uno de los escasos ejemplos en que la historia muestra cierta tendencia a repetir un determinado comportamiento a intervalos regulares y permite que se realicen predicciones. Así se predijo la crisis del decenio de los setenta, que yo mismo me arriesgué a anunciar en 1968. Y cuando la crisis se produjo, los historiadores volvimos a echar mano de la experiencia de Kondratiev para rechazar los análisis efectuados por economistas y políticos, quienes habían predicho que a partir de 1973 la economía experimentaría un crecimiento anual. Y acertamos. Es más, y partiendo siempre de la misma base, la primera vez que di esta conferencia allá por 1984, estaba dispuesto a jugarme el cuello y predecir que hasta finales de la década de los ochenta o principios de los noventa era sumamente improbable que entráramos en un nuevo período de auge económico a escala mundial. No tenía ninguna justificación teórica para afirmar tal cosa: únicamente la observación histórica de que se trataba de un tipo de pauta que parece haberse repetido, con las lógicas alteraciones introducidas por los grandes conflictos bélicos, por lo menos desde el decenio de 1780 a 1790. A ello querría añadir una cosa más: cada una de las ondas de Kondratiev del pasado no sólo constituía un período en sí mismo desde un punto de vista estrictamente económico, sino que también —como es natural— poseía una serie de características políticas que lo diferenciaban con claridad del anterior y del posterior tanto en lo que se refiere a la política internacional como a las políticas internas de diversos países y regiones del mundo, algo que probablemente seguirá ocurriendo en el futuro.

El segundo ejemplo que quería poner es mucho más concreto. Durante la guerra fría hubo un momento en el que el instrumental de precisión del gobierno de los Estados Unidos detectó el lanzamiento de misiles nucleares rusos con destino a América del Norte. Lo más seguro es que algún general se mostrara partidario de entrar inmediatamente en acción mientras se esperaba que otros instrumentos de precisión efectuaran una revisión automática de aquellos datos a una velocidad relámpago para comprobar si se trataba de un fallo de las máquinas o si se había producido una interpretación equivocada de unas señales que no entrañaban peligro alguno: en resumidas cuentas, si la tercera guerra mundial había empezado o no. Llegaron a la conclusión de que todo estaba en orden ya que, forzosamente, la totalidad del proceso se ejecutó con la única ayuda de los instrumentos. La misma programación que partir del supuesto de que lo peor podía suceder en cualquier momento, ya que si tal cosa ocurría, no habría tiempo material para tomar las oportunas contramedidas. Pero, independientemente de lo que dijeran los instrumentos, es tan seguro como podría serlo cualquier cosa que, en junio de 1980, cuando se produjo este incidente, nadie había pulsado el botón nuclear de un modo deliberado. Simplemente, dadas las circunstancias, tal cosa no parecía probable. Yo, y espero que todos nosotros, habríamos efectuado la misma deducción lógica, no sobre la base de un razonamiento teórico —ya que el lanzamiento por sorpresa de misiles nucleares era posible desde el punto de vista de la teoría—, sino sólo porque, a diferencia de otros instrumentos, el ordenador que todos tenemos en la cabeza lleva incorporados, o podría llevarlos, los datos aportados por la experiencia histórica.

Dejemos ya lo que denominaríamos el uso anticuado y experiencial de la historia, el que Tucídides y Maquiavelo habrían considerado legítimo y habrían practicado. Ahora, si me permiten, quisiera decirles unas palabras sobre la cuestión, mucho más complicada, de lo que la historia puede decirnos acerca de las sociedades contemporáneas, cuando son totalmente *distintas* a las del pasado y carecen de precedentes. No estoy pensando en simples diferencias. La historia, incluso cuando consigue generalizar de un modo eficaz —y, en mi opinión, no vale gran cosa si no lo hace—, es siempre consciente de la disimilitud. Lo primero que aprende un historiador profesional es a tener cuidado con los anacronismos y con las diferencias que existen entre cosas que a primera vista parecen iguales, como la monarquía británica de 1797 y la de 1997. En cualquier caso, los escritos históricos tradicionalmente son el producto de la investigación de vidas y hechos únicos e irrepetibles. No, a lo que me refiero es a las transformaciones históricas que, con toda claridad, hacen del pasado una guía totalmente inadecuada para entender el presente. Aunque la historia de Japón en tiempos del shogunato Tokugawa guarda relación con el Japón actual, lo mismo que la dinastía T'ang respecto a la China de 1997, de nada sirve fingir que es posible concebirlas como meras prolongaciones de unos pasados en los que sólo se han operado una serie de pequeños cambios. Las transformaciones rápidas, profundas, drásticas y continuas a las que hacía referencia antes vienen produciéndose

en el mundo desde finales del siglo XVIII y sobre todo desde mediados del siglo XX.

En nuestros días, el proceso de cambio es tan generalizado y evidente que se da por sentado que siempre ha ocurrido lo mismo, especialmente en sociedades que, como la estadounidense, cuenta con una historia que coincide con una época de constantes transformaciones revolucionarias. Esto es particularmente cierto en el caso de los jóvenes de dichas sociedades para quienes —en diversos momentos de su desarrollo— todo se convierte, de hecho, en un nuevo descubrimiento. En este sentido puede decirse que, a lo largo del proceso de crecimiento, todos somos una especie de Colones. Una de las tareas secundarias de los historiadores es señalar que el cambio no es ni puede ser totalmente universal. Ningún historiador daría el menor crédito a la afirmación de que en la actualidad existe alguien que se las ha arreglado para descubrir un modo totalmente nuevo de disfrutar del sexo, un supuesto «punto G» que la humanidad desconocía hasta el momento. Teniendo en cuenta el limitado número de cosas que pueden poner en práctica los amantes del tipo que sea, el período de tiempo y el número de personas que las han estado practicando en todo el mundo y el profundo interés que muestran los seres humanos por profundizar en el tema, creemos que podemos suponer sin temor a equivocarnos que hablar de novedades en el asunto que nos ocupa está fuera de lugar. Como es lógico, las prácticas sexuales y las actitudes relacionadas con ellas cambian con el tiempo, lo mismo que la indumentaria y la escenografía del dormitorio, convertido a menudo en una especie de teatro privado de gran simbolismo social y biográfico. Por razones obvias, el sadomasoquismo con cazadora de cuero no podía formar parte de él durante la época victoriana. Lo más probable es que en el terreno sexual las modas cambien más deprisa actualmente de lo que lo hacían en el pasado. Pero la historia resulta de gran utilidad como señal de aviso, ya que nos advierte que no hay que confundir la moda con el progreso.

Sin embargo, ¿qué puede decirnos la historia sobre lo que carce de precedentes? En el fondo, esta es una pregunta acerca de la dirección y la mecánica de la evolución humana. Porque, nos guste o no —y hay un gran número de historiadores a quienes no les gusta—, se trata de una cuestión histórica fundamental que no es posible soslayar, aunque sólo sea porque todos queremos conocer la respuesta. A saber: ¿cómo se las ha arreglado la humanidad para pasar de las cavernas a la exploración del espacio, del tiempo en que nos aterrorizaban los tigres de dientes de sable a un momento en que nuestro mayor temor son las explosiones nucleares?, es decir, ¿como hemos pasado de asustarnos de los peligros naturales a sentir miedo de los que nosotros mismos hemos creado? Lo que la convierte en una pregunta esencialmente histórica es el hecho de que, a pesar del aumento de peso y estatura que hemos venido experimentando desde una época relativamente certera, desde un punto de vista biológico, los seres humanos somos idénticos a como éramos a comienzos de la etapa histórica, que, en realidad, no es demasiado extensa: desde la construcción de la primera ciudad han transcurri-

do tal vez unos 12.000 años y algo más desde la invención de la agricultura. Casi con toda seguridad no somos más inteligentes que los habitantes de la antigua China o Mesopotamia. Y, a pesar de ello, el modo en que las sociedades humanas viven y actúan ha sufrido una transformación radical. Lo que por otra parte explica que los supuestos de la sociobiología no puedan aplicarse en este caso. Y, con ciertas dudas, también diría lo mismo de una determinada clase de antropología social, interesada en estudiar lo que distintos tipos de sociedades humanas tienen en común, como los esquimales y los japoneses. Porque, si centramos nuestra atención en lo que es permanente, no podemos explicar lo que ha experimentado una evidente transformación, a menos que creamos que no es posible el cambio histórico, sino sólo la mezcla y la variación.

Permítame expresarme con total claridad. Si se analiza la evolución histórica de la humanidad no es para predecir el futuro, aunque el conocimiento y la comprensión histórica le resulten esenciales a cualquiera que desee basar sus acciones y planes en algo mejor que la clarividencia, la astrología o el simple voluntarismo. En el caso de una carrera de caballos, el único resultado que podría decirnos un historiador con absoluta confianza sería el de una que ya se hubiese corrido. Aún menos se encuentra entre los propósitos de dicho análisis el de descubrir o idear posibles formas de justificar las esperanzas —o miedos— que alberguemos con respecto al destino humano. La historia no es una escatología secular, al margen de que consideremos o no que su fin es un progreso universal interminable o una sociedad comunista o lo que fuere. Vemos en ella cosas que no nos puede proporcionar. Lo que sí puede hacer es mostrarnos las pautas y mecanismos del cambio histórico en general, y más concretamente los relativos a las transformaciones sufridas por las sociedades humanas durante los últimos siglos en los que los cambios se han generalizado y han aumentado de una manera espectacular. Esto, más que cualquier posible predicción o esperanza, es lo que tiene una relación más directa con la sociedad contemporánea y con su porvenir.

Ahora bien, un proyecto así requiere un marco conceptual que permita el análisis de la historia. Dicho marco debe basarse en el único elemento de cambio direccional en el ámbito de la experiencia humana que resulta observable y objetivo, con independencia de los deseos y juicios de valor subjetivos o propios de la época que podamos tener, a saber: la constante y creciente capacidad de la especie humana para controlar las fuerzas de la naturaleza por medio del esfuerzo físico y mental, la tecnología y la organización de la producción. El aumento de la población mundial a lo largo de la historia, sin que hayan tenido lugar retrocesos importantes, y el crecimiento —so-bre todo durante los últimos siglos— de la producción y la capacidad productiva han demostrado su existencia. A mí personalmente no me importa llamar progreso a esto, tanto en el sentido literal de un proceso de carácter direccional como porque habrá muy pocos que no la vean como una mejora real o posible. Pero da igual como la llamemos, cualquier intento serio de

convertir la historia humana en algo comprensible debe tomar esta tendencia como punto de partida.

De ahí la importancia crucial que tiene Karl Marx para los historiadores, ya que toda su concepción y su análisis parten de dicha base, algo que hasta ahora no ha hecho nadie más. Con ello no estoy afirmando que Marx esté en lo cierto o incluso que sus propuestas sean aceptables, sino que su punto de vista es imprescindible, como dijo muy bien Ernest Gellner (y nadie es menos marxista que este distinguido estudioso):

Independientemente de que la gente crea o no de verdad en el esquema marxista, no ha aparecido ni en el Este ni en el Oeste ningún otro modelo bien articulado que le haga la competencia, y, como la gente parece tener necesidad de reflexionar tomando como punto de partida un marco conceptual del tipo que sea, incluso (o quizás sobre todo) los que no aceptan la teoría marxista de la historia suelen apoyarse en sus ideas cuando desean expresar lo que en realidad creen.¹

En otras palabras, no es posible ningún debate histórico serio que no haga referencia a Marx, o más exactamente, que no comience donde él lo hace. Lo que implica básicamente —como muy bien reconoce Gellner— una concepción materialista de la historia.

Ahora bien, el análisis del proceso histórico plantea una serie de preguntas que están directamente relacionadas con nuestros problemas. Tomemos como ejemplo una de las más evidentes. Durante la mayor parte de la historia, los seres humanos dedicaron sus esfuerzos a la producción de alimentos de primera necesidad: digamos que entre el 80 y el 90 por 100 de la población. En la actualidad, el caso de los Estados Unidos demuestra que una población agrícola del orden del 3 por 100 de los habitantes de un país no sólo puede producir suficiente comida para alimentar al otro 97 por 100, sino también a mucha de la población mundial restante. Lo mismo sucedió durante la mayor parte de la era industrial, cuando la producción de bienes manufacturados y servicios, incluso en los casos en que no había que emplear a demasiados trabajadores, requería una enorme cantidad de mano de obra que aumentó progresivamente con el paso del tiempo. En la actualidad, sin embargo, la tendencia se está invirtiendo de una forma acelerada. Por primera vez en la historia ya no es necesario que la mayoría de los seres humanos tengan que «ganarse el pan con el sudor de su frente», como dice la Biblia. Y da la casualidad de que este avance se ha producido en un momento histórico muy reciente. Aunque hacía mucho tiempo que venía produciéndose, el descenso del campesinado en el mundo occidental no adquirió un carácter drástico hasta las décadas de 1950 y 1960, y la disminución de la mano de obra productiva no agrícola que la sociedad necesitaba —aunque fue prevista por Marx, y únicamente por él, lo cual no deja de ser interesante— es aún más reciente, y sigue estando enmascarada, o ha sido algo más que compensada, por el aumento del empleo en el sector terciario.

Y, por supuesto, ambos continúan siendo fenómenos de ámbito regional más que mundial. Ahora bien, una transformación tan radical de la estructura laboral secular de la humanidad necesariamente ha de tener consecuencias trascendentales, ya que, desde el final de la era de la «opulencia de la edad de piedra» de la que hablaba Marshall Sahlins, la totalidad del sistema de valores de la mayoría de los hombres y las mujeres ha convertido el acceso al empleo en una necesidad ineludible, en el hecho fundamental de la existencia humana.

La historia no cuenta con una fórmula magistral para averiguar cuáles serán las consecuencias exactas de dicho cambio, ni posibles soluciones para los problemas que probablemente creará o que tal vez haya creado ya. Pero sí puede señalar una dimensión del problema que tiene carácter urgente, concretamente la de la necesidad de la redistribución social. Durante la mayor parte de la historia, el mecanismo básico que ha hecho posible el crecimiento económico ha sido la apropiación por parte de minorías de uno u otro tipo del excedente social generado por la capacidad productiva del ser humano con el objeto de invertirlo en nuevas mejoras, a pesar de que no siempre ha sido este el destino que se le ha acabado dando. El crecimiento ha sido posible gracias a la desigualdad. Ahora bien, hasta la fecha, este hecho se ha visto compensado por el enorme crecimiento registrado en la cantidad total de riqueza existente que, como señaló Adam Smith, ha conseguido que un peón de una economía desarrollada se encuentre en una posición más desahogada que el jefe de una tribu india y que, en general, ha permitido que cada generación disfrute de un mayor bienestar económico que las que la precedieron. Pero, aunque haya sido a un nivel muy modesto, siempre han compartido dichos beneficios a través de la participación en el proceso productivo: es decir, mediante el acceso a un puesto de trabajo, o, en el caso de los campesinos y artesanos, gracias a los ingresos recibidos a cambio de la venta de sus productos en el mercado. Puesto que, en el mundo desarrollado, el campesinado ha visto cómo disminuía de un modo drástico la autosuficiencia a la que estaba acostumbrado.

Supongamos ahora que ya no sea necesario que la mayor parte de la población se dedique a producir. ¿De qué viven estas personas? Y, una cuestión de similar importancia en una economía basada en la empresa, ¿qué ocurre con ese mercado de masas basado en la capacidad adquisitiva de la población con el que la economía ha ido estableciendo una relación de dependencia cada vez mayor, primero en los Estados Unidos y luego en otros países? De un modo u otro, estas personas se verán obligadas a vivir del dinero público, bien sea percibiendo una pensión o a través de cualquier otra modalidad de prestación social: es decir, gracias a un mecanismo administrativo de redistribución social. En los últimos treinta años, este mecanismo redistributivo ha experimentado una enorme expansión y, en algunos países, ha alcanzado unas proporciones realmente notables como consecuencia del mayor boom económico de la historia. El enorme crecimiento del sector público, en otras palabras, el del empleo público, que en gran parte es una forma de caridad, ha

72

tenido consecuencias parecidas tanto en el Oeste como en el Este. Por una parte, el dinero dedicado a prestaciones, asistencia médica, servicios sociales y educación representa en la actualidad —o en 1977, lo que viene a ser lo mismo— entre la mitad y los dos tercios de la totalidad del gasto público de los principales países de la OCDE, y por otra parte, en dichos países, entre el 25 y el 40 por 100 de la totalidad de los ingresos familiares procede del empleo público y los subsidios de la seguridad social.

Así pues, existe ya un mecanismo de redistribución importante y es posible afirmar sin temor a equivocarse que, donde se ha implantado, las probabildades de que sea desmantelado son mínimas. Adió al sueño de Reagan de volver a la economía del presidente McKinley. Sin embargo, hay dos cosas que es necesario tener en cuenta. En primer lugar, como puede verse, este mecanismo, a través de las cargas fiscales que impone, ejerce una auténtica presión sobre el que en Occidente continúa siendo el principal motor del crecimiento económico, a saber: los beneficios empresariales, sobre todo durante las épocas en que existen dificultades económicas. De ahí que actualmente se insista tanto en su desmantelamiento. Pero, en segundo lugar, dicho mecanismo no se diseñó para ser aplicado a una economía en la que la mayor parte de la población sería innecesaria en el proceso productivo, sino que, por el contrario, fue concebido para, y sostenido por, un período de pleno empleo sin precedentes. Y, en tercer lugar, como cualquier ley sobre la pobreza, está pensado para proporcionar unos ingresos mínimos, que en la actualidad superan incluso lo que en los años treinta se consideraba el límite máximo que se podía conseguir.

Así pues, incluso dando por sentado que funciona bien y está muy extendido, lo más probable es que, en las condiciones que he planteado, el mecanismo haga que aumenten y se agudicen tanto las desigualdades económicas como las de cualquier otro tipo, como ocurre con la mayoría superflua y el resto de la población. ¿Qué ocurre entonces? Ya no es posible dar por válido el supuesto tradicional de que, incluso destruyendo algunos puestos de trabajo, el crecimiento económico genera aún más en otros sitios.

En algunos aspectos, esta desigualdad interna es similar a la conocida y creciente diferencia que existe entre la minoría de países desarrollados o en vías de desarrollo y el mundo pobre y atrasado. En ambos casos, la disparidad va en aumento y, a juzgar por las apariencias, todavía se hará mayor en el futuro. En ambos casos, y por muy impresionante que resulte, es obvio que, en lo que a la disminución de las desigualdades internas e internacionales se refiere, el crecimiento económico alcanzado a través de una economía de mercado no ha resultado ser un mecanismo que haya logrado automáticamente resultados positivos, si bien es cierto que, por lo general, ha conseguido que el sector industrial se desarrollase en todo el mundo y tal vez que en su interior se produjera un proceso de redistribución de la riqueza y el poder, como, por ejemplo, el que ha tenido lugar entre los Estados Unidos y Japón.

Ahora bien, dejando a un lado la moralidad, la ética y la justicia social, esta situación crea, o agrava, una serie de problemas económicos y políticos

muy serios. Puesto que las desigualdades inherentes a estos acontecimientos históricos son disparidades tanto de poder como de bienestar social, se las puede pasar por alto a corto plazo. De hecho, esto es precisamente lo que están deseando hacer hoy día la mayoría de las clases y los países poderosos. La gente pobre y los países pobres son débiles, desorganizados y deficientes desde un punto de vista técnico: en la actualidad lo son relativamente más que en el pasado. Dentro de las fronteras de nuestros países, podemos dejar que sufran en los guetos o que pasen a engrosar las filas de los marginados insatisfechos. Podemos proteger las vidas y los hogares de los ricos colocándolos a su alrededor muros electrificados defendidos por fuerzas de seguridad privadas y públicas. Como dijo un ministro británico refiriéndose a Irlanda del Norte, podemos tratar de conformarnos con «un nivel de violencia aceptable». En el extranjero, podemos bombardearlos y golpearlos. Como escribió el poeta acerca de la etapa imperialista de principios del siglo XX:

Tenemos
por arma la Máxima y ellos no.*

La única potencia no occidental que Occidente temía era la única que tenía la posibilidad de atacarla en su propia casa: la desaparecida URSS.

En resumen, se da por sentado que, puesto que siempre ha sido así en el pasado, la economía se las arreglará para salir adelante una vez que la actual crisis haya dado paso a una nueva fase de prosperidad a nivel mundial; y que será posible contener de forma permanente a los pobres e insatisfechos nacionales y extranjeros. Tal vez la primera sea una suposición razonable; pero sólo si admitimos también que es prácticamente seguro que la economía mundial, las estructuras y políticas estatales y el modelo internacional del mundo desarrollado que surgirán de la actual onda de «Kondratiev» serán profunda y radicalmente diferentes de los de la etapa comprendida entre la década de los cincuenta y la de los setenta del presente siglo, como ocurrió tras el último período de crisis general de carácter secular que tuvo lugar entre los dos guerras mundiales. Esta es una de las cosas que la historia puede decirnos basándose en datos empíricos y técnicos. La segunda no es en absoluto una suposición razonable excepto a corto plazo. Quizás sea lógico suponer que los pobres ya no volverán a participar en movilizaciones nacionales o internacionales que tengan como objetivo la protesta, la presión, el cambio social o la revolución del modo que lo hicieron entre 1880 y la década de 1950, pero no lo es pensar que resultarán siempre ineficaces como fuerza política, o incluso militar, sobre todo cuando ya no es posible servirse de la prosperidad económica para sobornarlos. Esta es otra de las cosas que puede decirnos la historia. Lo que no puede decirnos es lo que ocurrirá en el futuro: sólo los problemas que tendremos que resolver.

* [We have got / The Maxim gun and they have not.]

Permítame que concluya. Reconozco que, en la práctica, casi todo lo que la historia puede decirnos sobre las sociedades contemporáneas se basa en una mezcla de experiencia y perspectiva histórica. A los historiadores les corresponde conocer el pasado mejor que a otras personas y no serán buenos profesionales a menos que aprendan a identificar las semejanzas y las diferencias, con o sin ayuda de la teoría. Por ejemplo, mientras la mayoría de los políticos, durante los últimos cuarenta años, interpretaban el riesgo de que se produjera una conflagración internacional a la luz de lo ocurrido en los años treinta —una repetición de Hitler, Munich y todo lo demás—, la mayor parte de los historiadores interesados por el tema de la política internacional, aunque, como es lógico, admitían que se trataba de una situación *sui generis*, estaban tristemente impresionados por el parecido que guardaba con el período anterior a 1914. En 1965, uno de ellos elaboró un estudio sobre la carrera de armamentos anterior a 1914 que tituló «La fuerza disuasoria del pasado». Por desgracia, si hay algo que la experiencia histórica les ha enseñado a los historiadores es que, al parecer, nadie aprende nunca nada de ella. Sin embargo, debemos seguir intentándolo.

Pero, hablando en términos más generales, y este es uno de los motivos de que rara vez se aprendan o se tomen en consideración las lecciones de la historia, el mundo se enfrenta a dos fuerzas que le impiden ver con claridad. Una de ellas ya la he mencionado antes. Se trata del enfoque ahistórico y tecnicista que propugnó la resolución de los problemas mediante la utilización de modelos y dispositivos mecánicos. Este planteamiento ha dado magníficos resultados en algunos campos, pero carece de perspectiva y no tiene en cuenta nada que no haya sido introducido en el modelo o dispositivo desde un principio. Y si hay algo que los historiadores sabemos muy bien es que no se pueden introducir todas las variables en un modelo y que las cosas que se han dejado fuera no son nunca idénticas. (Esto es algo que todos deberíamos haber aprendido de la historia de la URSS y de su caída.) A la otra también he hecho referencia. Se trata de la distorsión sistemática de la historia con fines irracionales. Volviendo a un tema que ya he tocado antes, ¿por qué todos los regímenes obligan a los jóvenes a estudiar asignaturas de historia en la escuela? No lo hacen para que entiendan la sociedad en la que viven y los cambios que experimenta, sino para que la acepten, para que se sientan orgullosos de ella, para que sean o se conviertan en buenos ciudadanos de los Estados Unidos, de España, de Honduras o de Irak. Y lo mismo puede decirse de las causas y los movimientos. La historia, entendida como ideología y fuente de inspiración, tiene una gran tendencia a convertirse en un mito que hace posible la autojustificación. Como demuestra la historia de las naciones y los nacionalismos modernos, ninguna venda cubre más los ojos que ésta.

Es tarea de los historiadores tratar de arrancar dichas vendas o, por lo menos, levantarlas un poco alguna que otra vez; y, en la medida en que lo hagan, estarán en condiciones de decirle a la sociedad contemporánea algunas cosas de las que podrá beneficiarse, incluso en el caso de que se re-

sista a aprenderlas. Por suerte, la universidad es la única institución del sistema educativo en la que a los historiadores se les ha permitido, e incluso se les ha animado, a hacer tal cosa. No siempre ha sido así, ya que, a lo largo de su andadura, la profesión de historiador ha sido ejercida mayoritariamente por una serie de personas cuyo principal interés consistía en servir y justificar a sus respectivos regímenes. Aun hoy sigue sin ser así en muchas partes del mundo. Pero, en la medida en que las universidades se han convertido en los lugares en los que es posible practicar con mayor facilidad una historia crítica —una que pueda sernos de utilidad en la sociedad contemporánea—, una universidad que celebra el aniversario de su fundación es un buen lugar para expresar estas opiniones.

nado ni, aun en el caso de que lo estuviera, que se puede conocer. No quiere decir que no haya otras opciones o resultados, y menos todavía que los que prevén el futuro aciertan. Las preguntas que me hago son más bien: ¿Cuánta predicción? ¿De qué clase? ¿Cómo puede mejorarse? ¿Y qué papel desempeñan los historiadores en esto? Aun en el supuesto de que alguien pueda responder a estas preguntas, seguirá habiendo una parte muy grande del futuro sobre la cual no podemos saber nada, por razones teóricas o prácticas, pero al menos podemos concentrar nuestros esfuerzos de modo más eficaz.

Sin embargo, antes de considerar estas cuestiones, permítame reflexionar durante un momento no sólo sobre los motivos por los cuales la función de la prognosis es tan poco popular entre muchos historiadores, sino también por qué se han dedicado tan pocos esfuerzos intelectuales a la tarea de mejorarla, o de considerar sus problemas, incluso entre historiadores que creen firmemente que es deseable y posible, como es el caso de los marxistas. Puede que digan ustedes que la respuesta es obvia. El historial de la predicción histórica es, por decirlo con moderación, irregular. Todo el que haya hecho predicciones se habrá dado de narices con frecuencia. Lo menos peligrosos llegan hasta ayer y allí se detienen, o limitarnos a las ambigüedades estudiadas que solían ser la especialidad de los oráculos antiguos y todavía son la de los astrólogos de los perióticos. Pero, de hecho, un mal historial de predicciones no ha impedido que otras personas, disciplinas o pseudodisciplinas las hagan. Existe hoy una gran industria dedicada a las predicciones, una industria que no se arredra ante los fracasos y las incertidumbres. La Rand Corporation, desesperada, incluso ha creado una versión actualizada del oráculo de Delfos (no es broma: el nombre de este juego peculiar es «técnica délica») pidiendo a grupos selectos de expertos que consulten las entrañas de sus pollos y luego saquen conclusiones del consenso o la falta de consenso que de ello resulte. Además, abundan los ejemplos de buenas predicciones entre historiadores, científicos sociales y observadores inclasificables desde el punto de vista académico. Si no desean que les cite a Marx, permítanme que les remita a Tocqueville y Burckhardt. A menos que demos por sentado —lo cual es improbable— que hay aciertos puramente fortuitos, debemos aceptar que se basan en métodos que vale la pena investigar si queremos conocer nuestro futuro en blancos en los que podamos acertar y mejorar así nuestra relación entre dianas y fallos. Y, a la inversa, las razones de los fracasos estrepitosos merecen investigarse con el mismo objeto.

Por desgracia, una de estas series de razones es la fuerza del deseo humano. Tanto la predicción humana como la meteorológica son empresas poco seguras e inciertas, aunque no se puede prescindir de ellas. Por otro lado, los que utilizan la meteorología saben que no pueden —o, si lo prefieren, todavía no pueden— cambiar el tiempo. Procuran planear sus acciones de una forma que les permita sacar el mayor provecho de lo que no pueden cambiar. Es probable que los seres humanos utilicen las predicciones de forma muy parecida en los casos relativamente raros en que se basan en ellas para tomar

medidas reales. Mi difunto suegro, después de sacar la conclusión acertada de que Austria no podría evitar a Hitler, trasladó su negocio de Viena a Manchester en 1937, pero pocos judíos vieneses fueron tan lógicos como él. Sin embargo, los seres humanos, en conjunto, se inclinan a recurrir a las previsiones históricas en busca de conocimientos que les permitan alterar el futuro; no sólo, por así decirlo, cuándo deben proveerse de bronceador, sino cuándo deben crear sol. Dado que está claro que algunas decisiones humanas, grandes o pequeñas, influyen en el futuro, esta expectativa no debe descartarse por completo. Sin embargo, afecta al proceso de prever, generalmente de modo adverso. Así, a diferencia de la meteorología, las predicciones históricas van acompañadas de un comentario continuo por parte de quienes piensan que tales previsiones son imposibles o no aconsejables por diversas razones, generalmente porque no nos gusta lo que nos dicen. Los historiadores también padecen la desventaja de carecer de una clientela fiel que, sea cual sea su ideología, necesite previsiones meteorológicas con regularidad y urgencia: los marineros, los agricultores y demás.

Nos rodean personas, especialmente en la política, que proclaman la necesidad de aprender las lecciones del pasado cuando no proclaman que ya las han descubierto, pero dado que virtualmente a todas ellas les interesa usar la historia principalmente para justificar lo que de todos modos hubieran querido hacer, por desgracia esto ofrece pocos incentivos para mejorar la capacidad de predicción de los historiadores.

Sin embargo, no podemos culpar sólo a los clientes. También a los profetas les corresponde su parte de culpa. El propio Marx estaba comprometido con un objetivo concreto de la historia humana, el comunismo, y con un papel concreto para el proletariado antes de llevar a cabo el análisis histórico que, según creía él, demostraba su carácter ineluctable... de hecho, antes de saber mucho sobre el proletariado. En la medida en que se predicciones precedieron a su análisis histórico, no puede decirse que se apoyaran en dicho análisis, aunque esto no significa necesariamente que fueran erróneas. Como mínimo debemos procurar distinguir las predicciones basadas en el análisis de las que se basan en el deseo. Así, en el famoso pasaje que habla de la tendencia histórica de la acumulación capitalista, la predicción que hace Marx de la expropiación del capitalista individual por medio de «las leyes innatas de la producción capitalista misma» (esto es, por medio de la concentración de capital y la necesidad de una forma cada vez más social del proceso laboral, el uso consciente de tecnología y la explotación planificada de los recursos del globo) se apoya en un análisis histórico-teórico diferente y más significativo que la predicción de que el proletariado mismo como clase será el «expropiador de los expropiadores». Las dos predicciones, aunque vinculadas, no son idénticas y, en realidad, podemos aceptar la primera sin aceptar la segunda.

Todos los que hemos hecho predicciones —¿y quién no las ha hecho?— conocemos estas tentaciones psicológicas o, si lo prefieren, ideológicas. Y tan poco las hemos evitado. Si los que hacen predicciones históricas adoptaran

DONACIÓN

BIBLIOTECA

ANDRES ORREGO MATTE

ante las depresiones y anticlones sociales que predicen una actitud tan im-
parcial como la de los meteorólogos, el arte de hacer pronósticos históricos
estaría más avanzado de lo que está. Creo que esto, junto con la pura igno-
rancia, es el principal obstáculo que encuentra en su camino quien hace pre-
dicciones. Es un obstáculo mucho mayor que el hecho de que las prediccio-
nes puedan verse refutadas por las medidas que tomen deliberadamente las
personas que son conscientes de ellas. Hay pocas pruebas empíricas de que
hasta ahora tales medidas se hayan tomado a menudo o de manera eficaz.
La generalización empírica menos arriesgada que puede hacerse sobre la his-
toria es todavía que nadie hace mucho caso ni siquiera de sus lecciones ob-
vias, como puede confirmar cualquier estudioso de la política agraria de los
regímenes socialistas o la política económica de la señora Thatcher. Por des-
gracia, Edipo sigue siendo una parábola de la humanidad enfrentada al fu-
turo, pero, lamentablemente, con una diferencia importante: Edipo quería
sinceramente evitar matar a su padre y casarse con su madre (como el orácu-
lo predijo acertadamente), pero no pudo. La mayoría de los profetas y sus
clientes tienden a argüir que las predicciones desagradables pueden evitarse
de alguna forma porque son desagradables, que no quieren decir lo que di-
cen, o que saldrá algo que las invalide.

Como he sugerido, ya existe una gran industria dedicada a hacer predicciones. La mayor parte de ella se ocupa del efecto que los acontecimientos futuros tendrán en actividades bastante concretas, principalmente en los campos de la economía y la tecnología civil y militar. Por consiguiente, formula una serie bastante específica y restringida de preguntas que hasta cierto punto pueden aislarse, aun cuando, desde luego, pueden afectarla muchísimos factores variables. También se hacen muchísimas predicciones que, prescindiendo de si influyen o no en la esfera pública o privada, no tienen por objeto decirnos cómo será el futuro en realidad, sino confirmar o refutar. Por consiguiente, suelen hacerse empleando frases condicionales. En principio no importa si la verificación tiene lugar en el futuro real o en un futuro cons-
truido especialmente como, por ejemplo, en un laboratorio del cual se hayan eliminado todos los elementos extrínsecos al asunto que se tenga entre manos. Hay también proposiciones, la mayoría de tipo lógico-matemático, que determinan consecuencias. Si da la casualidad de que una situación real se corresponde con ellas, puede decirse que predicen tales consecuencias.

La predicción histórica difiere de todos los demás tipos de predicción de
dos maneras. En primer lugar, los historiadores se ocupan del mundo real,
en el cual las otras cosas no son nunca iguales o insignificantes. Hasta este
punto saben que no existe ningún laboratorio mundial ideal en el cual pudie-
ramos, como en teoría es concebible, construir una situación donde los pre-
cios del mercado tendrían una relación previsible con la masa monetaria. Los
historiadores se ocupan por definición de conjuntos complejos y cambiantes
e incluso sus preguntas más concretas y definidas de modo más restringido
tienen sentido sólo dentro de este contexto. A diferencia, pongamos por caso,
de los encargados de hacer predicciones en las grandes agencias de viajes,

los historiadores se interesan por las tendencias futuras del turismo no por-
que sean nuestra preocupación principal —aunque a veces hagamos investiga-
ciones especializadas en este campo—, sino en relación con el resto de la so-
ciedad y la cultura británicas, que cambian en un mundo cambiante. En esto
la historia se parece a disciplinas como la ecología, aunque es más amplia y
más compleja. Si bien podemos y debemos singularizar determinados hilos
del tejido sin costura de las interacciones, si no nos interesara principalmente
el tejido mismo, no estaríamos haciendo ecología o historia. Por tanto, las
predicciones históricas tienen por objeto, en principio, proporcionar la estruc-
tura y la textura generales que, al menos potencialmente, incluyen el medio
de responder a todas las preguntas de predicción específicas que tal vez de-
seen hacer las personas con intereses especiales; en la medida, por supuesto,
en que sea posible responder a ellas.

En segundo lugar, como teóricos los historiadores no se ocupan de prede-
cir como confirmación. En todo caso, muchas de sus predicciones no podrían
ponerse a prueba en vida de esta generación o las siguientes, no en mayor
medida de lo que en este sentido puede hacerse con las predicciones de las
disciplinas históricas de las ciencias naturales: por ejemplo, las que hacen los
expertos en climatología en relación con futuras glaciaciones. Puede que con-
fitemos más en los expertos en climatología que en los historiadores, pero
seguimos sin poder verificar sus predicciones. Decir que los análisis de las
tendencias del cambio social deben «formularse como predicciones verifica-
bles» es una muestra de bondad para con nuestros hijos y nietos, pero de
todo lo contrario para con los pobres Vico, Marx, Max Weber y, de paso,
Darwin, porque restringe el alcance del análisis social e interpreta mal la his-
toria, cuya esencia es estudiar transformaciones complejas a lo largo del
tiempo. Podríamos decir que es por comodidad que la historia se concentra
en los datos de los que ya se dispone y no en los que el futuro aún no ha
puesto a nuestra disposición. La predicción puede ser deseable o no para pro-
bar, pero surge automáticamente al hacer declaraciones sobre el continuo
entre el pasado, el presente y el futuro, porque esto entraña referencias al
futuro; aunque puede que muchos historiadores prefieran evitar hacer sus
afirmaciones extensivas al futuro. Adaptando las palabras de Auguste Comte,
savoir no es *pour prévoir*, pero *prévoir* forma parte de *savoir*, prever forma
parte de *saber*.

Y los historiadores prevén de modo constante, aunque sólo sea de manera
retrospectiva. Da la casualidad de que su futuro es el presente o un pasa-
do más reciente en comparación con un pasado más remoto. Los histo-
riadores más convencionales y «anticientíficos» analizan perpetuamente las
consecuencias de situaciones y acontecimientos, u otras posibilidades con-
trafácticas, la aparición de una era que sale de su predecesora. Algunos de
los que hacen esto de modo más asiduo, como lord Dacre (Hugh Trevor-
Roper) en su discurso de despedida de Oxford, lo utilizan para presentar ar-
gumentos contra la posibilidad de predecir, pero para ello emplean técnicas
de predicción. Ahora bien, los métodos ideados para analizar causas, conse-

cuencias y opciones históricas con la ventaja del arma esencial pero inaccesible del futurólogo, esto es, la visión retrospectiva, son apropiados para los que hacen predicciones, toda vez que en principio son parecidos. Su valor se apoya no sólo en la enorme acumulación de experiencias históricas reales, de todos los tipos, que puedan servir como guía del presente; no sólo en el registro de predicciones pasadas que puedan cotejarse con resultados reales al objeto de determinar por qué fueron correctas o erróneas; y no sólo en la muy considerable experiencia y juicio prácticos que los historiadores han adquirido en el ejercicio de sus actividades a lo largo de las generaciones. Se apoya principalmente en dos cosas. En primer lugar, las predicciones de los historiadores, aunque sean retrospectivas, se refieren precisamente a la compleja realidad de la vida humana, realidad que lo abarca todo, así como a las otras cosas que nunca son iguales, y que, de hecho, no son «otras cosas», sino el sistema de relaciones del que nunca es posible extraer del todo afirmaciones relativas a la vida humana en sociedad. Y, en segundo lugar, toda disciplina histórica que merezca llamarse así trata de descubrir precisamente las pautas de interacción en la sociedad, los mecanismos y tendencias de cambio y transformación, y las direcciones de la transformación en la sociedad que son lo único que proporciona un marco apropiado para predecir que es más que lo que se ha llamado «proyecciones estadísticas basadas en compilaciones de datos empíricos dentro de categorías de quizá poca importancia teórica». Más todavía que el tipo de presentimiento imaginativo o *Ahnung*, como dice Burckhardt, que es el equivalente, para el historiador, de dejarse guiar por el instinto. No lo subestimo: pero no es suficiente. Y aquí, si me perdonan un breve anuncio, radica el valor singular de Marx y de aquellos que, sean marxistas o no, adoptan una actitud parecida ante la evolución histórica.

Estas predicciones por medio de la historia utilizan dos métodos, generalmente combinados: la predicción de tendencias mediante la generalización o los modelos; y la predicción de acontecimientos o resultados reales por medio de una especie de análisis de trayectoria. Predecir la decadencia continua de la economía británica es un ejemplo del primer método, predecir el futuro del gobierno de la señora Thatcher es un ejemplo del segundo. Predecir algo como la revolución rusa o la iraní (que casualmente conocimos en un caso, pero todavía no en el otro) combina los dos métodos. Se requieren ambos, aunque sólo sea porque los acontecimientos reales influyen al menos en algunas tendencias, como la división de Alemania en 1945 ha influido en el análisis de tendencias sociales en lo que ahora son dos países muy diferentes [como se hizo evidente después de que volvieran a unirse en 1990]. Ahora bien, el margen actual de incertidumbre sobre acontecimientos futuros es tan grande —incluso cuando luego es posible demostrar que distaban mucho de ser inciertos, como un combate de boxeo «amañado»—, que solamente podemos reducirlo a una serie de otras hipótesis. También podemos abandonar algunos factores imprevisibles por triviales, pero generalmente esto entraña juzgar su importancia a la luz de nuestras preguntas. Con todo,

muchos de tales factores imprevisibles se aceptan como insignificantes hoy día: puede que no sepamos si un presidente norteamericano será asesinado, pero el análisis y la experiencia sugieren que es poco probable que no saberlo tenga tanta importancia. Otros se aceptan comúnmente como triviales y puede que se dejen al tipo de polftico para el cual una semana es mucho tiempo en política y al tipo de historiador que ansía saber qué fue exactamente lo que sir Stafford Northcote escribió a R. A. Cross el 8 de octubre de 1875. Otros sencillamente no pueden. No obstante, podemos hacer algo más que limitarnos a presentar al cliente una serie de hipótesis igualmente probables, preferiblemente divididas en una serie de opciones binarias, como en los chistes judíos en los cuales cada situación contiene dos posibilidades. Es aquí donde los ejercicios de predicción retrospectiva del historiador pueden proporcionar orientación.

Tal vez sea útil, al llegar aquí, examinar un ejercicio concreto de predicción retrospectiva bajo esta luz: la revolución rusa, episodio donde la percepción posterior realmente puede confrontarse con la previsión de aquel momento. Dado que esto entraña inevitablemente cierta consideración de lo que hubiera podido pasar, la predicción retrospectiva podría considerarse una forma de historia contrafáctica (esto es, la historia como hubiera podido suceder pero no sucedió). Y así es, pero, no obstante, debería distinguirse de la forma más común y divulgada de especulación contrafáctica en este campo, la de los «líométricos». No es mi propósito negar el interés de semejantes análisis de coste-beneficio del pasado —porque esto es lo que vienen a ser—, ni hablar de su validez. Me limito a señalar que en la forma que se ha puesto de moda en la historia económica cuantitativa, normalmente no tienen nada que ver con la evaluación de las probabilidades históricas. Puede que una economía que utilizara esclavos fuese económicamente viable, eficiente y una buena proposición comercial —no voy a entrar en ese debate—, pero la cuestión de si era probable que durase no se ve afectada por estas proposiciones, sólo los argumentos sobre su capacidad de durar. De hecho, despareció en todas partes en el siglo XIX, y su decadencia y caída se predijeron con confianza y acierto. La predicción, retrospectiva o no, consiste en evaluar probabilidades, o no es nada.

Eran muchos los que preveían que iba a haber una revolución en Rusia, con independencia de las circunstancias concretas e imprevisibles de su estallido real en 1905 y 1917. ¿Por qué? Está claro que porque un análisis estructural de la sociedad rusa y sus instituciones inducía a creer que era improbable que el zarismo superase sus debilidades y contradicciones internas. En el caso de que fuese correcto, tal análisis anularía en principio las pequeñas esperanzas no cumplidas... como así sucedió realmente. Aunque reconozcamos que en teoría una buena política y unos gobernantes capaces tal vez hubiesen resuelto el problema, sólo hubieran podido hacerlo, por así decirlo, empujando la piedra de Sisifo cuesta arriba hasta la cúspide con el fin de hacerla rodar hacia abajo en la dirección correcta. De hecho, el zarismo tuvo medidas políticas eficaces y buenos estadistas de vez en cuando, así como un

asombroso historial de crecimiento económico, lo cual ha hecho que algunos liberales creyeran erróneamente que quizá todo hubiera salido bien de no haber sido por accidentes como la guerra y Lenin. No era suficiente. Las probabilidades eran contrarias al zarismo, aunque Lenin, como político, actuara sabiamente al dejar abierta la posibilidad de que, por ejemplo, la política agraria de Stolipin diera buenos resultados.

¿Por qué varias personas, en contra de la mayoría de las aspiraciones y expectativas occidentales (incluidas las de los marxistas rusos, entre ellos Lenin), llegaron a dudar de que una revolución rusa diera como resultado un gobierno burgués-democrático de tipo occidental? Porque pronto resultó evidente que los liberales o cualquier otro grupo de clase media eran demasiado débiles para alcanzar esta solución. De hecho, la debilidad de la clase media rusa quedó al descubierto entre 1905 y 1917 en unos momentos en que la burguesía rusa estaba adquiriendo mucha más fuerza y más confianza en sí misma que antes de 1900. Demasiado confiada en 1917, según ha argüido por lo menos un buen historiador que cree que la radicalización de los trabajadores urbanos en 1917 se vio precipitada por un intento de reimponer el control en las fábricas, lo que ya no era posible. Hoy esta predicción sería más fácil, si quiera porque desde 1914 hemos aprendido hasta qué punto son históricamente específicas las condiciones para los regímenes liberales-democráticos estables, hasta qué punto es condicional el compromiso de la burguesía y los estratos intermedios con tales regímenes y qué precarios pueden ser. A la luz de estas lecciones de la historia —que en modo alguno son imprevisibles si nos acordamos de Burckhardt y otros vaticinadores conservadores— hubiéramos podido considerar la posibilidad de una opción no democrática pero capitalista en vez del bolchevismo: tal vez un régimen militar-burocrático. Pero, en vista del derrumbamiento de las fuerzas armadas en 1917, es obvio que esto no era nada probable.

En cambio, el resultado real de octubre de 1917 sin duda parecía estar entre las opciones menos probables en 1905 y difícilmente más probable en febrero de 1917: una Rusia comprometida con la instauración del socialismo bajo el liderazgo bolchevique. Hasta los marxistas opinaban de modo unánime que las condiciones para la revolución proletaria en Rusia *solamente* no existían. Kautsky y los mencheviques argüían, con bastante lógica, que el intento estaba condenado al fracaso. En todo caso, los bolcheviques eran una minoría. Tan improbable era este resultado, que sigue estando de moda atribuir la revolución de octubre enteramente a la decisión de Lenin de llevar a cabo una especie de golpe de estado en el breve período en que había probabilidades de que saliese bien. Por supuesto, había razones estructurales por las cuales tal resultado no era tan completamente inverosímil como parecía. Sabemos de gobiernos marxistas que han subido al poder por medio de la revolución precisamente en el tipo de países donde los marxistas no esperaban tal resultado. (También sabemos, por cierto, que tales revoluciones pueden tener resultados muy diferentes.) En 1908 el propio Lenin ya había llamado la atención sobre esta clase de «material inflamable en la

política mundial» y previó lo que más adelante se denominaría «teoría del eslabón más débil» de las perspectivas revolucionarias. Sin embargo, no había forma de predecir, a diferencia de esperar, una victoria bolchevique, y todavía menos un éxito duradero. No obstante, el análisis basado en la predicción distaba mucho de ser imposible. Era, de hecho, la base de la política de Lenin. Es de todo punto absurdo tener a Lenin por voluntarista. La acción estaba en función de lo que era posible y nadie trazaba el mapa del territorio cambiante sobre la marcha con más cuidado que él ni con un sentido más inexorable de lo que era imposible. De hecho, el régimen soviético perduró —y con ello se convirtió en algo que estaba muy lejos de las expectativas originales de Lenin— sencillamente porque, una y otra vez, reconoció lo que había que hacer, gustara o no. Aunque hubiera querido ser un voluntarista como Mao, no estaba en condiciones de serlo en 1917, toda vez que no podía hacer que sucediera nada tomando decisiones: no controlaba automáticamente ni siquiera su partido, que a su vez no controlaba muchas cosas. Sólo después de convertirse en gobiernos pueden los revolucionarios ordenar a la gente que haga cosas, dentro de unos límites que ni tan sólo los gobiernos fuertes reconocen siempre.

No es necesario que sigamos el análisis de Lenin, ya que a él le interesaba un solo resultado, pero podemos hacer un análisis paralelo. Dicho de modo sucinto, el interrogante básico en 1917 no era quién tomaría el poder en Rusia, sino si alguien instauraría un régimen eficaz. Las razones por las cuales el gobierno provisional no podía durar, a menos que se firmara la paz, inmediatamente —lo cual, en todo caso, planteaba problemas—, son claras. Los bolcheviques ganaron: a) porque, a diferencia de casi todos los demás grupos de la izquierda, estaban dispuestos a tomar el poder; b) porque siempre se mostraron más dispuestos a reconocer y tener en cuenta lo que estaba pasando en las bases; c) porque —en gran parte por esta razón— se hicieron con el control de la situación en Petrogrado y en Moscú; y, sólo finalmente, d) porque en el momento crucial estuvieron preparados para tomar el poder. La única opción que existía en octubre, aparte del bolchevismo, era la anarquía *de facto*. Basándose en esta situación podrían formularse varias hipótesis posibles, la más verosímil de las cuales sería una versión más extrema de lo que sucedió realmente, a saber: la secesión de las regiones marginales del imperio, la guerra civil y la instauración de varios regímenes contrarrevolucionarios regionales y no coordinados encabezados por caudillos, uno de los cuales tal vez hubiera acabado haciéndose con el control de la capital e intentado llevar a cabo la larga tarea de erigirse en gobierno central. En resumen, la alternativa era entre tener un gobierno bolchevique o no tener ningún gobierno.

Es en este punto donde lo único que se puede hacer con la niebla que oculta el paisaje del futuro es disiparla un poco. Como vio claramente el propio Lenin, la perduración del régimen era mucho más incierta que su instauración. Ya no dependía de una especie de «surfing» político —encontrar la ola grande y dejarse llevar por ella—, sino de una coyuntura de factores

variables nacionales e internacionales que no podían preverse. Además, en la medida en que los acontecimientos futuros dependían ahora de la *política* —esto es, de decisiones conscientes, posiblemente erróneas y sin duda variables—, el rumbo del futuro mismo se vio desviado por su intervención. Así pues, la decisión bolchevique de fundar una nueva *Internacional*, pero negar la entrada en ella a todos salvo a los que se ajustaran a los criterios del bolchevismo, tal vez pareciera sensata cuando otras revoluciones europeas parecían inminentes o posibles en el período 1919-1920; pero la escisión entre los socialdemócratas y los comunistas y su hostilidad mutua han perdurado y creado problemas imprevisibles para ambos desde entonces, en circunstancias variadas y muy diferentes. Aquí la diferencia entre la *previsión* y la *visión* posterior es crucial. En todo caso, la *predicción* se ve interrumpida por pasajes de oscuridad que sólo pueden iluminarse de modo retrospectivo, cuando sabemos lo que «tenía que suceder» sencillamente porque en realidad no sucedió nada más. En la medida en que la *perduración* de la *revolución bolchevique* dependía de circunstancias internacionales, quizá se hubiera podido apostar por ella a partir de finales de 1918, aunque durante algunos meses después de octubre de 1917 su futuro no fue realmente previsible. En cambio, debido a su *perduración* y su *permanencia*, volvió a encontrar su plena *justificación*. Por desgracia, no recuerdo ninguna *previsión* realista que debería haber imaginado el futuro a largo plazo de la URSS como algo muy distinto de lo que ha sido en realidad. Es posible imaginar otras hipótesis que hubieran sido mucho menos crueles e intelectualmente desastrosas, pero ninguna que no hubiera defraudado las grandes esperanzas de 1917.

El propósito de mi breve ejercicio (del que vuelve a ocuparse el capítulo 19) no es demostrar que el rumbo de la historia era inevitable, sino consi-
 derar el alcance y los límites de la *predicción*. Semejante ejercicio nos permite identificar resultados improbables tales como que el zarismo hubiera podido salvarse, y resultados seguros tales como una *revolución* rusa, un régimen postrevolucionario no liberal y, en líneas generales, gran parte del siguiente desarrollo soviético. Nos permite desenredar la *aportación* personal de Lenin de gran parte de la *confusión* que la envuelve. Nos permite identificar disyuntivas como la *elección* entre bolchevismo o falta de gobierno, y otras que ofrecían una amplia serie de opciones. Explica las razones por las cuales Lenin confiaba en tomar el poder en octubre pero no estaba seguro de conservarlo. Nos permite especificar las condiciones de *perduración* y la *posibilidad* o *imposibilidad* de calcularlas. También nos permite distinguir entre la *relativa previsibilidad* analítica de procesos que nadie controla —por ejemplo, la mayor parte de la historia de Rusia en 1917— y aquellos en que el ejercicio del *mando* real y la *planificación* complican el asunto. No comparto la ingenua creencia de un sociólogo norteamericano en el sentido de que, como «el cambio social [está] cada vez más organizado e institucionalizado ... el futuro es parcialmente previsible porque se parecerá en parte a lo que ahora se quiere que sea». De hecho, las *tendencias* del desarrollo soviético eran y son previsibles sólo en la medida en que la *política* soviética

(dados sus objetivos) reconocía lo que había que hacer. Por desgracia, lo que hace que la *planificación* humana, por poderosa que sea, cause tanta *frustración* a los profetas así como a los políticos es el *contraste* entre su *limitada capacidad* y las *consecuencias* limitadas de «acertar» y las *consecuencias* potencialmente enormes de fallar. Como bien sabía Napoleón, a veces una *batalla* perdida puede cambiar la *situación* más que diez *batallas* ganadas. Y, finalmente, nos permite evaluar a los numerosos autores de *predicciones* en este campo donde se han hecho tantas. Resulta curioso que en los *numerosos escritos* que se ocupan de ello nunca, que yo sepa, se haya estudiado sistemáticamente con el fin de evaluar la *previsibilidad* histórica, aun cuando estaban y están llenos de *predicciones* pasadas y presentes.

Predecir *tendencias* sociales es en un sentido más fácil que predecir *acontecimientos*, toda vez que se apoya precisamente en el descubrimiento que constituye la base de todas las *ciencias* sociales: que es posible generalizar sobre *poblaciones* y períodos sin preocuparse por la *cambiante* maraña de *decisiones*, *acontecimientos*, *accidentes* y *posibilidades*, en la *capacidad* de decir algo sobre el bosque sin conocer cada uno de los árboles. En lo que se refiere a las *tendencias*, esto requiere cierto mínimo de tiempo. En esta medida puede decirse que es *predicción* a largo plazo a diferencia de a corto plazo, aunque el «largo plazo» de que se trate puede ser relativamente corto incluso cuando se juzga de acuerdo con el espacio de tiempo de las *predicciones* humanas a largo plazo, que se limita a un siglo y pico a lo sumo. Al menos no se me ocurre ninguna *predicción* que no sea milenaria —en ambos sentidos de la palabra— más allá de esto. Pero un inconveniente habitual de tales *predicciones* a largo plazo estriba en que es casi imposible asignarles una *escala* de tiempo apropiada. Puede que sepamos lo que es probable que pase, pero no cuándo. Que los Estados Unidos y la URSS se convirtieran en gigantes entre las *potencias* del mundo se predijo con acierto antes del *decaimio* de 1840, basándose en su *extensión* y sus *recursos*, pero sólo un imbecil hubiera señalado una *fecha* exacta: 1900, por ejemplo.

Algunas de estas *predicciones* tardan más en hacerse realidad de lo que esperaba la mayoría de los *observadores*. Por ejemplo, el hecho de que el *campesinado* no desapareciera en los países desarrollados podría usarse como argumento contra la *predicción* que en tal sentido se hizo a mediados del siglo XIX. En cambio, otras se hacen realidad antes de lo que se calculaba. Que la *división* de un sector inmenso del mundo en *colonias* administradas por un puñado de estados no duraría era algo que podía predecirse y se predijo. Sin embargo, es dudoso que muchos contemporáneos de Jos Chamberlain pensarán que la casi totalidad de la *ascensión* y posterior *desaparición* de esta variante del *imperialismo* tendría lugar en vida de un solo hombre: me refiero a Winston Churchill, que vivió de 1874 a 1965. Algunas cosas suceden a la vez más rápidamente y más lentamente de lo que cabe predecir. La *velocidad* con que empezó a desaparecer el *campesinado* después de durar tanto es asombrosa. En Colombia, donde en 1960 la *población* rural representaba alrededor del 67 por 100 del total, se había reducido en la mitad

o más a finales del decenio de 1970. Estas predicciones son significativas aunque no sepamos cuándo se harán realidad. Si creemos que las probabilidades de los juicios de establecerse de modo permanente por medio de la conquista de un enclave en Oriente Próximo no son mucho mayores, a largo plazo, de lo que fueron las probabilidades de los cruzados, entonces esto tiene obvias consecuencias políticas para quienes se preocupan por su supervivencia, tanto si podemos poner fechas como si no. Sin embargo, lo que deseo resaltar es sencillamente que la pregunta «¿qué sucederá?» es muy diferente, desde el punto de vista metodológico, de la pregunta «¿cuándo sucederá?».

De las predicciones cronológicas que conozco, las únicas que inspiran cierta confianza son las que se basan en alguna periodicidad regular detrás de la cual sospechamos que hay un mecanismo explicable, incluso cuando no lo comprendemos. Los economistas son los mayores buscadores de tales periodicidades, aunque la demografía también entraña algunas (aunque sólo sea mediante la sucesión y la maduración de generaciones y grupos de edad). Otras ciencias sociales también han afirmado que han descubierto periodicidades, pero pocas de ellas son muy útiles excepto en predicciones muy especializadas. Por ejemplo, si el antropólogo Kroeber está en lo cierto, las dimensiones de los vestidos de mujer «alternan con bastante regularidad entre máximas y mínimas, separadas por un promedio de unos cincuenta años en la mayoría de los casos». (No expreso ninguna opinión sobre esto, prescindiendo de la importancia que tenga para el gremio de la aguja.) Sin embargo, como ya hemos señalado (p. 42), al menos una clase de periodicidad ha mostrado una importancia mayor, si bien en gran parte enigmática, aun cuando no se me ocurre ninguna explicación de las llamadas «ondas largas de Kondratiev» que goce de gran aceptación, y aun cuando los escépticos hayan dudado de su existencia. Pero sí nos permiten hacer predicciones no sólo sobre la economía, sino también, de forma más general, sobre los campos social, político y cultural que acompañan a los ciclos alternantes. De hecho, la periodización de la historia de los siglos XIX y XX que tan útil encuentran los historiadores de Europa coincide en gran parte con las ondas de Kondratiev. Por desgracia para los que hacen predicciones, estas ayudas a la predicción son raras.

Dejando la cronología de lado, en realidad se reconoce que el historiador es esencial incluso para la forma más común y poderosa de predicción en las ciencias sociales, forma que se basa en proposiciones teóricas o modelos (esencialmente de tipo matemático) que se aplican a cualquier clase de realidad. Esto es, a la vez, de valor inapreciable e insuficiente. Es de valor inapreciable porque, si establecemos una relación entre factores variables que resulte convincente desde el punto de vista de la lógica, la discusión debe cesar. Si la humanidad gasta recursos limitados con mayor rapidez de lo que pueden reponerse o sustituirse por otros, entonces tarde o temprano se agotarán, y lo único que cabe preguntarse es cuándo, como en el caso del petróleo. Ninguna predicción más allá de las puramente empíricas es posible sin

construcciones basadas en tales proposiciones. Pero son insuficientes porque en sí mismas son demasiado generales para arrojar mucha luz sobre situaciones concretas, y, en consecuencia, todo intento de usarlas directamente para hacer predicciones está condenado al fracaso. Por esta razón, David Glass señaló que la demografía, que es, supongo, con la ciencia económica y la lingüística, la más desarrollada de las ciencias sociales si se juzga según el criterio de moda, esto es, el parecido con la física, ha tenido un historial terrible en lo que se refiere a predicciones. Así pues, la proposición malthusiana básica según la cual la población no puede aumentar de modo permanente más allá de los límites que impone la disponibilidad de los medios de subsistencia es a la vez innegable y valiosa. Sin embargo, por sí misma no puede decirnos nada sobre la relación pasada, presente y futura entre el crecimiento demográfico y los medios de subsistencia. No puede predecir ni explicar de modo retrospectivo una crisis descriptible en términos malthusianos como fue la hambruna irlandesa. Si queremos explicar por qué Irlanda sufrió dicha crisis en el decenio de 1840, mientras que Lancashire no la padeció, no podemos hacerlo con el modelo malthusiano, sino que debemos emplear factores que puedan analizarse sin hacer referencia a él. A la inversa, si predecimos una hambruna en Somalia, no lo hacemos de modo tautológico diciendo que la gente pasa hambre si no hay alimentos suficientes para ella. En resumen, la teoría demográfica puede hacer predicciones condicionales que no son pronósticos, y pronósticos que no se basan en sus modelos. ¿En qué se basan?

En la medida en que él mismo pronosticaba tendencias —erróneamente—, Malthus se apoyaba en ciertos datos históricos, en el crecimiento demográfico y en la asignación de supuestas magnitudes empíricas, que han resultado arbitrarias, a futuros incrementos en la productividad de alimentos, que han resultado poco realistas. Quien haga predicciones demográficas o económicas no sólo debe traducir sus factores variables en cantidades reales, lo cual es bastante problemático, sino que también debe salir constantemente de su propio análisis teórico y de su propio campo especializado y entrar en el amplio territorio de la historia total, pasada o presente. ¿Por qué la fertilidad occidental dejó de caer después del decenio de 1930, lo cual obligó a revisar todas las proyecciones de población futura? Corresponde al historiador responder a estas preguntas y arrojar con ello luz sobre posibles cambios futuros. ¿Por qué algunos creen ahora que la tasa de crecimiento demográfico en los países del tercer mundo puede disminuir con la industrialización y la urbanización? No sólo porque hay algunas pruebas de que así ha ocurrido (esto es, datos históricos), sino debido a una supuesta analogía con la historia demográfica de los países desarrollados (esto es, una generalización histórica). Por suerte, los demógrafos son conscientes de todo esto; más que los economistas, si se compara la floreciente disciplina de la demografía histórica con la econometría retrospectiva que pasa por historia entre ellos. No hace falta que les recuerde que durante gran parte de su vida David Glass ocupó un puesto como sociólogo y no como demógrafo y, aparte de intere-

sarse mucho por otros campos, era un historiador notablemente erudito y perspicaz. Fue un gran demógrafo porque sabía que «la competencia de los demógrafos es pertinente a sólo parte del campo. La principal carga de trabajo deberá recaer sobre los historiadores y los sociólogos».

Sin embargo, tengo la obligación de decir que los historiadores, al igual que los científicos sociales, son más bien impotentes cuando se enfrentan al futuro, no sólo porque todos lo somos, sino porque no tienen una idea clara sobre qué es exactamente el conjunto o la serie que están investigando y —a pesar de la soberbia labor precursora de Marx— exactamente cómo interactúan sus diversos elementos. ¿Qué es exactamente la «sociedad» (singular o plural), que es lo que nos ocupa? Los ecólogos pueden afirmar que definen sus ecosistemas, pero pocos estudiosos de la sociedad humana, excepto algunos antropólogos que se ocupan de comunidades pequeñas, aisladas y «primitivas», afirman que pueden hacer lo mismo; especialmente no pueden hacerlo en el mundo moderno. Avanzamos a tientas. Lo máximo que podemos afirmar los historiadores es que, a diferencia de la mayoría de las ciencias sociales, nos es imposible eludir los problemas de nuestra ignorancia. A diferencia de ellos, no estamos tentados a esforzarnos en pos de una falsa precisión tratando de imitar a las ciencias naturales, que son más prestigiosas; y que, después de todo, nosotros y los antropólogos tenemos un conocimiento sin paralelo de las variedades de la experiencia social humana. Y quizá también que en el campo de los estudios humanos sólo nosotros debemos pensar en términos de cambio, interacción y transformación históricos. Únicamente la historia proporciona orientación y quien afronte el futuro sin ella no es sólo ciego, sino peligroso, especialmente en la era de la alta tecnología.

Permítame que les ponga un ejemplo extremo. Tal vez recordarán ustedes que en junio de 1980 el sistema de observación norteamericano informó de que los rusos habían disparado misiles y durante varios minutos el arsenal nuclear de los Estados Unidos se preparó de forma automática para entrar en acción, hasta que se comprobó que todo se reducía a un error de un ordenador. Si el portero de este teatro entrase ahora mismo en la sala para informarnos de que acababa de estallar la guerra nuclear, ni los seres humanos pesimistas tardarían tres minutos en sacar la conclusión de que el portero tenía que estar equivocado, y por razones esencialmente históricas. Es muy improbable que estallara una guerra nuclear sin que hubiese alguna crisis preliminar, por corta que fuese, o alguna otra señal premonitoria, y nuestra experiencia de los últimos meses, semanas o incluso días sencillamente no ha dado ninguna señal en este sentido. Desde luego, si estuviéramos en medio de algo parecido a la crisis de los misiles de Cuba en 1962, tal vez nos sentiríamos menos confiados. Resumiendo, tenemos en nuestra mente un modelo racional de cómo estallan o es probable que estallen las guerras mundiales, un modelo que se fundamenta en una combinación de análisis e información relativa al pasado. Basándonos en ello, evaluamos las probabilidades al tiempo que no excluimos necesariamente las posibilidades a menos que sean lo bas-

tante remotas como para que no valga la pena tenerlas en cuenta. No creo que hoy día Canadá dedique mucho tiempo a trazar planes para evitar una guerra con los Estados Unidos, o, a pesar de las apariencias, que Gran Bretaña trace planes para hacer frente a una invasión francesa. Sin embargo, a no ser que se hagan semejantes evaluaciones, estamos tentados de suponer que *cualquier* cosa puede pasar en cualquier momento, suposición que también subyace en las películas de horror y en las expectativas de los afectados a los ovnis. O, si deseamos limitarnos a casos donde pueden tomarse precauciones prácticas, seguimos el procedimiento igualmente irracional que consiste en formular «el peor caso» y prepararnos para él, especialmente cuando, como funcionarios, nos echarán la culpa si las cosas van mal. Es igualmente irracional porque el peor caso no es más probable que el mejor caso, y hay una diferencia considerable entre tomar precauciones contra los peores casos y tomar medidas para hacer frente a ese caso: por ejemplo, cuando en 1940 el gobierno británico quería meter a todos los refugiados alemanes y austríacos entre alambre de espino.

El equivalente psicológico del pensamiento basado en «el peor caso» es la paranoia o la histeria. A decir verdad, es en momentos de tensión y miedo como los que vivimos ahora [esto se escribió en los momentos culminantes de la segunda guerra fría] cuando la histeria y la ahistoricidad se combinan. Se espera lo peor, no sólo por parte de los que por su profesión están obligados a imaginarlo —como los militares, los servicios secretos y los escritores de *thrillers* a los que con tanta frecuencia imitan—, sino también por parte de personas muy sensatas que sufren ataques de geopolítica al pensar en el Afganistán o que hay tropas cubanas (no francesas) en algunas partes de África. Y, hablando más en serio, nuestra incapacidad de comprender el mundo se mecaniza e instalamos sistemas automatizados y preparados para el peor caso que se ponen en marcha por obra de unas señales que erróneamente leen «ataque». Salvo que intervengan historiadores prácticos, lo único que puede parar el proceso de destrucción son comprobaciones técnicas igualmente automáticas que indiquen que las señales se han interpretado mal mecánicamente. Estas falsas alarmas son, en cierto sentido, la espeluznante reducción al absurdo de afrontar el futuro de modo ahistórico. En realidad no espero que si estalla la guerra o cuando ésta estalle sea a causa de un ciego fallo técnico. Pero el hecho de que pudiera ser así, y de que exista una pequeña posibilidad de que sea así, ilustra el papel indispensable que interpreta la racionalidad histórica al evaluar el futuro y las medidas que la humanidad debe tomar para afrontarlo.

¿Cómo debería concluir? Los historiadores no son profetas en el sentido de que puedan o deban tratar de escribir los titulares de los boletines de noticias de la BBC del año próximo o del siglo que viene. Tampoco estamos ni deberíamos estar en el departamento escatológico del negocio de las profecías. Sé que algunos pensadores, entre los que hay historiadores, han visto el proceso de la historia como el avance del destino humano hacia algún fin feliz o infeliz en el futuro. Desde el punto de vista moral, esta clase de creen-

cia es preferible a la opinión, tan común en las ciencias sociales norteamericanas de los conitados años cincuenta, de que el destino humano ya ha encontrado su lugar de descanso en alguna sociedad de ahora mismo, con Omaha como su nueva Jerusalén. Desde luego, no es tan fácil de refutar, pero no sirve para nada. Es verdad que el hombre, como dijo el filósofo Ernst Bloch, es un animal que tiene esperanza. Soñamos con el futuro. Hay muchas razones para ello. Los historiadores, al igual que los demás seres humanos, están en el derecho de tener su idea de un futuro deseable para la humanidad, de luchar por ella y de animarse si descubren que la historia parece ir por donde ellos quieren, como ocurre a veces. En todo caso, no es buena señal del camino por donde va el mundo cuando los hombres pierden confianza en el futuro e hipótesis propias de *El crepúsculo de los dioses* sustituyen a las utopías. Sin embargo, la misión del historiador, que es averiguar de dónde venimos y adónde vamos, no debería verse afectada como *misión* por la posibilidad de que nos gusten los posibles resultados.

Permítanme que lo exprese por medio de una paradoja. Es tan inútil rechazar a Marx porque no nos gusta su demostración de que el capitalismo y la sociedad burguesa son fenómenos históricos temporales como aceptarlo sencillamente porque estamos a favor del socialismo, que él pensaba que sucedería a tales fenómenos. Creo que Marx distinguió algunas tendencias básicas con profunda percepción interior; pero no sabemos realmente qué traerán. Como ha ocurrido tantas veces, puede que el futuro que se ha predicho sea irreconocible cuando llegue, no porque las predicciones fueran erróneas, sino porque nos equivocamos al poner una cara y una indumentaria determinadas al forastero interesante cuya llegada nos dijeron que esperaríamos. No digo que debamos ir tan lejos como Schumpeter, que era a la vez conservador y hombre que sentía gran respeto por la extraordinaria visión analítica de Marx, y afirmar que «decir que Marx ... admite la interpretación en sentido conservador es sólo decir que se le puede tomar en serio». Pero deberíamos recordar que la esperanza y la predicción, aunque inseparables, no son lo mismo.

Esto todavía deja muchas cosas que los historiadores pueden aportar a nuestra investigación del futuro: al descubrimiento de lo que los seres humanos pueden y no pueden hacer al respecto; a la determinación de los marcos y, por consiguiente, los límites, las potencialidades y las consecuencias de las acciones humanas; a la distinción entre lo previsible y lo imprevisible y entre tipos diferentes de previsión. Entre otras cosas, pueden ayudar a desacreditar aquellos absurdos y peligrosos ejercicios de construcción de autómatas mecánicos para la predicción que son populares entre algunos de los que buscan prestigio científico: personas que —de nuevo cito a un sociólogo real— piensan que la forma de predecir revoluciones consiste en cuantificar la pregunta «¿en qué medida tiene que ser extensa y rápida la modernización al principio con el fin de que produzca la revolución social?» por medio de «la recogida de datos comparativos, tanto representativos como temporales». No son los marxistas quienes hacen esto. Pueden y deberían desacreditar los ejercicios aún más peligrosos de futurología que piensan lo impensable como

opción de pensar lo que puede pensarse. Pueden tener a los extrapoladores estadísticos en jaque. Pueden, de hecho, decir algo sobre lo que es probable que suceda y todavía más sobre lo que no es probable. No les harán mucho caso, esto es fundamental en la historia. Pero es posible que les escuchen un poquito más si, de hecho, dedican más tiempo a evaluar y mejorar su capacidad de decir algo sobre el futuro y a pregonarlo un poco mejor. A pesar de todo, aún tienen algo que pregonar.